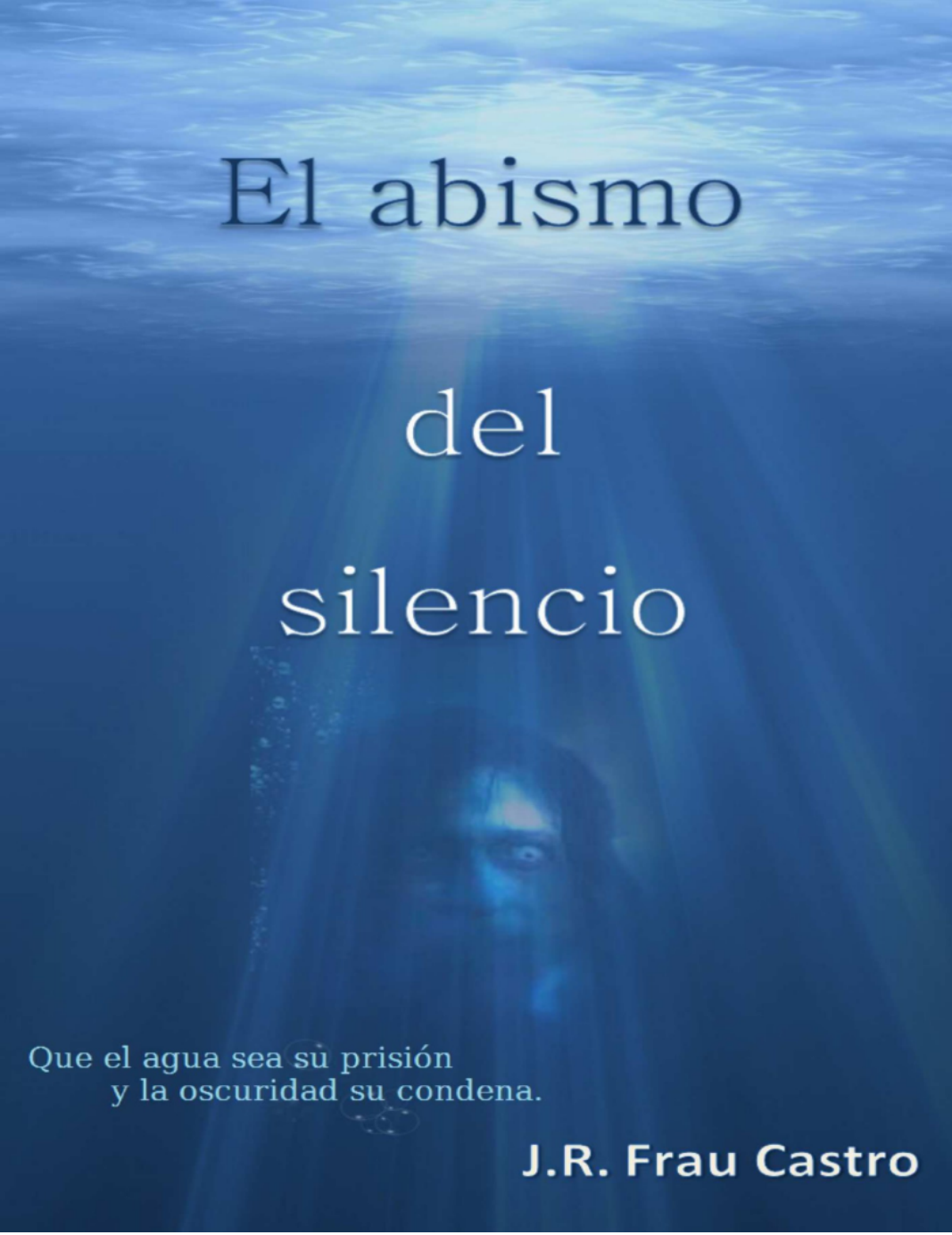
El abismo del silencio



Que el agua sea su prisión
y la oscuridad su condena.

J.R. Frau Castro

El Abismo del Silencio.

Por J.R Frau Castro

Solo con la venganza

puedes darle paz a tu espíritu.

Anónimo.

Índice.

1 ¿Accidente o la muerte de la arrogancia?
2 Una visita inesperada
3 Ana
4 Detalles macabros
5 El abismo del silencio
6 Lucía y…
7 ¿Una prueba irrelevante?
8 No siempre dos más dos son cuatro.
9 Vayamos por partes.
10 Un sueño aterrador.
11 Más pruebas.
12 Recuerdos.
13 La cosa se complica.
14 Empezando a creer.
15 Te cuento un secreto.
16 La Dama del agua.
17 La conexión.

18 Una prueba más.
19 El comienzo de todo.
20 Una nueva víctima.
21 Señales.
22 La cosa se pone fea.
23 ¿Te asusta el agua?
24 La habitación fría
25 Una insólita grabación.
26 El lugar correcto.
27 La habitación de los lobos.
28 Falsas promesas.
29 Tu verdad, no la mía.
30 La sospecha
31 Aún no ha acabado todo
32 La verdad oculta.
33 Sin tiempo que perder.
34 El último lobo.
35 Aún es pronto.
36 El mensaje.
37 Un nuevo renacer.
Epílogo.

1 ¿Accidente o la muerte de la arrogancia?

La intensa lluvia era seccionada sin piedad por el fulgurante paso de la "*Blackbird*". Roberto experimentaba una gran sensación de poder pilotando "*su máquina*", como él la llamaba. Conseguir ese efecto era muy sencillo; solo tenía que apurar al máximo las marchas y ejecutar un golpe de gas con su mano derecha; los 164cv de la Honda se encargaban de hacer el resto. La sinuosa carretera de montaña y la abundante lluvia, que incidía sobre él con rabia desmedida, no suponían ninguna dificultad para la conducción agresiva de Roberto, que estaba completamente seguro del dominio que tenía sobre la moto. Aún así, su falta de temeridad ya le había ocasionado varios accidentes, que le habían costado múltiples huesos rotos y una larga estancia no deseada en el hospital de Son Espases.

A mediodía, Roberto había llegado, junto con sus amigos moteros, al monasterio de Lluc, ubicado en pleno corazón de la sierra de Tramuntana, en el norte de la isla de Mallorca. Allí habían almorzado en el restaurante "*Ca s'Amitger*", disfrutando de una deliciosa paella mixta acompañada de un buen vino tinto de Binissalem. La mañana se había presentado bastante despejada y el parte meteorológico había anunciado "*escasa posibilidad de lluvias*", aunque, en pleno mes de octubre y teniendo en cuenta el cambiante clima montañoso de la isla, no era de extrañar que el acierto de los meteorólogos fuese menos fiable que dejar a un lobo al cuidado de un rebaño de ovejas.

—Creo que será mejor esperar a que amaine la lluvia —dijo Salvador, observando a través del cristal la densa cortina de agua que se descolgaba desde el tejado del restaurante.

— ¿Te vas a acojonar por un poco de lluvia? —contestó Roberto

— ¡Joder, tío! ¿Tú has visto eso? Si parece el puto diluvio universal —le reprobó Marta.

—No sé lo que haréis vosotros, pero yo no pienso quedarme aquí aburrido toda la tarde —protestó Roberto agarrando su casco—. Nos vemos luego en el puerto.

Ninguno de sus compañeros hizo nada por detenerle, y no porque no les importara el riesgo que suponía para Roberto el conducir bajo aquella incesante lluvia, sino porque sabían que no podrían convencerle para que cambiara de idea. La verdad era que, en cierta medida, ya estaban hartos de su mal carácter. Las decisiones con respecto al grupo se tenían que tomar por consenso entre todos, y Roberto solo las aceptaba si se ajustaban a su criterio. En caso contrario siempre se imponía su opinión, y si el grupo no estaba conforme rompía las normas.

— ¡Ese tío está loco! —exclamó Salvador, viendo como Roberto se subía

a la moto bajo una lluvia torrencial—. Es la última vez que voy con él a ningún sitio. — No sabía cuánta razón tenía.

El rugido de "*la máquina*" se mezclaba con el clamor de los truenos, que se repetían continuamente como un eco infinito. La línea central de la carretera se perfilaba a duras penas sobre un asfalto anegado por el aluvión de agua, que bajaba por la montaña, cruzaba la calzada y desaparecía por la prolongada pendiente que se extendía en el lado contrario.

Un tramo largo y recto de carretera fue la oportunidad que Roberto estuvo esperando para elevar la parte delantera de "*la máquina*"; una muestra más de que podía dominar la situación por completo. Una curva tras otra se inclinaba al máximo, atravesando la línea continua de un lado a otro constantemente, aún a riesgo de encontrarse con un vehículo de frente.

«*La mirada siempre varios metros por delante. Primero prevemos la curva con el fin de conseguir la trazada perfecta, reduciendo las marchas antes de entrar en ella. Seguidamente aceleramos para alcanzar la tracción óptima, rozando rodilla en tierra. Y por último enderezamos "la máquina" al salir de la curva, ejecutando un golpe de gas para ganar velocidad mientras nos levantamos. Y ahora, lo mejor… a por la siguiente*.»

***

Fue un instante, un momento fugaz en el que Roberto no se dio cuenta de cómo cruzaba la delgada línea entre la vida y la muerte.

***

"*Estoy seguro de haber visto algo. Una sombra… una imagen… no lo sé, pero…*"

***

Lo primero que golpeó el árbol, situado al borde de la carretera, fue "*la máquina*". El cuerpo de Roberto llegó después, rodando sobre el asfalto, retorciéndose de manera antinatural, sintiéndose el crujir de sus huesos en cada impacto contra el suelo…sin vida. Un reguero de sangre se extendía sobre la calzada, diluyéndose en gran parte con la lluvia, pero marcando una profunda línea roja que dejaba constancia de cuáles fueron los últimos metros

de su alocada carrera.

Su cabeza rodó más lejos, todavía en el interior del casco, cayendo a través de la inclinada pendiente hasta perderse entre arbustos y matojos. No fue encontrada hasta dos días después del accidente. Para entonces las alimañas ya habían dado cuenta de gran parte de ella.

2 Una visita inesperada

Tres meses más tarde.

La sesión de terapia conjunta había sido todo un éxito. A diferencia de otros encuentros, esta vez los miembros del grupo se habían mostrado más participativos. Todos ellos habían sido capaces de hablar de sus propias experiencias personales, compartiendo información, rompiendo el aislamiento presente en las reuniones anteriores y elevando la autoestima general. Ana estaba bastante satisfecha con los resultados.

Tras dejar constancia en el expediente de los avances conseguidos en el grupo, apagó el ordenador, cogió el abrigo y se dispuso a abandonar su despacho. Ya estaba a punto de salir por la puerta, cuando el teléfono de su mesa sonó. Ana miró su reloj y vio que era más tarde de las seis. La noche ya había hecho acto de presencia y todavía le quedaba un largo recorrido hasta llegar a casa. Después de manifestar su disconformidad con un resoplido, volvió a dejar el abrigo sobre la silla y descolgó el teléfono.

—¡Dime, Clara!

—Aquí fuera hay una persona que pregunta por ti. Dice que es el inspector Daniel Mascaró de la policía.

—¿La policía? —se extrañó Ana—. ¿Qué querrán a estas horas?

—Ni idea, chica. Pero que quieres que te diga. ¡Está como un queso! Si por mí fuera, ahora mismo le dejaba que me pusiera las esposas y que me…

—¡Vale!¡Vale! Te entiendo. Dile que pase a mi despacho.

A veces Clara podía ser demasiado explícita en sus explicaciones, sobre todo en lo concerniente al sexo. La verdad es que no sentía el más mínimo pudor a la hora de manifestar sus emociones. Ana solo esperaba que no hubiera pronunciado aquellas palabras en voz alta delante del inspector, aunque dudaba mucho de ello.

Tres ligeros golpes en la puerta.

—¡Adelante!

«C*omo un queso*». Esta vez Clara tenía razón. El inspector debía tener poco más de treinta años. Tenía el pelo moreno y algo alborotado, aunque no excesivamente largo. Piel morena, cejas anchas, mentón cuadrado y sobresaliente, barba de tres días; todo en conjunto resultaba bastante atractivo.

—¿La doctora Ana Amengual…supongo?— dijo el inspector desde el umbral de la puerta, a modo de permiso.

—¡Eh! Sí. Perdone. Pase, por favor —respondió Ana, acercándose a él con la mano extendida.

—Soy el inspector Daniel Mascaró de homicidios. Disculpe que venga en este momento —se excusó, estrechando la mano de Ana— ¿Ya se iba usted? —prosiguió, posando la vista en el abrigo de la doctora sobre la silla.

—La verdad es que tengo un poco de prisa. ¿Ha dicho de… homicidios?

—Sí. No le robaré mucho tiempo.

— ¡Está bien! Tengo cinco minutos. Tome asiento —dijo Ana, apartando el abrigo y ocupando su silla al otro lado de la mesa.

Tras acomodarse, el inspector se fijó en una fotografía, situada sobre un estante que estaba detrás de Ana. En la imagen se podía observar a un hombre y una mujer de mediana edad sonriendo.

—¿Sus padres? —preguntó Daniel señalando la foto.

—Inspector Daniel, ¿Qué quiere la UDEV de mí?

—Bueno… ¡ehem! —carraspeó, tras observar el poco interés de Ana en entablar conversación—. Necesitamos su ayuda.

—¿Mi ayuda? —se extrañó Ana— ¿Para qué?

—Hace tres meses tuvo lugar lo que en un principio pensamos que podría ser un accidente de moto en la carretera que va desde Lluc hasta el puerto de Pollensa. ¡Quizá vio algo en las noticias!

—No suelo leer el periódico y mucho menos ver la tele.

—¡Ya!... El caso fue un poco trágico. Roberto Serra Pérez, 33 años. Circulaba con su moto a toda velocidad bajo la lluvia cuando tuvo un accidente. A causa de ello quedó decapitado. La moto y su cuerpo se encontraron empotrados en la base de un árbol. Por suerte, la fuerte lluvia que caía aquel día evitó que las llamas provocadas por la colisión se extendieran por toda la montaña. Su cabeza fue encontrada dos días después. Todavía estaba dentro del casco. No entraré en más detalles, pero no fue nada agradable.

—Ha dicho usted, "*lo que en un principio pensamos que podría ser un accidente*".

—Nada nos hacía sospechar lo contrario pero, una vez realizadas las primeras pesquisas, nos dimos cuenta de que era imposible que se hubiera podido producir un accidente en aquellas circunstancias.

—¿No hubo ningún testigo?

—Nadie. Los compañeros de Roberto, que ese día salieron en moto con él, decidieron quedarse en Lluc a causa de la fuerte lluvia. Todos ellos declararon que aunque intentaron convencerle de que no cogiera la moto, no pudieron hacer nada por impedir que se fuera.

—Aún no entiendo que tiene que ver todo esto conmigo.

—Verá. Encontramos rastros de huellas adheridas a las manchas de sangre que había alrededor del casco. No eran de Roberto, así que las cotejamos en nuestra base de datos y hallamos una coincidencia. Pertenecían a una mujer de origen colombiano llamada Lucía Mendoza Salguero.

—¡Bien! Caso resuelto. Ya tienen ustedes a la culpable.

—Lucía lleva más de diez años encerrada en el **C**entro de **A**lta **S**eguridad para **E**nfermos **M**entales, en el valle de Almallutx. Es imposible que ella estuviera en aquel lugar. Hablamos con los responsables del centro y nos dijeron que ningún paciente ha salido de allí en los últimos tres años.

—Entonces tienen ustedes un error en su base de datos.

—Para descartar esa posibilidad, optamos por realizar una segunda comprobación. Esta vez decidimos extraer nuevas muestras de las huellas directamente de Lucía. Después de obtener los resultados, pudimos corroborar, sin duda alguna, que las huellas encontradas en el casco eran las de ella.

—¿Por qué tiene la policía las huellas de una enferma mental en su base de datos?

—Lucía cometió un crimen hace diez años. Mató a un chico que la violó. Al parecer no pudo superar ese trauma y se volvió loca. Fue entonces cuando se decretó su ingreso en el CASEM.

—"Loca" es un término que no solemos utilizar en psiquiatría. La verdad es que todo este asunto resulta muy extraño. De todas formas, la cuestión está en averiguar cómo es posible que Lucía esté implicada en la muerte de Roberto si estaba recluida en un psiquiátrico. Lo siento pero no veo como puedo ayudarles, así que si me disculpa tengo…

—Queremos que hable usted con Lucía. Creemos que ella es la clave de todo este asunto. Está claro que es imposible que estuviera presente en el accidente, así que pensamos que, de alguna manera, alguien colocó sus huellas en ese casco. Lo que no sabemos es quién lo hizo, cómo y por qué motivo. Estamos seguros de que ella tiene que saber algo. Sin embargo no hemos podido conseguir que nos cuente nada. Lucía se encuentra en estado catatónico desde su ingreso en el centro, aunque ocasionalmente presenta accesos de ira incontrolados. Entablar contacto con ella es altamente complicado, por no decir imposible.

—Disponen ustedes de un equipo de psicólogos forenses perfectamente cualificados. Incluso el CASEM está…

—Ni nuestros expertos ni los del centro donde Lucía está internada han logrado sonsacarle nada. Además, sospechamos que alguien de dentro podría estar implicado en el asunto. Solamente el director y unas pocas personas más de confianza saben de nuestro interés por Lucía.

—¿Y qué le hace pensar que yo lograré conectar con ella?

—Tengo entendido que es usted una de las mayores autoridades en el tratamiento de enfermos con psicosis delirante y esquizofrenia. He comprobado su historial de cuando trabajaba como psicóloga forense dentro de la **S**ección de **A**nálisis de la **C**onducta en la policía judicial. El método de terapia que usted emplea para llegar hasta ellos es único. Nadie mejor que usted puede entrar en la mente de Lucía y lograr que…

—¡Lo siento! Pero hace tiempo que ya no... —Ana dudó un momento antes de proseguir—

¿Quién le dijo que viniera a verme?

—Un antiguo compañero que estaba al tanto de su trabajo.

«*mirada evasiva, tensión en el rostro…está mintiendo*»

—¡Mire!, inspector. Siento que haya usted venido hasta aquí para nada. Quienquiera que le haya enviado no ha hecho más que hacerle perder el tiempo. Hace cinco años que dejé de trabajar para el gobierno. Tendrá usted que buscar ayuda en otro lado.

—Le he contado cosas de la investigación que son de carácter reservado. Es…

—Yo no se lo he pedido.

—Ya, pero pensé…

—Discúlpeme si le he dado la sensación de estar interesada en este asunto, pero no es así. Por mi parte, no se preocupe por lo que me ha contado, quedará entre usted, yo y estas cuatro paredes.

—¡Escúcheme! Es…

—¡No! Escúcheme usted a mí —le interrumpió Ana—. No estoy obligada a colaborar con ustedes, ahora soy una persona civil. Por supuesto que puede usted interrogarme todas las veces que quiera, pero de ninguna manera puede exigirme que intervenga en su caso.

Daniel se levantó y dejó una tarjeta sobre la mesa.

—Por si cambia de opinión. La persona que me envió a usted estaba muy segura de que podría ayudarnos, y yo creo lo mismo.

Ana no dijo una palabra y se limitó a desviar la mirada. El inspector dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Justo antes de salir se paró y volvió a mirar la fotografía que estaba detrás de Ana.

—Yo no conocí a su padre, pero me han hablado mucho de él. Sé que era una buena persona, un hombre íntegro al que le importaba la gente. Estoy seguro de que él hubiera optado por ayudarnos.

Ana miró a Daniel fijamente durante un instante.

—Yo no soy mi padre —afirmó tajantemente.

—Eso no hace falta que lo asegure —respondió Daniel antes de salir.

3 Ana

La casa permanecía vacía, sin vida. Los pasos de Ana resonaban a través de los solitarios pasillos, sin que nadie fuera testigo de su presencia en aquel lugar. Hacía varios meses que Ana no había vuelto a casa de sus padres. Normalmente, cuando se encontraba triste o deprimida, solía acercarse hasta aquel lugar. Estar entre aquellas paredes le hacía sentirse mejor, como más… protegida. No en vano, allí había pasado los mejores momentos de su vida.

Porto Novo era el pueblo donde estaba ubicada la casa de los padres de Ana, que anteriormente había pertenecido a sus abuelos paternos. A su abuela Carme no la llegó a conocer, y si fue así ella no la recordaba. De su abuelo Bernat mantenía la vaga imagen de un hombre alegre, aunque tampoco llegó a tratarle mucho, pues su padre y él estuvieron mucho tiempo sin hablarse, por desavenencias contraídas durante la terrible enfermedad que se llevó a su abuela Carme. Cuando Ana contaba con ocho años, su abuelo murió, y ella lo presintió, igual que había presentido otras muertes.

Ver las cosas antes de que ocurrieran era una facultad que Ana poseía desde que era pequeña. Alex y María, sus padres, conocían esta extraña habilidad de Ana. Lo llamaban el "*Don*", porque no sabían de qué otra manera llamarlo. La verdad es que Ana podía intuir cualquier suceso. Muchas veces lo hacía sin darse cuenta, como si fuera algo natural. Como cuando anunciaba una visita que estaba por llegar, o cuando adivinaba quién estaba tras una llamada de teléfono. Otras veces, las más preocupantes, ocurrían tras tener horribles pesadillas durante la noche; como cuando presagió la muerte de su abuelo. Sus padres siempre mantuvieron el "*Don*" de Ana en secreto. Tenían miedo de que alguien descubriera su capacidad de predecir acontecimientos y quisieran arrancarla de su lado para estudiarla como si fuera una cobaya. Por otra parte, tuvieron mucho cuidado de que Ana no sintiera aquella extraña habilidad como un problema o una enfermedad. Pero Ana podía ver la preocupación en el rostro de sus padres. La gente siempre tiene miedo a lo que no conoce, o más bien a lo que no puede dominar. Así que durante mucho tiempo intentó ocultar su "*Don*", haciendo creer a sus padres que lo había perdido; quería aliviarles de aquella carga.

Tras la muerte de su abuelo Bernat, recibieron la casa donde había vivido como herencia; la misma casa vacía en la que se encontraba ahora mismo. Entonces, su padre Alex, que era teniente de la guardia civil, solicitó el traslado a Porto Novo, pensando que sería mucho más sencillo y beneficioso para su familia continuar con sus vidas en el mismo pueblo que le había visto nacer.

Durante años todo fue perfecto en la nueva vida de Ana, hasta que ocurrió la extraña desaparición de su amiga Alba. El suceso se convirtió en

preocupación social de primer orden, debido principalmente al seguimiento exhaustivo que los medios de comunicación crearon alrededor del asunto. Por aquel entonces Ana tenía dieciocho años.

El caso fue asignado a su padre. Aunque se desplegaron cuantiosos medios para encontrar a Alba, el tiempo pasaba y su amiga no aparecía. En tres meses la situación llegó a un punto crítico y se daba todo por perdido. Todas las culpas del fracaso de la investigación recayeron sobre el teniente Alex. Ana no soportaba ver a su padre llegar a casa cada día con el rostro abatido, sin ganas de hablar, como si fuera un muerto en vida. Así que decidió ayudar a su manera. Gracias a ella y a su "*Don*", lograron encontrar a su amiga con vida. Malogradamente, el destino y la fatalidad se asociaron en el transcurso de la búsqueda de Alba; Pedro, el novio de Ana, que aceptó acompañarla en un desesperado intento de localizar a su amiga, murió al caer por un precipicio, algo de lo que Ana siempre se sintió culpable, pues Pedro solo había accedido a participar en la búsqueda por estar junto a ella.

La vida después de aquella desgracia siguió su curso, sin más sobresaltos. Ana estudió la carrera de psicología forense, se fue a vivir sola a un estudio muy coqueto de cuarenta y cinco metros cuadrados y comenzó a trabajar como técnico de apoyo dentro de la policía judicial. En 2.010 entró a formar parte la unidad central de inteligencia criminal, dentro de la **S**ección de **A**nálisis de la **C**onducta (SAC). Gracias a su "*Don*", que mantuvo en el más estricto secreto, pudo ayudar a resolver una gran cantidad de casos, encontrando evidencias conductuales o pautas criminales en la investigación de delitos que hubieran pasado desapercibidas para cualquier otro psicólogo. Pero a ella no la podían engañar. Había afinado su habilidad hasta el punto de que podía visualizar hechos ya ocurridos solo con concentrarse en la escena del crimen, descubriendo señales de conducta del delincuente e incluso prediciendo cuál sería su próximo movimiento. Pero lo más impresionante era que podía llegar a intuir lo que pasaba por la mente de otras personas. Para ello, solo tenía que conseguir que la persona en cuestión entrara en un estado profundo de relajación, algo que conseguía dialogando con ella. Luego bastaba con mantener un leve contacto físico, cogiéndole la mano por ejemplo. Entonces, un cúmulo de imágenes se reflejaba en su mente. Imágenes del pasado de aquella persona y, en alguna que otra ocasión, también de su futuro.

Pero todo aquel poder no le sirvió para evitar la muerte de sus padres en un accidente de tráfico, otra culpa más que añadir a su cuenta. ¿Cómo era posible que no hubiera podido ver lo que les iba a ocurrir? Desde aquel momento su carácter cambió por completo. Se volvió más arisca. Cualquier cosa que se saliera de la rutina diaria le irritaba; quizá por eso había tratado de aquella manera al inspector Daniel. El caso es que dejó de trabajar para el grupo de la policía judicial y aceptó un puesto en el hospital Marín Severo de Inca, como psicóloga del centro.

—¿Hay alguien aquí?

Una voz femenina, proveniente de la entrada, la sacó de su abstracción. Cuando Ana se dio la vuelta pudo ver a la sargento Nerea Fernández.

—¡Nerea! ¡Qué alegría verte! —dijo Ana abrazándose a ella.

La sargento Nerea había sido compañera del padre de Ana dentro del cuerpo de la guardia civil. Hasta donde Ana podía recordar, Nerea siempre había estado presente en su vida. Realmente era como si fuera un miembro más de la familia. Aunque la sargento era veinte años mayor que Ana, entre ellas siempre había existido una gran amistad.

—¿Cómo estás, pequeña? —preguntó Nerea acariciándole el rostro.

—¡Bien! Nada, que hacía tiempo que no venía y he decidido darme una vuelta. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Ya sabes cómo es la gente en Porto Novo. Vieron la puerta abierta y enseguida llamaron al cuartel para que comprobáramos si había entrado algún *okupa* en la casa. Hemos tenido algunos problemas últimamente con ellos. Pero, al ver tu coche fuera, supe que serías tú.

Ana sonrió y después se dirigió hasta la ventana que daba al pequeño huerto que había detrás de la casa. Imágenes de ella y de sus padres trabajando y divirtiéndose en aquel terreno repleto de hortalizas, acudieron a su mente al instante. Fueron momentos muy felices. Ahora la maleza se extendía incontroladamente por doquier, adueñándose de un espacio que no le era propio; como queriendo ocultar cualquier vestigio de sus recuerdos en aquel lugar.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Nerea.

—¡Eh!... No, solo estaba pensando —contestó Ana, secándose una lágrima con el dorso de la mano e intentado que Nerea no se diera cuenta—. Tendría que venir un día y arreglar el jardín, sino esas malas hierbas llegarán a entrar dentro de la casa.

—Ana, te conozco muy bien y sé cuando algo te preocupa.

Ana se dio la vuelta y miró a Nerea a los ojos. Su rostro se descompuso, casi a punto de llorar.

—Es que… les echo mucho de menos. Han pasado cinco años y todavía no logro hacerme a la idea de que ya no estén. Yo…

—Yo también les echo mucho de menos, cariño. Pero no puedes seguir así toda la vida. A veces me da la sensación de que te sientes culpable de lo que les pasó, y no lo entiendo. Fue un accidente de tráfico. Y sé que no es un consuelo lo que te voy a decir, pero tú no podías hacer nada para evitarlo—«*Claro que podía haber hecho algo. Pude haberlo visto venir*»—. Ocurrió y ya está —prosiguió Nerea—. No puedes seguir anclada continuamente en ese momento. Ya lo hemos hablado muchas veces.

—Pero… ya no tengo a nadie, estoy sola.

—Ana, me tienes a mí. Además, te queda mucho camino en la vida. Todavía puedes encontrar a alguien.

—¿Tú crees? Ya tengo treinta y nueve años. Se me va a pasar el arroz —sonrió Ana.

—Bueno, yo conocí al hombre de mi vida con cuarenta y dos años.

—Pero.... Nerea…si os divorciasteis un año después de casaros.

—¡Vale! Pero cuando le conocí, ese capullo era el amor de mi vida.

Ambas se echaron a reír a la vez.

—¡Pues nada! Seguiré esperando a ver si aparece mi media naranja —se conformó Ana.

—¡Oye!, y… ¿Qué te parece el inspector Mascaró? Está soltero y no me dirás que no es guapo. ¿Verdad?

—¿Cómo…? O sea, que… ¿Le enviaste tú?

—Le conozco desde hace tiempo. Es un buen chico y un excelente policía. Me comentó el caso en el que están trabajando. La verdad es que es algo complicado. Se encuentran en un punto muerto y necesitan hallar una salida. Pensé que tú podrías echarles una mano. Así que le dije a Daniel que fuera a hablar contigo. Ya me contó su fracasado intento de convencerte.

—Ahora me siento fatal. La verdad es que le traté muy mal el otro día. A veces puedo ser una auténtica borde.

—No te lo quería decir yo, pero la verdad es que…

—Lo sé, lo sé —reconoció Ana— Es que a veces…parece como que todo me molesta. Tengo que… no sé.

—Quizá te venga bien estar ocupada. Piénsatelo. Yo creo que hay dos razones fundamentales por las que deberías colaborar con ellos. Una es que necesitan la ayuda de un experto en el tratamiento de enfermos mentales y… nena, tú eres la mejor.

—¿Y… la otra razón? —preguntó Ana, al ver el repentino silencio de Nerea.

—La otra razón es que no puedes dejar escapar un bombón como Dani.

4 Detalles macabros

El inspector Daniel Mascaró llegó a la jefatura superior de policía de Palma sobre las nueve de la mañana. Después de subir en ascensor hasta la segunda planta, se dirigió hacia las dependencias de la sección de homicidios y desapariciones de la UDEV. Antes de llegar a su despacho, el oficial Marcos le hizo un ademán con la mano, para que le prestara atención.

—¡Buenos días, Daniel¡ Ha venido a verte Ana Amengual. Le he dicho que te esperara en la sala de *briefings.*

Daniel se quedó un poco sorprendido por la visita de Ana. Después de la conversación que mantuvieron la semana anterior, no creyó que volvería a verla.

—¡Oye! —prosiguió Marcos—. ¿Para qué ha venido a verte "*la doctora strange*"?

—¿La…qué?

—¡Ah, claro! Tú no la conociste. Esa tía trabajó en el SAC y era rara de cojones. Decían que estaba medio loca. Vamos…que se le iba la olla. Pero la muy cabrona acertaba en todo. Se decía que incluso podía leerte el puto pensamiento.

—¡Vaya lengua que tienes, Marcos! Te la tendrías que lavar con jabón. Además, no te creas todo lo que te cuenten ¡Joder, que eres policía!

Marcos encogió los hombros y, mostrando indiferencia por las palabras de su compañero, se sentó en su mesa. Daniel entró en la sala de *briefings* y saludó a Ana.

—¡Buenos días, doctora!

—¡Buenos días, inspector! —respondió Ana, a la vez que se levantaba de la silla y le estrechaba la mano—. Llamé ayer y me dijeron que no estaba, pero que vendría esta mañana.

—Estuve todo el día fuera. La verdad es que suelo parar poco por aquí.

— ¿Por qué no me dijo el otro día que venía de parte de Nerea?

—¿Hubiera cambiado en algo las cosas?

Ana se quedó en silencio, sin saber que contestar, mirando aquellos ojos negros, casi hipnóticos. Un ligero rubor hizo que sus mejillas se sonrojaran.

—¿Ha decidido usted cambiar de opinión con respecto a lo que hablamos el otro día? —preguntó Daniel—. Por eso ha venido. ¿No?

—Sí. Lo he pensado mejor y… creo que podría ayudarles. Necesito ver todo lo que tengan sobre el caso; los expedientes, declaraciones realizadas, pruebas e indicios que se hayan encontrado en el lugar del…

—Un momento…un momento —la interrumpió Daniel, alzando la mano —. De La investigación ya nos ocupamos nosotros. Si le hemos pedido que venga, es para que vea a Lucía. Queremos averiguar que tiene que ver ella con este asunto. ¿Para qué necesita usted conocer todos esos detalles?

—Mire inspector, si quiere usted mi ayuda tendrá que ser bajo mis condiciones. Como muy bien dijo, mi sistema de trabajo es único. Para poder llegar hasta Lucía necesito saber todo lo concerniente al caso. El mejor método para afrontar este tipo de situaciones es estar informado lo mejor posible. Cuando intente establecer contacto con ella, no puedo permitir que me coja en un renuncio; se rompería todo lazo de unión entre nosotras, y volver a conseguir su confianza sería altamente complicado.

—¡Está bien! —admitió Daniel—. El proceso judicial ha sido declarado de carácter reservado. Todavía estamos en la fase de instrucción y esto ya se ha alargado bastante. Necesitamos encontrar respuestas. Es por eso que el juez no me puso ningún impedimento para que usted colaborara plenamente con nosotros, sobre todo teniendo en cuenta que ya había trabajado para la policía judicial. Sé que conoce usted perfectamente el procedimiento, pero… ¿Sabe bien lo que quiere decir "reservado"?

—No se preocupe por eso. No tengo a nadie a quien contarle mis penas y mucho menos los detalles sobre las diligencias de un posible caso de homicidio.

—De acuerdo. Acompáñeme a mi despacho. Le mostraré lo que tenemos hasta ahora.

Ambos salieron de la sala de *briefings* y se dirigieron hasta el final del pasillo donde estaba la oficina de Daniel. Ana notó como la mayor parte de los que estaban allí presentes posaban su mirada sobre ella, murmurando unos con otros. Incluso el inspector Daniel se dio cuenta de ello, lo que le molestó bastante.

Tras entrar en la oficina, el inspector cerró la puerta y le ofreció asiento a Ana. Antes de sentarse en su mesa, cogió un conjunto de carpetas de una estantería. Lo primero que hizo fue enseñarle a Ana las fotos del accidente. La primera de ellas mostraba el cuerpo decapitado de Roberto arrollado por su moto junto a la base de un árbol, tal como quedaron después del accidente.

—Está claro que la causa de la muerte fue la decapitación —dijo Daniel—. Lo que no sabemos es como pudo producirse. Se han dado casos de decapitaciones de motoristas al caer sobre el quitamiedos pero, en el tramo de carretera donde se encontró el cuerpo de Roberto, no encontramos ningún elemento cortante que la pudiera haber provocado.

—¿Qué dicen las pruebas forenses?

—La incisión fue certera y limpia. De un solo tajo, sin desniveles en la sección perimetral del cuello. Debió de ser realizada con un elemento tremendamente afilado. Además la precisión fue milimétrica. Piense a la velocidad que debía ir Roberto con la moto y que además llevaba el casco puesto.

—¿Un cable fino de alta resistencia de un árbol a otro que atravesara la carretera?

—Imposible. La carretera fue construida sobre la ladera de una montaña con una pendiente bastante pronunciada. El lado exterior en ese tramo está

totalmente despejado, sin árboles. No hay posibilidad de atravesar ningún cable. Además hubiera sido muy difícil que el cable le seccionara justamente a la altura del cuello.

—¿Y si se hubiera detenido por algún motivo? No sé. Quizá vio a alguien, se paró para hablar con él y…

—No lo creemos. Mire aquí —Daniel señaló una foto en la que se podía observar el tramo de la carretera donde se produjo el accidente—. Estas marcas fueron provocadas por la moto al arrastrarse a gran velocidad. La línea roja es el rastro de sangre que dejó el cuerpo tras producirse la decapitación. Van a la par. Ambas señales acaban en la base del árbol donde encontramos a Roberto y su moto. Según los datos aportados por la científica, calculamos que debía circular a más de cien quilómetros por hora en ese instante.

Ana pasó varias fotos hasta llegar a una de ellas que mostraba la cabeza decapitada de Roberto. Aunque todavía estaba dentro del casco, la visera había desaparecido, descubriendo su rostro en descomposición.

—¿Alguna relación entre Roberto y Lucía?

—Nada, que nosotros sepamos. Ningún punto en común.

—¡Háble me de Lucía! —dijo Ana, cerrando la carpeta.

Daniel deslizó sobre la mesa la fotografía perteneciente a una hermosa mujer de piel aceituna, que exhibía una generosa sonrisa.

—Lucía Mendoza Salguero. Actualmente 49 años. Natural de Antioquía, Colombia. Trabajaba para la cadena hotelera DK en su país de origen. En 2002, durante el gobierno de Aznar, se aprobó una ley en el congreso que modificaba los requisitos del código civil para adquirir la nacionalidad española. Todos los hijos o nietos de emigrantes y exiliados españoles, podrían recuperar la nacionalidad de sus padres realizando los trámites pertinentes en las oficinas consulares de su país. Lucía, que era descendiente de emigrantes españoles, aprovechó la situación y llegó a un acuerdo con DK hoteles para venir a trabajar a España. Era una buena oportunidad para mejorar económicamente y poder salir de la pobreza en la que vivía. Atrás dejaba una madre enferma y una hija de 18 años a su cuidado, con la única esperanza de poder traerlas a España en cuanto se hubiera normalizado su situación aquí. Mientras tanto les enviaba dinero sin falta cada mes.

—¿Qué es lo que salió mal?

—Tras conseguir la nacionalidad española, Lucía entró a trabajar como camarera de habitaciones en el "Hotel resort *DK Cala Mondragó*", al sur de la isla. Al parecer, y digo al parecer porque los únicos testigos presenciales de lo que pasó en aquella sala fueron Lucía y su presunta víctima, la Nochevieja del 31 de Diciembre de 2006, Bernardo Mulet González, de 26 años, que se hospedaba en el hotel, después de agarrar una buena cogorza se desorientó y llegó a la lavandería que se encontraba en el sótano del edificio. Allí encontró a Lucía, que estaba sola, haciendo la colada, momento que aprovechó para abusar de ella. Por lo visto no solo la violó, sino que también la agredió físicamente, causándole serias lesiones. En un intento de defenderse, Lucía

golpeó a Bernardo con una vara de hierro en la cabeza, lo que le provocó la muerte inmediata. Fue el gerente del hotel, Javier Beltrán Ribas, quién tras escuchar los gritos de Lucía, se encontró con la terrible escena. Aunque su abogado proclamó la libertad de Lucía, alegando que actuó en legítima defensa, el juez la declaró culpable de homicidio imprudente y dictaminó que la ingresaran en el CASEM, debido al severo cuadro de trastorno de estrés postraumático que presentaba y a las graves secuelas provocadas en su salud mental. Dos meses más tarde, la hija y la madre de Lucía morían en Antioquia a causa de una avalancha de tierra. Ocurrió de noche, mientras dormían. La casa donde vivían quedó totalmente sepultada por un alud. Al parecer los desastres naturales son algo muy habitual en esa zona de Colombia. Al conocer la noticia, Lucía se sumió todavía más en su enfermedad, perdiendo cualquier tipo de contacto con la realidad. Durante todo este tiempo ha sido tratada sin obtenerse ninguna mejora en su estado.

—¿Han comprobado si existía relación alguna entre Bernardo Mulet y Roberto?

—También lo comprobamos y no encontramos nada.

—¿Cuál es su teoría?

—Nuestra principal línea de investigación se basa sobre la hipótesis de que alguien del centro pudiera estar implicado en el crimen. Solo hay dos posibilidades factibles. O Lucía estuvo presente en el lugar de los hechos, cosa poco probable, o alguien utilizó sus huellas para inculparla. Todos los trabajadores del centro han sido interrogados. Así mismo hemos comprobado si tenían antecedentes penales.

—¿Y?

—Nada, salvo alguna que otra multa de circulación y poca cosa más de importancia, lo que no exculpa a ninguno de ellos.

—¿Supongo que no ha trascendido el motivo real por el que fueron interrogados?

—Como ya le dije, el caso está considerado como reservado. Nadie conoce la existencia de esta investigación. Los motivos reales de nuestra visita al CASEM solo han sido revelados al director del centro y a alguna persona más, cuyas colaboraciones son absolutamente necesarias. En el interrogatorio que se les hizo a los empleados, no se mencionó en ningún caso a Lucía. Nadie puede relacionar nuestro interés por ella con el asesinato de Roberto. Correríamos el riesgo de que se pudiera filtrar información a la prensa, algo que queremos evitar. El crimen de Roberto sigue siendo considerado por los medios de comunicación como un accidente sin más importancia que la del estado deplorable en el que se encuentran algunas carreteras de Mallorca. Incluso los familiares de Roberto están al margen de todo esto.

—¿Qué me dice del director del centro?

—Jorge Bauzá Escandell. Está fuera de toda sospecha. Aunque es licenciado en psiquiatría, su función en el CASEM se limita a la gestión de recursos y de personal. Gracias a ello pudimos infiltrar a un agente de SAC

después de detectar las huellas de Lucía en el casco de Roberto. Nadie más que el doctor y yo conocemos su verdadera identidad. Debe saber que el contacto del doctor Bauzá con los pacientes es prácticamente nulo, no obstante tiene decisión en cuanto a las evaluaciones psiquiátricas y procedimientos a seguir.

—¿Por qué sospechar de alguien del centro y no de fuera?

—Lucía lleva diez años recluida en el CASEM. Excepto los trabajadores del centro, nadie más ha tenido contacto con ella durante todo ese tiempo. Igualmente creemos que es improbable que alguien ya tuviera las huellas antes de que fuera internada y las hubiera conservado con el fin de maquinar un plan como este para ejecutarlo al cabo de una década.

—¿Qué posibilidad hay de que dos personas tengan las mismas huellas?

—No existen dos personas con las mismas huellas dactilares. Es imposible y, aunque así fuera, sería demasiada casualidad que ambas coincidieran en el mismo lugar y la misma época.

—Necesito ver el historial médico de Lucía.

—Esto es todo lo que el CASEM nos ha facilitado —dijo Daniel, entregándole una carpeta que contenía numerosos informes médicos, correspondientes al tratamiento que había seguido Lucía durante los diez años que llevaba ingresada en el psiquiátrico.

—Le echaré una ojeada esta noche. Mañana me gustaría ver a Lucía.

—No habrá ningún problema. Hoy mismo contactaré con el director del CASEM y le confirmaré nuestra visita. Le parece bien que le recoja a las…

—No —le interrumpió Ana—. Nos veremos directamente allí a las nueve de la mañana. Tengo su teléfono en la tarjeta que me dejó. Le haré una perdida para que tenga mi número.

—Me parece perfecto —confirmó Daniel.

—Ahora atienda bien, porque voy a darle instrucciones sobre las condiciones de mi encuentro con Lucía.

5 El abismo del silencio

En pleno mes de Enero, la sierra de Tramuntana se mostraba cubierta por una extensa capa de nieve, por lo que muchos tramos de carretera permanecían cerrados al público. Los embalses de *Cúber* y del *Gorg Blau* estaban al sesenta y cinco por ciento de su capacidad, una muy buena señal teniendo en cuenta que no había llovido en los tres últimos meses. Mucha gente aprovechaba sus días libres para desplazarse hasta el llano central de la sierra y disfrutar de la entrañable estampa navideña que ofrecía el clima en esa época del año. Aunque las escarpadas cordilleras de la sierra protegían la zona interior de los gélidos vientos del norte, la nieve acumulada en las cumbres montañosas provocaba que la temperatura bajara por debajo de los cero grados centígrados en algunos puntos de la isla. Los mallorquines, que no estaban acostumbrados a tanto frío, solían decir que la sierra era como una enorme nevera que alguien había dejado abierta. Pero lo peor del frío de Mallorca era su humedad. Por mucho que cubrieras tu cuerpo con abrigos, jerséis y ropa interior térmica, la humedad era como un gusano hediondo que se colaba por entre los pliegues de la ropa hasta llegar a lo más profundo de tus huesos. La gente mayor aquejada de artrosis era la que más padecía la consecuencia de tan alto grado de saturación, dándose casos en los que habían tenido que abandonar la isla en busca de lugares con un frío más seco donde poder vivir.

La sinuosa carretera Ma-10, que atravesaba la sierra desde una punta a la otra de la isla, acumulaba la nieve en sus bordes exteriores. El rocío desplegado sobre la calzada hacía que Ana tuviera que conducir su Honda CRV con extrema precaución. El indicador de temperatura exterior marcaba menos cinco grados centígrados. Nada más pasar el túnel de Monnáber, apodado por muchos ciclistas como el túnel de la muerte, el edificio principal del CASEM se podía avistar elevado solemnemente sobre la colina conocida como "*L'avenc del silenci*" (el abismo del silencio). Un repentino escalofrío recorrió la espina dorsal de Ana al observar aquella estructura de cemento y roca que se oponía a la agreste e indómita vegetación del entorno, como si fuera un tumor en un tejido sano. Según los estudios realizados por los mayores expertos en psiquiatría, un entorno tranquilo y lo más alejado posible del bullicio de la ciudad, era el mejor escenario para la rehabilitación de pacientes con psicopatologías graves, pero a Ana aquella construcción se le asemejaba más al terrorífico psiquiátrico de la película "*The house on Haunted Hill*".

Tras pasar el embalse de Cúber, Ana cogió el desvío de la derecha. Después de circular durante al menos diez minutos por una carretera ascendente, llegó a la extensa explanada que estaba situada frente al edificio

principal del CASEM. Ana aparcó su vehículo junto al del inspector Daniel, que ya le esperaba sobre la escalera de la entrada. Antes de salir del coche, se puso el abrigo, se enrolló una bufanda de lana alrededor del cuello y se colocó unos guantes y un gorro "*beanie"* que ella misma se había tejido.

El inspector Daniel vestía con pantalones vaqueros y se abrigaba con un tres cuartos, al que le había volteado el cuello hacía arriba. Mientras Ana caminaba por la explanada, el enorme edificio de tres plantas, que se alzaba majestuoso frente a ella, captaba toda su atención, engullendo las nevadas montañas que se elevaban a su alrededor.

—¿Qué tal el trayecto? —preguntó Daniel mientras se frotaba las manos —. ¿Ha tenido problemas para llegar?

—Ninguno —contestó Ana—. La carretera estaba bastante despejada.

—Será mejor que entremos enseguida, aquí fuera hace mucho frío — observó Daniel.

En el interior del edificio se mantenía una temperatura más que agradable. El hall principal era bastante amplio. Ana calculó que podría tener más de diez metros de ancho. Grandes lienzos, en los que se mezclaban géneros como el barroco con estilos más contemporáneos, colgaban en ambas paredes laterales, sobre unos bancos de madera muy parecidos a los que se podían encontrar dentro de las iglesias. El techo quedaba a unos cinco metros de altura, lo que acababa de darle a aquel lugar el aspecto de una antigua casa señorial. Varios grupos de personas, algunos de ellos con bata blanca, conversaban en murmullos, como si temieran romper el silencio que reinaba en el ambiente. Ana y Daniel cruzaron el espacioso vestíbulo hasta llegar a un enorme mostrador situado al final del mismo. Dos largos pasillos se extendían a ambos lados de la recepción, iluminados pobremente por la tenue y parpadeante luz blanca de los tubos fluorescentes que colgaban en línea desde el alto techo.

—Buenas tardes —dijo Daniel, dirigiéndose a una chica joven que estaba tras el mostrador—. El doctor Jorge Bauzá nos espera.

—Son ustedes…— la joven miró la pantalla de su ordenador— el inspector Daniel Mascaró y la doctora Ana Amengual ¿Verdad?

—¡Correcto!

La chica les entregó dos tarjetas de identificación con sus nombres, sujetas a una cinta para colgar alrededor del cuello, en las que se podía distinguir claramente la palabra "*visitante*". Ana se despojó del gorro y los guantes. Después de doblarlos adecuadamente, los guardó en el bolsillo interior de su abrigo.

—El doctor les recibirá ahora mismo. Joel les acompañará hasta su despacho.

Un chico joven con barba, que vestía pantalones y bata blanca, les hizo una señal desde el final del mostrador para que le siguieran.

Después de llegar a la mitad del pasillo derecho, Joel apoyó una tarjeta, que extrajo del bolsillo de su bata, sobre un panel digital de lectura que había

junto a las puertas correderas de un ascensor. Mientras esperaban que llegara el ascensor, Ana pudo ver de soslayo como Daniel la miraba fijamente. Su cuerpo se estremeció y, para disimular su nerviosismo, dirigió su mirada hacia el lado contrario al que se encontraba el inspector.

—¿Ha desayunado usted? —le susurró Daniel al oído.

—¿Eh? ¿Cómo dice? —preguntó Ana, aunque le había oído perfectamente.

—Digo…—Daniel se inclinó sobre Ana, rozando su rostro con el de ella —. Digo, que si ha desayunado usted.

—Sí…sí, claro. Aunque ahora mismo me tomaría una buena taza de café caliente.

Una vez que se abrieron las puertas del ascensor, entraron en el interior y Joel pulsó el botón del segundo piso.

—Veo que tienen ustedes un buen sistema de seguridad —observó Ana—. Por lo que veo, no todo el mundo puede hacer uso libre de las instalaciones. ¿Es así en todo el hospital?

—Como verá el edificio es muy antiguo, pero los sistemas de protección y control son bastante avanzados —explicó Joel—. Piense que esto es un centro de alta seguridad. Las personas que son internadas aquí suelen ser psicópatas con un alto potencial de amenaza para la sociedad. Cualquier precaución que podamos tomar es poca.

Después de que se abrieran las puertas del ascensor, salieron a un pasillo muy similar al de la planta baja. En el lado izquierdo había una verja de gruesos barrotes, custodiada por un celador que estaba sentado tras una mesa.

—Por aquí por favor —dijo Joel, señalando el lado contrario.

Joel les acompañó hasta una puerta doble situada al final del pasillo. Después de golpear tres veces con los nudillos la abrió sin esperar contestación, indicando a Ana y Daniel que pasaran.

—Ahora le traeré esa taza de café —indicó Joel antes de que entraran—. ¿Querrá usted tomar otra?

—No, gracias de todas formas —dijo Daniel, cediendo el paso a Ana.

Dos grandes ventanales iluminaban una amplia habitación que estaba completamente rodeada de estanterías repletas de libros. Al fondo de la sala, el Doctor Bauzá estaba sentado tras una gran mesa antigua de madera.

—Pasen, por favor —dijo el doctor, sin levantar la vista de los documentos sobre los que estaba escribiendo—. Siéntense.

Ana y Daniel se sentaron delante de él, sin decir una palabra. El doctor, que seguía escribiendo anotaciones, era de complexión gruesa y tenía el pelo blanco y escaso. Ana calculó que debía rondar los sesenta años. Al cabo de un rato, en el que Ana tuvo tiempo de leer los títulos escritos en el lomo de todos los libros de una de las estanterías, el doctor Bauzá se colocó el bolígrafo y las gafas en el bolsillo de su chaqueta y extendió su brazo saludando primero a Daniel.

—Buenos días, inspector. Me alegro de verle de nuevo.

Seguidamente extendió la mano hacía Ana.

—¿La doctora Ana Amengual, supongo?

Ana se levantó sin pronunciar palabra y se despojó del abrigo, que colocó sobre el respaldo de la silla. Cuando se volvió a sentar, el Doctor Bauzá todavía seguía con la mano extendida y cara de confusión.

—Encantada —dijo Ana finalmente, estrechándole la mano.

—Bueno… Por lo visto vienen ustedes para ver de nuevo a Lucía Mendoza. Siguen pensando que alguien del centro la ha utilizado para manipular las pruebas del accidente. ¡Es absurdo! Tiene que haber otra explicación y no creo que la encuentren aquí. Están perdiendo el tiempo si creen que van a conseguir que Lucía reaccione ante sus interrogatorios.

—Tal como le indicamos, queremos que la doctora Amengual la visite —dijo Daniel.

—¡La doctora Ana Amengual! —exclamó el doctor Bauzá alzando levemente las manos en un gesto que a Ana le pareció una mofa—. Creo que trabajó usted dentro de la **S**ección de **A**nálisis para la **C**onducta, en la policía judicial. ¿Verdad?

—Así es.

—Y… ¿Por qué lo dejó?... ¿Demasiado estrés? —rió el doctor.

Daniel podía mascar la tensión en el ambiente. El doctor Bauzá se sentía ofendido de que la policía hubiese solicitado la ayuda de Ana. Era como si les acusaran de que ellos no habían hecho bien su trabajo. Ana suspiró y se reincorporó en su asiento con gesto serio. Daniel se frotó disimuladamente la frente con la mano tapándose el rostro. Se avecinaba tormenta.

—Doctor Bauzá. ¿Por qué se internó directamente a Lucía en el CASEM?

—Si lo que quiere saber es por qué su expediente no pasó primero por las dependencias del SAC, creo que tendrá que preguntárselo al juez. Supongo que tuvo en cuenta los informes forenses que se presentaron durante el juicio por ambas partes. Tanto la defensa como la acusación estuvieron de acuerdo en que Lucía padecía un trastorno de estrés postraumático que derivó en una esquizofrenia indiferenciada con inmovilidad persistente, alucinaciones y alteraciones emocionales. Después de realizarle una inspección médica y la correspondiente profilaxis para el VIH, se decidió el ingreso directo en nuestras instalaciones. El señor Juez debió pensar que nosotros estábamos más preparados que ustedes para asistirla.

—El SAC se creó para la investigación de delitos, no para psicoanalizar y curar a delincuentes, eso es trabajo de ustedes. Y a propósito de ello ¿Por qué cree usted que la paciente no ha presentado ningún tipo de mejoría en estos diez años?

—El caso de Lucía es algo especial. El estado catatónico que presentaba era del tipo maligno, en su grado más severo. Debido a su complejidad, desde el primer momento se realizó un tratamiento basado en la interactuación de varias disciplinas. Teníamos que afrontar su enfermedad desde distintos puntos de vista. Empleamos técnicas como la relajación para reducir el nivel

de estrés psicofisiológico, reestructuración cognitiva, psicoterapia psicodinámica, incluso hipnosis y terapia electroconvulsiva. Sin embargo la paciente no respondía a ningún tratamiento.

—Lo he leído en el expediente que me entregó el inspector —dijo Ana.

En ese instante, Joel entró en la habitación con una humeante taza de café que dejó sobre la mesa. Ana esperó a que saliera de la habitación para continuar la charla.

—Háble me del tratamiento farmacológico —prosiguió.

—Comenzamos administrándole antidepresivos tricíclicos básicos, pero después de comprobar su alto grado de embotamiento optamos por suministrarle amitriptilina, conjuntamente con otros inhibidores de la serotonina, sin dejar de lado los habituales neurolépticos y antipsicóticos.

—Embotamiento, depresión, hostilidad, alucinaciones, ideas suicidas… ansiedad; síntomas que se agravaron después de que algún lumbreras decidiera notificarle la muerte de su madre y de su hija en pleno tratamiento.

—Fue una decisión conjunta —reconoció el profesor irritado—. Creímos que sería mejor para la paciente que supiera la noticia en ese momento, en vez de notificársela después de que se hubiera recuperado por completo. El riesgo de recaída podría haber sido bastante elevado. Durante los diez años que Lucía ha permanecido en nuestro hospital se han decidido diferentes terapias basándonos en las circunstancias de cada momento. Todos los tratamientos que se han seguido han sido única y exclusivamente para intentar restablecer su contacto con la realidad.

— Algo que no han conseguido, por lo que veo —dijo Ana en un tono muy relajado.

Realmente Ana sabía donde presionar para poner nervioso al doctor.

—En este hospital disponemos de los mejores profesionales en terapia psicosocial, psicofarmacología, terapia cognitiva, terapia conductual —explicó el doctor elevando cada vez más el tono de la voz—. Expertos licenciados en las mejores universidades que pueda encontrar: Harvard, Oxford, Cambridge… ¿Qué le hace pensar que va a lograr que Lucía hable con usted, si no lo ha hecho ya con nosotros?

—No sé. ¿Han probado ustedes de pedírselo con educación? ¡Ah!, No, claro. La educación no se enseña en ninguna prestigiosa universidad. Normalmente se trasmite de padres a hijos.

Daniel no pudo evitar que se le escapase una ligera sonrisa al ver la cara de desconcierto del doctor.

—Ahora, si no le importa —prosiguió Ana, cogiendo la taza de café—. Me gustaría ver a la paciente.

6 Lucía y…

El inspector Daniel estaba junto a Ana, delante de la puerta que daba acceso a la sala de evaluación psicológica. El doctor Bauzá había entrado en la habitación contigua, desde donde se podría observar y grabar el encuentro de Ana con Lucía a través de un enorme cristal unidireccional.

—Está todo preparado tal como usted lo pidió —dijo Daniel—. Aunque sigo pensando que no es lo correcto. Soy el responsable de su seguridad y si esto sale mal me comeré un buen marrón.

—Es un riesgo que debemos correr. Necesito que Lucía esté totalmente relajada y que no se sienta amenazada. He de ganarme su confianza y solo lo conseguiré si soy la única persona presente en esa habitación.

Uno de los requisitos que había exigido Ana era que la paciente debía permanecer libre de cualquier fármaco que pudiera anular su capacidad cognitiva y sensorial. Aquello suponía eliminar cualquier dosis de tranquilizantes que pudieran adormecer a Lucía, con el consecuente peligro de que se pudiera producir algún episodio de conducta agresiva. En más de una ocasión, Lucía había lesionado a sus cuidadores, ocasionándoles en algunos casos heridas de gran consideración, provocadas por mordiscos, arañazos o incluso golpes.

La intención de Ana era la de sugestionar a Lucía para inducirla a un estado de hipnosis, consiguiendo que entrara en una fase de semi-inconsciencia. No debía permanecer en estado de vigía, pero tampoco podía estar dormida. Una persona dormida no atiende a proposiciones. Una vez conseguido, accedería a sus pensamientos, sus recuerdos. Todo lo ocurrido en la vida de Lucía permanecía en su mente, pero los recuerdos más sombríos se escondían en una zona oscura, una zona inaccesible creada por el olvido; una zona en la que Ana debía entrar. La situación se tornaba todavía más seria teniendo en cuenta la insistencia de la doctora en que Lucía no llevara puesta la camisa de fuerza. Daniel accedió a ello con la condición de que Lucía permaneciera atada en su silla, que estaba clavada al suelo. Una correa abdominal la tendría ligada al respaldo y varias cintas sujetarían sus brazos a los de la silla.

—Está bien. Se lo repetiré una vez más. Tiene un timbre debajo de la mesa por si precisa interrumpir la sesión. Dispone de un teléfono colgado junto al espejo unidireccional para hablar con nosotros. De todas formas, si detecta peligro bastará con que alce la mano. Yo estaré en la sala contigua observándolo todo. ¿De acuerdo?

—¡Ni que se tratara de Aníbal Lecter! —se burló Ana.

—La persona que está ahí dentro es sospechosa de haber cometido un crimen, o por lo menos de haber participado en él. Aunque no tenemos explicación para ello, no podemos correr riesgos. No me gustaría que le

pasara nada.

Ana asintió sonriendo.

—Le ha dado un buen repaso al doctor —prosiguió Daniel más calmado, con la intención de relajar un poco la situación.

—Se llama teoría de la imposición.

—¿Qué? —dijo Daniel sin entender a que se refería Ana.

—En un corral solo puede haber un gallo. Cuando se encuentran dos gallos en un mismo corral, el primero que se imponga al otro será el que mande en el gallinero. Como puede ver, es una cuestión de huevos.

Ana se dio la vuelta y se dispuso a entrar en la sala. Mientras tanto, Daniel se dirigió a la habitación de vigilancia contigua, donde le esperaba el doctor Bauzá. Antes de entrar se detuvo para desearle suerte a la doctora; tarde, solo pudo ver como cerraba la puerta, mientras que dos celadores se apostaban a cada lado para actuar en caso de que la cosa se complicara.

****

Ana calculó que la sala debía medir unos ocho metros de profundidad por algo menos de seis de ancho. Las paredes, que estaban pintadas de blanco, eran totalmente lisas, sin un solo adorno y sin ventanas. Una mesa de madera rectangular, que estaba sujeta al suelo, ocupaba el centro. Ana se fijó en que tenía las esquinas redondeadas y el canto protegido con un fino listón angular de goma. Dos plafones situados en el techo, justo encima de la mesa, iluminaban la habitación suavemente para crear un ambiente relajado. A cada lado de la mesa había una silla. En una de ellas estaba sentada Lucía; la otra silla, la suya, daba la espalda a un enorme cristal unidireccional, en el que no se podía ver más que el reflejo de la propia habitación. Al otro lado se suponía que estaban Daniel y el doctor Bauzá observándolas.

Ana se sentó frente a Lucía, que permanecía inmóvil; como si nadie hubiera entrado en la habitación. La distancia entre ambas era la suficiente para que no se pudiera producir ningún tipo de contacto. A diferencia de la silla de Lucía, que estaba clavada al suelo, la de Ana tenía ruedas. El ligero rumor de los sistemas de ventilación era lo único que rompía el silencio de la sala.

—Hola, Lucía. Soy la doctora Ana Amengual. He venido para ayudarle.

Lucía seguía sin mostrar ningún signo de atención. Vestía una especie de camisón blanco de tela que estaba arrugado y cubierto de manchas de vómito. Ana no podía verle bien el rostro, pues tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, y una negra y larga cabellera le cubría la cara casi por completo.

—¿Se encuentra usted bien atendida en este sitio? —preguntó Ana—. La verdad es que es un lugar un poco… deprimente. ¿No le parece?

Ana colocó una pequeña bolsa negra sobre la mesa.

—Es todo lo contrario al lugar de donde yo vengo— prosiguió, mientras desataba el fino cordel que cerraba la bolsa—. ¿Quiere saber cómo es ese sitio, Lucía? Imagíneselo. Allí puede pasear junto a la orilla del mar, viendo como las olas se arrastran sobre la arena, para luego desaparecer bajo ella. La delicada brisa le acaricia el rostro… y siente la calidez de su toque, acompañado de un suave olor a salitre. El agua brilla bajo el sol, como si miles de luciérnagas anidaran sobre su superficie, y el azul del cielo se pierde sobre el horizonte del mar, haciendo imposible saber dónde empieza uno y termina el otro. ¿Se lo imagina Lucía? ¿Puede verlo?

Ana metió la mano en la bolsa y sacó un pequeño guijarro de color negro que colocó sobre la mesa. Lucía pareció desviar la mirada hacia él.

—Ahora, voy a hacerle una serie de preguntas que necesito que me conteste. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Ningún movimiento.

—¿Se llama usted Lucía Mendoza Salguero?

Ninguna respuesta. Ana extrajo un nuevo guijarro de color negro y lo colocó junto al anterior.

—¿Es usted natural de Antioquía, Colombia?

Ninguna intención. Un tercer guijarro negro junto al anterior. Lucía seguía observando los movimientos de Ana.

—¿Tiene usted 49 años?

Ningún gesto. Un cuarto guijarro negro en línea con los tres primeros.

—¿Ha matado usted a Roberto Serra Pérez?

Otro guijarro más, pero esta vez de color blanco.

Silencio… silencio…Un ligero crujido en la habitación. Ana no puede detectar de donde procede. Lucía sigue con la vista fija en el guijarro blanco; quieta, inmóvil, pero no su sombra. Una sombra que se alarga hasta llegar a fundirse con la oscuridad del fondo de la sala. Susurros…susurros. Una tenue voz casi imperceptible pero que retumba en la mente de Ana. Hay alguien más en la habitación, oculto entre las sombras, detrás de Lucía. Ana puede apreciar dos minúsculos y débiles destellos en la negrura, un ligero movimiento.

— ¡Aquí hay alguien más! —afirmó Ana, esperando que la oyeran en la sala contigua.

Lucía giró el rostro lentamente y miró detrás de ella.

—¿Quién no te deja hablar, Lucía?

Lentamente, Lucía volvió a mirar al frente. Esta vez Ana pudo ver algo diferente en el semblante de Lucía. Aunque sus cabellos tapaban la mayor parte de su rostro, una perversa sonrisa se perfilaba a través de ellos.

—¡Hola… doctora! — La voz de Lucía era grave y profunda.

—Tú… tú no eres Lucía.

—Entonces… ¿quién soy?

—¡Dímelo tú! ¿Quién eres?

—Vamos doctora, mira dentro de mí. Sé que sabes hacerlo.

Por un momento Ana pareció perder la consciencia. Un momento en el que

múltiples imágenes se cruzaron en su mente. Imágenes de un pasado lejano. Una mujer perseguida, acorralada. Una turba furiosa que se ceba con ella. Dolor, sangre, muerte, un grito de venganza. De repente Ana se encuentra rodeada de agua, sin poder ver más allá de lo que puede alcanzar al extender su mano. Está inmersa en la profundidad de algún estanque, o de un lago. Pero no está retenida, es libre de moverse en aquel espacio, aunque el mismo líquido que es su libertad también es su cárcel. La voz de Lucía la devuelve a la realidad.

—¿Qué es lo que ves doctora? — dijo Lucía riendo a la vez que entonaba una extraña melodía que a Ana le pareció familiar.

—Yo… «*tengo que tomar el control de la conversación*». ¿Fuiste tú quién mató a Roberto?

—Uhmm… ¿Quién sino? Ya ves, la gente a veces pierde la cabeza. Ese cerdo tuvo lo que se merecía. Otros caerán con él.

—¿Otros?

—No será el último.

—¿Por qué lo hiciste?

—Solo con la venganza puedes darle paz a tu espíritu.

—¿Venganza? ¿Por qué? ¿Qué te hizo Roberto?

—Ummh…No te lo pondré tan fácil —Lucía alzó el mentón, señalando el enorme cristal que había detrás de Ana—. Tú y tu amiguito tendréis que esforzaros un poco más.

«*¿Tu amiguito? ¿Cómo sabe que el inspector está aquí?*»

—Está bien. Si tú lo hiciste, dime entonces cómo lograste salir de aquí — exigió Ana.

—Yo no estoy aquí.

—Pues ahora mismo estoy hablando contigo.

—¿Crees que estos cuatro muros pueden detenerme? Si no lo ha hecho el tiempo, porque lo iba a hacer la materia. ¡Vamos! Pregúntale a tu amigo el inspector, él te lo explicará. Porque ¿Confías en él? ¿Verdad?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque quizá no te lo ha contado todo. Cuando hay cosas que no tienen explicación uno tiende a eliminarlas. Pero a lo mejor tú les encuentras sentido. Tu mente es más abierta que la suya.

—Quiero que me lo expliques tú. Si he de creer que mataste a Roberto, necesito saber cómo pudiste salir de aquí sin que nadie se diera cuenta. Necesito saber por qué le mataste y quiénes son esos otros que también caerán. Y quiero una explicación creíble.

—¿Quieres que te explique algo que ya conoces? ¿Cómo se lo explicarás tú a ellos? ¿Tienes miedo de que no crean a la doctora *strange*?

—Ellos están al otro lado de ese cristal escuchando la conversación y lo sabes. Pero necesitarán una prueba real de que fuiste tú. Toda esta palabrería no servirá de nada.

—Noooo —susurró Lucía—. Ellos no sabrán nada. Esta conversación

quedará entre nosotras dos.

Ana se dio cuenta de que si no se arriesgaba no conseguiría nada de Lucía. Sus contestaciones eran ambiguas. Necesitaba forzar la situación.

—¿Sabes qué te digo? Que no me creo nada. Alguien se ha aprovechado de ti y te ha utilizado.

—Sabes que no es cierto.

—Eres un fraude —afirmó Ana mientras se levantaba y recogía los guijarros de la mesa—. Se ha acabado la conversación. Buscaré al culpable en otro lado.

—¡No juegues conmigo! —gritó Lucía, a la vez que se ponía en pie, destrozando la silla y las cintas que le sujetaban a ella.

Una alargada astilla de madera, perteneciente al apoyabrazos, cayó sobre la mesa. Lucía la empuñó levantándola por encima de su cabeza. Seguidamente la bajó a toda velocidad, clavándosela en su propia mano. Cualquier persona hubiera lanzado un horrible grito de dolor, pero Lucía, en vez de ello, se dedicó a soltar una carcajada.

La luna de cristal que estaba detrás de Ana estalló en mil pedazos.

****

Daniel cerró la puerta tras de sí para que la habitación permaneciera a oscuras, evitando que pudieran ser observados desde la sala donde se encontraban Lucía y Ana. El doctor Bauzá, que estaba sentado ante un panel de control, activó la grabadora de video y sonido. Seguidamente, una pantalla opaca se elevó ante ellos mostrando la habitación contigua. En ese instante, Ana se estaba sentando delante de Lucía.

—Nuestra habitación está completamente insonorizada —comentó el profesor Bauzá—. Nosotros podremos escuchar y ver todo lo que ocurra en esa habitación, sin embargo ellas no se darán cuenta de nuestra presencia.

Los micrófonos instalados en la sala eran tan sensibles que podían reproducir incluso la respiración de Ana.

—«*Hola, Lucía. Soy la doctora Ana Amengual. He venido para ayudarle.*»

—Ahora veremos de lo que es capaz su amiga— se burló el doctor.

—«*¿Se encuentra usted bien atendida en este sitio?*»

Daniel y el doctor escucharon a Ana describir con minucioso detalle el idílico paisaje perteneciente a su lugar de procedencia, observando cómo Lucía permanecía inalterable ante sus palabras.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Daniel al ver cómo Ana dejaba una pequeña piedra de color negro sobre la mesa.

—Existen muchas maneras de inducir a una persona a la hipnosis— explicó el doctor Bauzá—. La doctora está utilizando una técnica por

interrupción de patrón. Lo primero que ha hecho es intentar captar la atención de la paciente. Y por lo que veo, creo que lo ha conseguido.

—«*Ahora, voy a hacerle una serie de preguntas que necesito que me conteste. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?*»

—Como podrá observar, está mostrando a Lucía una serie de objetos que siguen un determinado patrón de conducta. Cada vez que la doctora saque una piedra de la bolsa, la colocará junto a la anterior.

—«*¿Se llama usted Lucía Mendoza Salguero?*»

—La paciente creará en su mente una imagen de lo que piensa que va a pasar a continuación, basada en una pauta de comportamiento preconcebida.

—«*¿Es usted natural de Antioquía, Colombia?*»

—Como puede ver, la paciente no hace mención alguna de contestar las preguntas, lo que indica su total concentración en las piedras. Tres piedras negras, una junto a la otra y en línea. Acciones repetitivas que en un momento dado serán interrumpidas, lo que creará un estado de confusión en la paciente.

—«*¿Tiene usted 49 años?*»

—Cuando se produzca esa confusión, dispondremos de un breve espacio de tiempo para conseguir captar su atención y hacer que entre en estado de sugestión, dándole un nuevo patrón de comportamiento. Su mente lo aceptará ante la ausencia de información.

—«*¿Ha matado usted a Roberto Serra Pérez?*»

—Piedra blanca; ahí tenemos la interrupción.

Los altavoces de la sala crepitaron fuertemente y la imagen de video se tornó borrosa, llegándose a cubrir de neblina. El audio solo acertaba a emitir sonidos vibratorios sin sentido, como si una enorme abeja estuviera batiendo las alas justo delante del micrófono, en la otra habitación.

—¿Qué está pasando? —se extrañó Daniel.

—No tengo ni idea —contestó el doctor pulsando varios mandos a la vez del panel de control.

—¡Mire! Parece…parece como si Lucía estuviera hablando con la doctora —observó el inspector acercándose al oscuro cristal que separaba ambas habitaciones—Pero… ¿Qué está haciendo ahora? —prosiguió Daniel —. ¿A dónde va?

Ana se había levantado de la silla, colocándose junto a un lateral de la mesa. Estaba de pie, inmóvil, observando fijamente la pared que estaba detrás de Lucía. Los labios de ambas se movían constantemente, pero parecían mantener conversaciones distintas. Cada una de ellas miraba en una dirección opuesta, como si estuvieran comunicándose con personas diferentes. Pero allí dentro solo estaban ellas dos. Aunque el sistema de sonido no estaba funcionando, los ruidos que emitían los altavoces parecían entonar voces profundas y caóticas. Tras un instante, Ana se sentó de nuevo a su silla.

—Vuelve a ocupar su puesto —indicó Daniel—. ¡Maldita sea! ¡Arregle eso de una vez!

—Lo estoy…no sé qué está pasando…yo… —titubeó el Doctor Bauzá.

Ana seguía conversando con Lucía, sin que ninguno de los dos pudiera enterarse de nada. El doctor Bauzá golpeó el panel de control ante la impotencia que sentía. Al cabo de un rato Ana se puso en pie.

—¡Se levanta de la mesa! —dijo Daniel— ¿Ya ha terminado?

—*«¡No juegues conmigo!»*

—¡Dios santo! —exclamó el doctor Bauzá— ¡Se ha desatado!

Daniel corrió hacia la puerta de salida, no había tiempo que perder. Giró el pomo, pero la puerta no cedió.

—¡No se abre! —gritó Daniel— Está atascada.

—Ha cogido un trozo de madera— chilló el doctor—. Va a…

Daniel observó como Lucía levantaba el brazo empuñando una alargada astilla de madera que se había desprendido de la silla al romperse en pedazos. Entonces comprendió que no había otra solución. Tenía que llegar a la sala lo antes posible y el camino más corto lo tenía delante. Sin dudarlo, sacó su arma y apuntó a la parte superior del enorme cristal. Bastó un único disparo para que estallara en mil pedazos.

****

Daniel y el doctor Bauzá saltaron a la sala contigua a través del marco que separaba ambas habitaciones. Los dos celadores, que estaban tras la puerta, entraron a la vez que ellos, alarmados por el estruendo provocado por el disparo y la rotura del cristal. Daniel agarró a Ana y la apartó hacia un lado, mientras los dos celadores sujetaron a Lucía, que seguía riendo y tarareando la misma canción de antes. La astilla le había traspasado la mano por completo, pero parecía no dolerle en absoluto. El doctor Bauzá extrajo una jeringuilla del interior de su bata, que contenía una sustancia amarillenta, y se la inyectó a Lucía en el cuello. En menos de tres segundos Lucía se desplomó, perdiendo el conocimiento.

—Llévenla a la sala de curas. Que la vea el doctor Estarellas —ordenó el doctor Bauzá—. ¿Qué ha pasado aquí dentro? —preguntó después, lleno de ira, dirigiéndose a Ana.

—Póngase tranquilo, doctor —le aconsejó Daniel.

—Tranquilo y una mierda. Ha estado a punto de ocurrir una desgracia. ¿Sabe usted lo que eso hubiera significado para nuestra institución? Todo lo que ocurra aquí dentro es responsabilidad mía. Accedí a las pretensiones de su amiguita saltándome todas las normas del centro.

—No siga por ahí —le advirtió Daniel.

—No me extraña que en su departamento le llamaran "la doctora *Strange*". Hay que estar completamente loca para…

No le dio tiempo a terminar la frase. Daniel agarró al doctor Bauzá de la

bata y lo empujó contra la pared, alzando el puño.

—¡Inspector! ¡No! —gritó Ana.

—¡Hágalo! ¡Vamos! —rió el doctor Bauzá, aunque algo acojonado.

Ana sujetó el brazo que Daniel tenía en alto.

—¡Déjelo! No vale la pena.

El inspector Daniel soltó al doctor y abandonó la sala. Ana salió detrás de él.

—Pienso pasarle la factura de todo este estropicio a su departamento— gritó el doctor Bauzá mientras se recomponía la ropa.

****

—¡Inspector! ¡Inspector! —gritó Ana intentando alcanzar a su compañero, que parecía no escucharla y seguía caminando a través del hall del edificio con paso firme hacia la salida.

—¡Daniel! —insistió Ana, agarrándole del brazo antes de que saliera del edificio.

El inspector se dio la vuelta con cara de pocos amigos.

—¿Sabe qué? —dijo Daniel—. Después de todo, ese capullo tiene razón. No tenía que haberla escuchado. Yo…no sé lo que ha pasado allí dentro. No entiendo nada. Espero que tenga usted una explicación para todo esto.

—¿También se va a enfadar usted conmigo?

—Disculpe— dijo Daniel, llevándose ambas manos a la cabeza y estirándose el pelo hacía atrás, en un gesto que Ana le pareció tremendamente sensual —Es que…llevamos tres meses con este caso y todavía no tenemos nada. ¿Ha conseguido que Lucía le explicara algo?

—¿No la han escuchado ustedes?

—No hemos podido oír nada. El sistema de sonido falló y solo emitía ruidos incomprensibles. ¿Qué le ha dicho usted a Lucía para que se cabreara tanto?

—La verdad es que todo es muy extraño, pero lo único que he podido sacar en claro es que esto no ha hecho más que empezar. Lucía está buscando venganza por lo que le pasó y, aparte de Roberto Serra y Bernardo Mulet, parece ser que hay más gente implicada. Tiene que haber alguna relación en este triángulo que ustedes todavía no han encontrado.

—Un momento… ¿Me está diciendo que cree que Lucía es la causante de la muerte de Roberto?

—Le estoy diciendo que Lucía no se va a parar aquí.

—Lo que me faltaba por escuchar ¡Esta bien! ¿Dígame entonces cómo ha salido Lucía de este lugar para cometer el crimen? Contésteme. ¿Se ha diluido en el aire y ha escapado por las rendijas de las puertas? ¿No ve que le ha engañado? Si ella hubiera cometido el crimen, alguien de aquí dentro tendría

que haberle facilitado la salida. Aunque fuera así, dudo mucho que Lucía pudiera valerse por sí misma para perpetrar el crimen, sobre todo después de ver el estado en que se encuentra. Por otro lado, este sitio está muy vigilado y alguien tendría que haberse dado cuenta de la ausencia de Lucía, a no ser que la mayoría de las personas que trabajan en este centro estuvieran implicadas, algo más que imposible de creer.

—Entonces ¿Cómo se explica todo este asunto?

—No lo sé. Esperaba que usted pudiera sacarme de dudas, pero veo que no hemos conseguido nada.

Daniel miró a Ana fijamente a los ojos durante un instante.

—No sé por qué, pero tengo la extraña sensación de que no me lo está contando todo —dijo al fin Daniel.

—¿Y usted? ¿Me lo ha contado usted todo? O quizá encontraron algo para lo que no tienen explicación.

7 ¿Una prueba irrelevante?

Ana y el inspector Daniel volvieron a Palma en sus respectivos vehículos. Tras estacionar en el parking subterráneo de la Riera, ambos se dirigieron a las dependencias de la policía nacional. Una vez dentro de su despacho, Daniel encendió el portátil y lo colocó frente a Ana para pudiera observar la pantalla.

—Si no le he dicho nada antes, es porque no creemos que lo que le voy a mostrar sea relevante para el caso. Es más, desde el principio lo descartamos como prueba. Roberto llevaba instalada una cámara de video *Ixroad 4K* de alta calidad de imagen en la moto. El momento del accidente quedó grabado en ella, pero el estado en que encontramos la cámara era deplorable. El departamento de informática trabajó durante dos semanas para intentar recuperar las imágenes grabadas. Esto es todo lo que hemos podido conseguir.

Daniel se sentó junto a Ana, que instintivamente arrastró su silla para aumentar la distancia entre ambos. Tras deslizar el dedo sobre el panel táctil, Daniel abrió una carpeta que estaba en el escritorio cuyo título era "video moto". Dentro de la carpeta había un único archivo: ixr20171014.mp4. Daniel pulsó dos veces sobre él y maximizó la nueva ventana que se abrió en la pantalla.

Las imágenes que se mostraban en el video se veían claras y nítidas, aunque de vez en cuando se entrecruzaban interferencias que dificultaban su visibilidad. En la parte inferior se podía observar el tablero de mandos de la moto de Roberto con el indicador de velocidad en el centro, que a veces llegaba a marcar más de doscientos kilómetros por hora. El cuenta revoluciones, que estaba a la derecha, oscilaba entre las dos mil y nueve mil revoluciones por minuto, alcanzando en ocasiones la marca roja de máxima potencia. La imagen de la carretera, que se visualizaba a través del curvado parabrisas de la moto, se mostraba distorsionada por momentos, debido a la intensa lluvia. Cada vez que Roberto aceleraba, el agua acumulada en el parabrisas de dispersaba hacia los lados, dejando ver una imagen más precisa del entorno.

Después de pasar una curva, y acelerar en la salida, se produjo la caída de la moto. Ana afinó la vista acercándose un poco más hacia la pantalla.

—¿Qué era eso? —preguntó —. ¡Vuélvalo a pasar!

Daniel colocó el cursor sobre la línea de reproducción y la retrasó. Seguidamente hizo que el video fuera a una velocidad menor. Al llegar al minuto trece y quince segundos detuvo la imagen. Era una imagen que había observado gran cantidad de veces, sin llegar a sacar una conclusión razonable de lo que estaba viendo.

—¿Qué es esa mancha luminosa al borde de la carretera? —preguntó Ana

entornando los ojos.

—No tenemos ni idea. Pensamos que pueda ser un reflejo de algo. Quizá…

—¿Un reflejo? —le interrumpió Ana— ¿En un día de tormenta?

—Quizá un fallo de la cámara.

—Un fallo que se produce justamente en el mismo instante de la caída de la moto. Demasiada coincidencia ¿No? No sé por qué, pero no le veo muy convencido de lo que me está contando.

—La verdad es que no le encuentro explicación. Podría ser algo casual y por lo tanto no podemos utilizarlo en la investigación.

Ana volvió a mirar la imagen en la pantalla.

—¡Fíjese aquí! —dijo señalando la parte derecha de la mancha luminosa— Parece un pequeño arco. Avance la imagen lo más despacio que pueda, por favor.

Daniel reprodujo el video a la velocidad más lenta permitida. En cada nuevo fotograma, el arco que había señalado Ana se acercaba cada vez más a la cámara, hasta llegar a desaparecer justo por encima de ella.

—¿Qué opina? —preguntó Daniel.

—Lo que yo opine le va a dar igual. Usted solo quiere escuchar una respuesta racional a todo esto, y yo no se la puedo dar.

Daniel miró su reloj. Eran la una y media pasadas.

—¿Qué le parece si nos tomamos un descanso? —propuso Daniel—. Le invito a comer.

8 No siempre dos más dos son cuatro.

Ana y Daniel se sentaron en una mesa alejada del bullicio de la sala principal, tan habitual en el restaurante celler *"La prensa"*. A pesar del continuo murmullo de los clientes, el local era bastante acogedor. Unas enormes botas, para el almacenamiento de vino, adornaban el establecimiento, rodeando por completo el espacio interior. El techo parecía reposar sobre múltiples arcos de medio punto, que se extendían de un extremo a otro de la sala. Las mesas y sillas, elaboradas en madera de roble antiguo, y las paredes irregulares pintadas en blanco mate, acababan de darle ese ambiente rústico tan característico de los mesones de principios de siglo.

—Este sitio está muy bien —dijo Daniel—. Y la comida mallorquina que sirven es estupenda.

—Daniel, te has pedido una hamburguesa— le recordó Ana, mientras se terminaba el puding de ensaimada.

—Sí, pero…has visto la carta —Daniel cogió la carpeta que estaba a un lado de la mesa y la abrió delante de Ana—. Mira, "*Hamburguesa como Dios manda*". No es una hamburguesa cualquiera.

Ana sonrió ante el comentario de Daniel.

—¡Me gusta! —admitió Daniel.

—¿El qué… la hamburguesa?

—Que sonrías. Deberías hacerlo más a menudo. También me gusta que nos hablemos de tú.

Ana se tocó la frente y agachó la cabeza un poco avergonzada.

—Tengo que pedirte disculpas —dijo Ana—. Creo que te he metido en un buen lío.

—¿Lo dices por las amenazas del doctor Bauzá?

Ana asintió.

—No te preocupes. No hará nada. Piensa que fue él mismo quien autorizó las condiciones de tu entrevista con Lucía, por lo que también es responsable de lo que pasó. Si denunciara algo, solamente conseguiría tirarse piedras sobre su propio tejado. No correrá ese riesgo.

—Aún así, siento haberte causado tantos problemas.

—La culpa es mía. No tenía que haberte metido en este lío. Bueno… ¿Sabes qué? Le echaremos la culpa a Nerea, que fue la que me dio la idea de que te pidiera ayuda.

—¿Qué relación tienes con ella? —preguntó Ana sin dejar de sonreír.

—Es amiga de la familia. Mi padre y ella incluso fueron novios de jóvenes. Si soy policía es por ella. Cuando era pequeño me contaba historias sobre como detenía a los delincuentes y los encarcelaba. Me contó casos en los que había actuado junto a tu padre. Yo me quedaba boquiabierto

escuchándola. Ahora me doy cuenta de que nada es como yo me pensaba. Cuando eres niño ves las cosas de manera diferente. La realidad es mucho más cruel de lo que puedas llegar a imaginar. ¿Y tú? ¿Por qué decidiste convertirte en psicóloga forense?

—Creí que era lo mejor que podía hacer para ayudar a los demás. Es…es algo complejo de explicar. Hay momentos que te marcan para siempre y que influyen en lo que vayas a hacer el resto de tu vida. Pero… no te quiero aburrir.

—Entonces no insistiré en que me lo cuentes —dijo Daniel, viendo la apatía que mostraba Ana al tocar ese punto—. Además… no me gusta aburrirme.

Ana le tiró un trozo de pan que había sobre la mesa.

—¿Quieres tomar café? —le ofreció Daniel.

—Pues, sí. Provengo de una familia donde el café es un hábito diario.

Daniel se dio la vuelta y alzó la mano, llamando la atención de un camarero que estaba limpiando una mesa cerca de ellos.

—Yo tomaré un café solo y ella…

—Café solo también. Con dos sobres, por favor.

El camarero asintió y se dirigió hacia la barra de servicio.

—Con respecto a la investigación, ¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Ana.

—¿La verdad? Pues… todo depende de lo que te confesara Lucía. Nosotros no pudimos escuchar nada. Por alguna extraña razón el sistema de audio se volvió loco. Hace falta hallar una nueva línea de investigación, pero ha de ser algo consistente. Ana, necesito que me cuentes algo con lo que realmente podamos trabajar. ¿Qué pasó en esa habitación?

—Nada de lo que ocurrió allí dentro tiene una explicación lógica. Para intentar contactar con Lucía, tuve que inducirla a un estado hipnótico a través del que poder llegar a su subconsciente. Necesitaba acceder a la zona de su cerebro en la que se encuentran los recuerdos que la mente rechaza por considerarlos traumáticos. Para lograrlo utilicé un método conocido como hipnosis regresiva. Normalmente no suelo tardar mucho en establecer conexión con los pacientes, sobre todo si ya se encuentran en un estado de relajación como el que presentaba Lucía. Pero en este caso el acercamiento fue inmediato, lo que me extrañó bastante… no sé, me dio la sensación de como si… ya estuviera esperándome.

—¿Me estás diciendo que Lucía sabía que irías a visitarla?

—No, Lucía no. La persona con quién hablé no era Lucía.

—¡Espera un segundo! Que yo sepa, en ningún momento se le ha diagnosticado a Lucía un trastorno de doble personalidad.

—Lo sé. Me leí todo el dossier que me entregaste. Pero quizá ese otro ente no ha querido mostrarse en todo este tiempo. ¿Por qué lo ha hecho ahora? No lo sé. Y ¿Por qué conmigo? Ni idea, pero ha sido así. La disociación de la personalidad en diferentes identidades suele estar provocada por traumas

severos sufridos en el paciente. En la mayoría de los casos dichos traumas están provocados por abusos psíquicos, físicos o sexuales. Como ves, concuerda con lo que le ocurrió a Lucía.

—Pero si hasta hoy no la habías visto nunca. ¿Cómo sabes que no era la propia Lucía la que hablaba contigo?

—Porque ella me lo dijo «*y porque lo pude ver en su interior, aunque esto no te lo voy a contar. Necesito que sigas creyendo en mí*». Ya lo he visto otras veces. El desdoblamiento fue absoluto. Su voz era anormal y su comportamiento inusual en una persona de sus características.

—¿Comportamiento inusual, dices? Eso está más que claro. Esa loca se atravesó la mano con una astilla de madera mientras se partía el culo de risa y tarareaba una jodida canción.

«*Y a decir verdad, Daniel, no sé por qué me resulta tan familiar esa canción*».

—La autolesión es habitual en este tipo de brotes psicóticos —confirmó Ana.

—Y de todo lo que te contó ¿No hay nada que te haga sospechar que alguien la pueda estar utilizando?

—Veo que sigues insistiendo en tu hipótesis de que alguien tuvo que utilizar a Lucía.

—¿Y tú? ¿No creerás que voy a tragarme tu idea basada en que fue Lucía la autora de los hechos? ¡A ver! —Daniel se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa y entrelazando las manos—. Intenta convencerme de tu teoría.

—Lucía se atribuyó la autoría de los hechos. Es más, incluso alardeaba de ello. Creo que por eso dejó sus huellas impresas a posta en el casco de Roberto. ¡Quería que supiéramos que ella había cometido el crimen!

—¿Ya está? ¿Eso es todo? Tendrás que esforzarte un poco más.

—Sé que después me arrepentiré por lo que voy a decir, pero quizá el doctor Bauzá tenga razón y no hay nadie del CASEM implicado en este asunto.

—¿Cómo puedes seguir pensando que la única causante de la muerte de Roberto es Lucía? ¿No ves que es completamente absurdo que pudiera salir por su propio pie de allí dentro?

—Daniel, me detalló cosas que era imposible que supiera.

—Vale. ¿Qué cosas?

—Sabía cómo murió Roberto. También que tú estabas al otro lado del cristal. ¡Me llamó doctora *Strange*!

—Todo lo que me acabas de explicar se lo pudo haber contado alguien antes de que llegáramos. La muerte de Roberto fue difundida por los medios de comunicación. Nuestra visita estaba concertada desde el día anterior, la misma persona que le contó cómo murió Roberto pudo notificarle que vendríamos a verla y, si yo no estaba contigo en la habitación, solo podía estar al otro lado del cristal. Lo de tu apodo… que quieres que te diga; menos yo,

parece ser que lo sabía todo el mundo.

—Me dijo que lo que allí hablamos solo quedaría entre nosotras dos. ¿Cómo supo que no podríais oír nuestra conversación?

—No lo sé. Pero seguro que hay una explicación lógica.

—Y ¿cómo sabía lo del vídeo de Roberto? Fue ella quién me dijo que había algo que tú no me habías mostrado. Eso solo lo sabíais vosotros. Era una prueba que no había trascendido fuera de la investigación. Tú mismo me lo dijiste.

—¿Quieres hacerme creer que Lucía, o esa doble identidad suya, tiene poderes sobrenaturales? —dijo Daniel moviendo las manos en alto, a modo de burla.

—Te estoy contando lo que allí pasó. Viste como destrozó la silla ¿No?

—Esa silla era de madera. Podría muy bien haber estado carcomida. Un poco de…

—Te das cuenta de que estás buscando explicaciones que ni tú mismo te crees para cosas que has visto con tus propios ojos y que no puedes explicar. ¿Por qué no le das una oportunidad a la posibilidad de que haya algo más? ¿De qué tienes miedo?

—Es cuestión de ser racional con los hechos. Las leyes físicas no se pueden transgredir. En mi mundo dos más dos son siempre cuatro. Todo tiene una explicación dentro de la realidad. Solo hay que encontrarla.

—Y… ¿Quién te ha dicho que yo te estoy hablando de otra realidad diferente a la nuestra? Claro que todo tiene una explicación lógica. Lo único que tienes que hacer es aceptarla. Yo lo hice hace tiempo. Si quieres llegar a descubrir la verdad que hay detrás de todo este asunto tendrás que abrir algo más tu mente.

—Lo siento. Pero no es suficiente. No puedo presentarme ante mis superiores y el juez con tus argumentos. Necesitamos algo más convincente.

—Entonces déjame ver el lugar donde empezó todo. Quizá pueda encontrar…

—No —le interrumpió Daniel —.No pienso involucrarte más en este asunto. Solo tenía autorización para que pudieras visitar a Lucía. Pensamos que con tu participación podríamos sacar algo más en claro de este asunto, y en vez de eso lo único que conseguimos fue poner tu vida en peligro. Lo siento, pero tu intervención en este caso termina aquí.

—Entonces lo único que podemos hacer es esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que se produzca una nueva muerte. Lucía me dijo que Roberto no sería el único.

9 Vayamos por partes.

— ¡Me marcho! Luego cierra tú.

Rubén asintió mientras se secaba el sudor de la frente con la toalla y observaba, a través del enorme ventanal, como Silvia se aventuraba en la noche bajo la intensa lluvia. Todavía le quedaban dos series más de *curl* alterno de bíceps por hacer antes de disfrutar de una buena ducha. Normalmente solía realizar su rutina de ejercicio diario después de que sus clientes abandonaran el gimnasio. Eso le garantizaba el poder ejecutar los ejercicios sin que un fracasado subnormal, que era como él llamaba a todos los que perdían el tiempo en el gimnasio y no hacían más que tocarle los cojones, le interrumpiera en su tabla de ejercicios.

Rubén clasificaba a los clientes de su gimnasio en varios grupos. La mayoría de ellos eran soportables, como por ejemplo *las parejitas*, que normalmente solían hacer los ejercicios juntos, hablando todo el rato de sus cosas. Mientras se entrenaban, se hidrataban con alguna bebida isotónica, que previamente habían comprado en la tienda del gimnasio. No solían molestar. El grupo de *los introvertidos* también eran tolerables. Nunca preguntaban nada y cuando alguien les pedía si habían terminado con alguna máquina simplemente asentían, aunque no fuera verdad, y cedían el turno. No molestaban en absoluto y pasaban inadvertidos, igual que en sus tristes vidas. Otros que también se podían soportar eran los *yupies*. Se subían a la bicicleta estática para hacer *cardio*, conectaban los auriculares de sus móviles y… como si no hubieran venido.

Pero el grupo que más le gustaba era el de las *buenorras*. Tías con cuerpos esculturales, de curvas perfectas y glúteos donde podías posar un vaso sin que cayera al suelo. Se paseaban por el gimnasio con mayas dos tallas menores a la adecuada, apretando unos pechos operados que parecían a punto de estallar. Solo había un tipo de ejercicio para ellas; aquel que le permitiera poner su culo en pompa, abrir sus piernas o ampliar sus pectorales, todos ellos destinados a que los ojos de los allí presentes se salieran de sus respectivas órbitas. Rubén decía que en los hombres despertaban deseos y en las mujeres envidias. Todavía se sonreía al recordar como algún cliente, de las llamadas *parejitas,* se había llevado más de una colleja.

En el bando contrario estaban los insoportables. Los que él pagaría por que se fueran del gimnasio. Que se fueran pero, a ser posible, a la mierda. Eran los *preguntones*, los *incordios*, los *chillones*, los *listillos* «*joder con los listillos*», y el peor de todos, los *húmedos*; tíos gordos y sudorosos que no tenían la decencia de usar la toalla y que dejaban los asientos de las máquinas impregnadas de una especie de orina cutánea maloliente y pringosa. Y no es

que no lo pusiera bien claro en varios carteles adheridos a la pared del gimnasio; "Es obligatorio el uso de toallas en las máquinas". « *¡Joder! Encima de guarros, no saben ni leer*». Pero así era su negocio, para lo bueno y para lo malo, tenía que aguantarlos a todos.

Después de efectuar las últimas ocho repeticiones, con las mancuernas de veinticinco kilos, Rubén realizó los convenientes estiramientos. El reloj del gimnasio marcaba las diez y cinco de la noche. A través de la vidriera de la entrada se podían observar los continuos destellos de luz blanca que los relámpagos emitían, alumbrando una calle que permanecía diluida entre sombras. La alarma de un vehículo saltó debido al estruendo provocado por uno de los truenos. Mientras tanto, la lluvia golpeaba incesantemente los cristales de la entrada, como si pretendiera colarse dentro del gimnasio.

Rubén pensó que sería mejor bajar la barrera antes de meterse en la ducha, así que se dirigió hasta el mostrador de recepción y, después de inclinarse sobre él, recogió las llaves que estaban sobre la mesa.

El fogonazo fue impresionante. Esta vez el relámpago iluminó la calle durante al menos seis segundos. Fue entonces cuando la vio. Junto a la vidriera, quieta, dejando que la lluvia bañase su cuerpo. Cubierta únicamente por un camisón blanco adherido a su mojada piel. Descalza. La cara oculta tras unos largos cabellos negros.

—¿Qué coño…? —masculló Rubén, que se dio la vuelta para coger un bate de beisbol que guardaba bajo el mostrador.

Con decisión esgrimió el bate en alto mientras se dirigía hacia la puerta de la entrada, pero allí ya no había nadie.

—¡Joder! ¿Qué te has fumado hoy, Rubén? —se dijo a sí mismo, incrédulo ante lo que acababa de observar.

Era imposible que alguien estuviera en camisón y en plena calle a esas horas, y menos bajo aquel diluvio. Tendría que estar completamente loco. Con precaución, abrió la puerta y echó un vistazo al exterior. La calle estaba desierta, algo normal con la tormenta que estaba cayendo. Después de bajar la barrera exterior, cerró la puerta con llave y, tras dejar el bate y las llaves en recepción, se dirigió hacia las duchas.

El recinto de las duchas era totalmente diáfano. Estaba compuesto por dos filas de ocho surtidores enfrentados entre sí, que salían directamente de las paredes laterales. Rubén se despojó de la ropa y se colocó las chanclas. Tras coger el gel de baño, que guardaba en la taquilla, se metió bajo la primera ducha.

Rubén giró el grifo, que chirrió escuchándose hasta en el último rincón del gimnasio. El agua estaba caliente, quizá demasiado para cualquier otra persona, pero no para él, que le gustaba notar la sensación de quemazón en su cuerpo. Además, cuanto más caliente mejor para relajar los músculos.

De repente, la ducha que se encontraba frente a la suya, en la otra pared, se puso en marcha. Rubén se pasó la mano por delante de la cara para apartar el agua que le impedía ver claramente lo que estaba ocurriendo. La luz del techo

parpadeó y bajó de intensidad. Poco a poco, una figura humana fue tomando forma en el interior del chorro de agua. Rubén se frotó los ojos, sin creer lo que estaba viendo. Delante de él estaba la misma mujer empapada por la lluvia que había visto antes en la calle. ¿Cómo había podido entrar? Esta vez pudo vislumbrar en ella una especie de perversa sonrisa entre la densa cabellera que ocultaba casi por completo su rostro; una mueca deforme que dejaba entrever una boca llena de dientes largos y afilados.

La ducha que estaba al lado de aquel espectro se puso también en marcha, y luego la siguiente, y otras más. Una tras otra, secuencialmente, se pusieron en marcha todas hasta llegar a la que estaba junto a él, cerrando el círculo. Ya estaba todo conectado. Rubén pudo reconocer los ojos de aquella mujer inyectados en sangre, llenos de venganza. Sí, ya estaba seguro, era ella. Después de tanto tiempo le había encontrado, y ahora iría a por él. «*Pero…es imposible. Está encerrada en un manicomio. ¿Cómo ha podido salir?*»

Aquel espectro realizó un leve movimiento, mostrando algo que horrorizó a Rubén. En su enjuta y huesuda mano sujetaba con firmeza una vieja hoz. Poco a poco, la imagen de aquel monstruo se fue difuminando entre las miles de gotas que flotaban a su alrededor, hasta recomponerse de nuevo bajo la salida de agua de la siguiente ducha que estaba al lado. «*Se está acercando*». El corazón de Rubén comenzó a latir cada vez más deprisa, como si alguien en su interior pugnara por salir, aún a expensas de destrozarlo por completo. Un grito agónico inundó el recinto mientras aquella imagen difusa se desvanecía de la segunda ducha para después materializarse en la siguiente, y luego en la siguiente, y así una tras otra hasta situarse junto a la de Rubén. Todo había pasado muy deprisa. En un acto reflejo, Rubén levantó su brazo derecho hacia el frente para protegerse. El movimiento de aquel espectro fue rápido y preciso. El brazo de Rubén cayó al suelo, seguido de un reguero de sangre que tiñó de rojo el agua bajo sus pies.

Rubén gritó, pero no de dolor, pues su sistema nervioso era incapaz de enviar ninguna señal a su aturdido cerebro. Antes de apreciar el daño físico, el miedo ya había penetrado en su cuerpo, bloqueando cualquier otro tipo de sensación. Solo la angustia ante la inminente llegada de la muerte, porque Rubén sabía que iba a morir, era lo que había provocado su primer y último grito.

Antes de que sus piernas se doblegaran, la hoja afilada de la hoz que sujetaba aquel espectro se cruzó varias veces ante Rubén, cortando músculos, tendones y huesos sin encontrar oposición alguna. Una vez hubo acabado con su víctima, aquella perturbadora imagen se desvaneció entre el vapor del agua. Después, todas las duchas se apagaron. Todas excepto la de Rubén, que yacía inerte y despedazado en el suelo, mientras el líquido rojo, que una vez le dio la vida, se escapaba por el oscuro y profundo desagüe.

10 Un sueño aterrador.

Ana permanecía de pie, junto al ventanal del salón, observando como la lluvia, que se deslizaba tras los cristales, transformaba las luces de la ciudad en un mural de acuarelas. Entre sus manos sostenía un gran tazón de cacao caliente. Normalmente no solía cenar nada, o más bien poca cosa, pero el tazón de cacao era algo incuestionable. Después de tomar el último sorbo, se dirigió a la cocina y, tras enjuagar la taza, la colocó dentro del lavavajillas.

Durante todo el tiempo, su cabeza no había parado de darle vueltas al caso de Lucía. En su encuentro con ella, Ana había penetrado en su mente, descubriendo oscuras visiones que parecían formar parte de algún misterioso pasado. ¿Quién era aquella mujer perseguida? Ana estaba casi segura de que no podía ser Lucía. Las imágenes correspondían a tiempos muy remotos. ¿Pertenecerían quizá a la otra personalidad que se mostró ante ella? Si realmente fuera así, ¿Podría entonces aquella otra personalidad corresponder a una vida anterior de Lucía? Estaba perfectamente demostrado que a través de la hipnosis regresiva se podía acceder a los recuerdos pasados de un sujeto, incluso hasta alcanzar la etapa uterina. Pero ¿Debía aceptar Ana que había llegado todavía más allá? Si fuera así, tendría que admitir la existencia de la reencarnación.

Otra opción que barajaba Ana, para explicar las visiones que tuvo, se basaba en el fenómeno de la *memoria genética*. Diversos científicos, contrarios a la reencarnación, habían creado la teoría de que la información de cada generación se almacenaba en una especie de memoria en estado latente que se transmitía a través de los genes a sus descendientes. Dicha memoria solo se podía poner de manifiesto mediante la hipnosis regresiva. Aceptando esta posibilidad, Ana habría accedido a sucesos de la vida de un antepasado de Lucía a través de su memoria heredada. ¡Joder! ¡Como si esta explicación fuera más creíble que la de la reencarnación!

Pero la posibilidad que más aterraba a Ana era que aquella nueva identidad no tuviera que ver nada con Lucía. Para la religión, este tipo de situaciones tenía una explicación externa, más bien… espiritual, mientras que por otro lado la psicología las enmarcaba dentro del fenómeno conocido como trastorno de la identidad disociativa; o sea, un problema mental. Ana había tratado a varios pacientes con esta enfermedad y sabía distinguirla muy bien, por eso estaba segura de que Lucía no padecía una crisis de doble personalidad. Aquel ente no procedía del interior de Lucía, aquel ente se había apoderado del interior de Lucía. ¿Estaríamos entonces ante un caso de posesión? Cualquiera de las opciones que se le habían pasado por la cabeza a Ana serían poco creíbles para alguien como Daniel.

Lo que sí quedaba claro era que las visiones que había tenido guardaban

relación con lo que le había ocurrido a Lucía. Ambas mujeres habían sido acosadas y ultrajadas. Lo que Ana no llegaba a entender era el significado que tenía la imagen de ella misma rodeada de agua, inmersa en las profundidades, sin poder escapar de aquel entorno.

El reloj del salón marcaba las once y media. Ana se dirigió al baño y, después de cepillarse los dientes durante algo más de cinco minutos, se metió en la cama. Recostada sobre la almohada, podía escuchar la lluvia golpear las ventanas correderas de su habitación, como si miles de hormigas corretearan entre las ranuras de las guías que las sujetaban. Sobre la mesita de noche tenía una lamparita, una foto de sus padres y un libro; "*El efecto Lucifer: El porqué de la maldad*" de Philip Zimbardo. Normalmente, Ana solía leer cada noche antes de acostarse, pero hoy se encontraba demasiado cansada. Antes de entregarse a los brazos de Morfeo cogió la foto de sus padres, la misma que tenía en su despacho y, tras acariciarla suavemente con la yema de los dedos, la besó sin poder evitar que una lágrima recorriera su rostro. No tardó más de cinco minutos en caer en un sueño profundo.

****

—¡Hola cariño!

—¡Mamá!

La imagen era tan real que Ana incluso podía percibir el olor a azahar que siempre había acompañado a su madre. Sin poder remediarlo, comenzó a llorar sin consuelo. Como una niña perdida, que finalmente encuentra la protección que solo le puede ofrecer la presencia de sus seres más queridos, Ana abrazó a su madre con fuerza, tal como lo había hecho tantas veces, pero con la firme intención de no soltarla nunca más.

—No llores, preciosa —dijo María, secándole las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿De verdad eres tú, mamá?

No hizo falta respuesta, la tierna sonrisa que se reflejó en aquel rostro lo decía todo.

—¡Os echo tanto de menos! Pero… ¿Dónde está Papá? —preguntó Ana, intentando ver algo más allá del inmenso vacío que las rodeaba.

—No ha podido venir, Ana.

—¿Por qué?

—Está haciendo algo por ti.

—¿Por mí? ¿A qué te refieres?

—Escúchame hija, porque no tenemos mucho tiempo y hay algo importante que tengo que decirte.

—No…no voy a dejar que te vayas.

—Ana, no debes acercarte al agua.

—Mamá, no te vayas.

La imagen de María comenzó a disiparse como un banco de niebla arrastrado por el viento, hasta que Ana se quedó sola, con los brazos extendidos, rodeando un vacío tan inmenso como el que sentía en su vida.

—¡Mamá!— gritó sin obtener respuesta.

Ana despertó, envuelta en un sudor frío que cubría todo su cuerpo. El timbre del despertador digital, que estaba sobre la mesita de noche, martilleaba su cabeza provocándole un dolor insoportable. A tientas, alargó la mano y, tras desactivar la alarma, encendió la lamparita. Los números rojos del despertador marcaban las "2:20" de la madrugada. Ana notó una extraña sensación. Aunque le parecía familiar, aquella no era su habitación. ¡Un momento! Sí que lo era, pero no la actual, sino la que tenía cuando era pequeña y vivía con sus padres en Palma, antes de que se mudaran a Porto Novo.

Todo estaba tal como lo recordaba. La cortina estampada con flores silvestres, que se agitaba en círculos empujada por una ligera brisa; la cama cubierta con sabanas adornadas con nubes de algodón y aves de papel; su tocador con varios frascos de colonia; su joyero chino. Incluso el poster de Michael Jackson tras la puerta.

Ana se levantó de la cama y salió de la habitación. Fuera, un largo pasillo daba acceso a las demás habitaciones y al comedor. Aunque la casa estaba pobremente iluminada, Ana pudo distinguir un cuadro, que no recordaba, colgado en la pared del pasillo. Era el retrato de una mujer joven, pintado con tonalidades sepia, en la que, por encima de todo, resaltaba el cabello largo y liso que descansaba sobre sus hombros. Su sonrisa contagiaba verdadero entusiasmo.

Un leve murmullo, que parecía provenir del comedor, llamó su atención. Era como si alguien estuviera entonando una canción. El cuerpo de Ana se estremeció cuando volvió a mirar el cuadro de la chica. Lágrimas de sangre brotaban de sus ojos, emborronando la pintura y alargando su rostro en una mueca que mostraba un sufrimiento aterrador. Ana apartó la vista de aquella espeluznante visión y, sin dudarlo un segundo, se dirigió hacia el final del pasillo.

Cuando entró en el sombrío comedor, pudo distinguir a una niña pequeña sentada en el suelo, justo en el centro. Vestía un pijama rosa de manga larga, adornado con flecos en los puños y en el cuello. El jersey tenía bordada la caricatura de un osito y una frase en la parte inferior. «*I'm the Best*», pronunció Ana en su mente al recordar la inscripción. La niña sostenía en sus manos un libro infantil de cuentos. Ahora podía escuchar perfectamente la melodía que estaba entonando aquella niña. Era la misma que había escuchado de los labios de Lucía. La pequeña alzó la vista y se quedó mirando a Ana con cara de sorpresa.

—Hola, preciosa —saludó Ana, con voz suave—. No te asustes, no te voy a hacer daño.

—¿Quién eres? —preguntó la pequeña.

—Soy…una amiga —contesto Ana, reconociendo sus propios ojos en aquella mirada cándida.

—Yo me llamo Anita ¿Quieres jugar conmigo?

—¡Claro! —respondió Ana, que se sentó a su lado—. ¿Qué estabas cantando?

—Una canción de mi disco preferido.

Ana recordó que, cuando cumplió seis años, su madre le regaló un disco con canciones basadas en cuentos populares y leyendas de Mallorca. No podía acordarse del título de aquel disco, y mucho menos de las canciones, pero sí del color rojo intenso del vinilo con el que estaba fabricado. Ana necesitaba recordar de qué hablaba aquella canción. Por alguna razón, Lucía la había tarareado en su presencia.

—¿Quieres cantarla para mí?

La pequeña miró alrededor, como si estuviera buscando a alguien.

—Ahora no puedo, tengo que irme —dijo poniéndose en pie y comenzando a andar de espaldas, alejándose de Ana, pero sin dejar de mirarla.

—¡Te olvidas el cuento! —dijo Ana cogiéndolo del suelo, a la vez que contemplaba la portada.

En ella se podía observar la caricatura de una rana vestida con una camiseta blanca de manga corta, pantalón bermudas de color rojo y unas gigantescas gafas redondas que prácticamente le cubrían toda la cara. En sus manos sujetaba un enorme reloj. El título del cuento era “Aprendemos las horas”. Ana se fijó en que, casualmente, las agujas del reloj señalaban las dos y veinte; justamente la misma hora en que había sonado el despertador digital en su habitación.

—¡No es mío! —dijo Anita.

—Entonces… ¿De quién es?

La pequeña alzó la mano y señaló con el dedo índice detrás de Ana.

—Es de ella.

Largos dedos de color céreo que culminaban en garras, se deslizaron sobre los hombros de Ana, cerrándose sobre su cuerpo.

—¡Hola, Doctora!

Ana inhaló el putrefacto aliento de aquella aberración, que la retenía con fuerza contra su voluntad. Los pulmones de Ana se contrajeron, vaciándose de oxígeno y provocándole violentos espasmos. Seguidamente, todos sus órganos internos se corrompieron, como si un cáncer los hubiera atormentado durante años. Su piel adquirió un tono cobrizo y se cubrió de pústulas y llagas, mientras su cabello caía en mechones cubriendo el suelo a su alrededor. Todo eso, Ana lo pudo ver antes de que sus ojos se convirtieran en una viscosa gelatina amarillenta. Mientras agonizaba de dolor, Ana no podía dejar de escuchar la aterradora risa de Lucía en su cabeza.

****

Aquella fría noche de enero de 1.984, Anita se despertó gritando, como había hecho tantas veces. Y también, como tantas veces, sus padres acudieron a su lado para consolarla.

—Tranquila, cariño. Ha sido solo un sueño —dijo María, mientras abrazaba a su hija.

—No dejes que me haga daño, mamá.

—Nadie va a hacerte daño, Anita —dijo Alex, acariciando el cabello de su hija—. Papá y Mamá no lo van a permitir.

—Y…cuando no estéis, ¿Quién cuidará de mí? ¿Quién me protegerá de la mujer que vive en el agua?

11 Más pruebas.

El cordón policial impedía el paso a la muchedumbre curiosa que se agolpaba ante el gimnasio. Para acceder a la zona de entrada, Daniel tuvo que empujar a codazos a varias personas de las allí presentes. Cuando llegó delante de la cinta de protección, mostró su documentación al agente que custodiaba el área de acceso para que le dejara pasar. No hacía más de media hora que el subinspector Palmer le había llamado para que se personase en el lugar de los hechos por orden del juez. Aunque no le habían aclarado el porqué era necesaria su presencia, Daniel sospechaba que el suceso ocurrido tendría algo que ver con el caso de Lucía. Al entrar en la recepción del gimnasio, se encontró con el subinspector, que estaba conversando con un agente de policía. Sebas, que era como todos conocían al subinspector, tenía el rostro pálido y desencajado.

—¡Buenos días, Daniel! —saludó, a la vez que le hacía un gesto con la mano al agente para que les dejara a solas.

—¿Qué tenemos, Sebas?

—Creo que será mejor que te lo explique Gálvez. Está dentro esperándote.

—¿Le han asignado el caso a él?

—Bueno… todavía no está decidido. Parece ser que este crimen tiene muchas similitudes con el que tú estás investigando. El juez ha preferido esperar a los resultados de laboratorio y a la autopsia.

—Supongo que los de la científica todavía deben estar dentro.

—Continúan recabando pruebas. El juez y el médico forense se fueron hace un rato, después de autorizar el levantamiento del cadáver. Es terrible Daniel. Alguien se ensañó con ese chico. Estaba totalmente destrozado. Se han llevado los restos al instituto anatómico forense. ¡Joder! Llevo veinte años en este oficio y todavía no me acostumbro a ver según qué cosas.

Sebas sacó un paquete de tabaco y, con las manos temblorosas, se colocó un cigarro en la boca. Seguidamente le ofreció otro a Daniel.

—No, gracias. Lo he dejado —dijo Daniel con desgana—. Será mejor que esperes a salir de aquí para fumarte ese pitillo.

Sebas volvió a guardar el cigarro en el paquete.

Daniel le palmeó en el hombro con intención de que se calmara, aunque, viendo el estado en que se encontraba, sabía que no iba a servir de mucho. Seguidamente se dirigió hacia las duchas. El inspector Gálvez estaba en el umbral de la puerta de entrada, hablando por teléfono. Varios agentes de la científica, cubiertos con petos de color blanco y mascarilla, se encontraban trabajando en el interior de los baños. Para no destruir o contaminar ninguna prueba, habían instalado un tablón de madera apoyado sobre dos calzos, evitando de esta manera el contacto con el suelo, que estaba totalmente

cubierto de sangre. Gálvez extendió el brazo indicando a Daniel que esperara a que terminara de atender la llamada.

El inspector Gálvez pertenecía a la vieja escuela. Llevaba más de cuarenta años en el oficio y era considerado toda una institución dentro del cuerpo. Posiblemente le quedaran un par de años para la jubilación.

—Hola Daniel, ¿Cómo va todo? —dijo Gálvez, guardándose el móvil en el interior de la gabardina.

—Pues, no lo sé. Dímelo tú.

—Creo que te van a endosar este caramelito.

—Eso me ha dicho Sebas —reconoció Daniel, mientras observaba como los de la científica recogían pruebas en el interior de las duchas— ¿Qué ha pasado?

Gálvez suspiró y sacó una pequeña libreta a la que volteó varias hojas.

—Esta mañana, alrededor de las ocho, Silvia Pérez Morata acudió a este gimnasio, donde trabaja como secretaria. Le extrañó encontrar la barrera bajada sin el cierre puesto, aunque la puerta interior sí que estaba cerrada con llave por dentro. Después de dejar sus cosas en la oficina se dirigió al baño, entonces se encontró con la sorpresa. Rubén Flores Requena, 34 años, es…era el dueño del gimnasio. Lo encontró bajo una de las duchas que todavía permanecía con el grifo abierto. El que cometió el crimen le mutiló todos sus miembros, y cuando digo todos, me refiero a todos —insistió Gálvez, haciendo un gesto con la mano que simulaba un corte delante de sus genitales —. El juez ya ordenó el levantamiento del cadáver. Lo han enviado al instituto anatómico forense para realizarle la autopsia.

—¿Supongo que habréis interrogado a la chica?

—Parece ser que fue la última persona que le vio con vida, bueno… aparte del carnicero que cometió el crimen, aunque tampoco descartamos que hayan podido intervenir más de una persona. Según lo que nos ha contado, abandonó el gimnasio sobre las diez de la noche, despidiéndose de su jefe, que se quedó solo haciendo musculitos. Siempre hacía ejercicio a la misma hora, tras el horario de cierre. Después de salir de aquí, la chica acudió a un pub nocturno del paseo marítimo, donde trabaja como camarera; el pub “La farola”.

—Lo conozco. ¿Lo habéis corroborado?

—Estamos en ello. Ahora mismo está cerrado, pero tenemos los datos del propietario y nos pondremos en contacto con él para confirmarlo.

—¿Alguien más tiene llave del gimnasio?

—Negativo. Según la chica solo existen dos copias. Una la tenía ella y la otra, que pertenecía a la víctima, estaba encima de la mesa de recepción.

—Pero… me has dicho que la chica encontró la puerta del gimnasio cerrada esta mañana.

—Así es.

—Entonces… si una llave la tenía ella, y la otra estaba dentro del gimnasio… o cerró ella al irse, o cerró la víctima por dentro.

—Ella dice que no cerró, o sea que el gimnasio estaba abierto cuando entró

el responsable del crimen o la víctima le abrió la puerta y después volvió a cerrar.

—Lo que nos lleva a la siguiente cuestión. ¿Cómo diablos ha salido el responsable del crimen del gimnasio si estaba cerrado por dentro?

—No sé. La única explicación que encuentro es que el asesino, o asesinos, estuvieran dentro escondidos y aprovecharan para salir cuando ella volvió por la mañana. Aunque… es más fácil pensar que otra persona tuviera una copia de la llave sin que ella lo supiera.

—…O puede ser que la chica nos esté mintiendo —razonó Daniel—. Sinceramente ¿Tú qué opinas?

Gálvez volvió a guardarse la libreta y realizó un gesto que Daniel tradujo como "¡Chaval, menudo marrón te vas a comer!"

—No creo que esa chica tenga nada que ver con esto —dijo Gálvez—. Estaba totalmente destrozada. Temblaba como un flan y no paraba de llorar. Después de hablar con nosotros ha sufrido un ataque de ansiedad. Hemos hecho venir a un psicólogo, que le ha tenido que suministrar calmantes. Al final se la han llevado al hospital para tenerla en observación.

—¡Bueno! Tendremos que esperar a ver qué dice la autopsia y el informe de la científica.

—A propósito de psicólogos, me han dicho que has solicitado la ayuda de…

—Sí, ya lo sé, Gálvez —le interrumpió Daniel—. La famosa "*Doctora Strange*". Creo que no se merece ese apelativo. Se ofreció a colaborar desinteresadamente con nosotros, algo que dice mucho a su favor.

—¿Qué te ha parecido?

—Creí que podría ayudarnos, pero… no sé, quizás me equivoqué.

—Dale un voto de confianza, Daniel. Conozco a Ana. Trabajé en muchos casos con ella. Esa chica tiene un "Don". No me digas cómo, pero podía ver cosas que los demás no hubiéramos sospechado ni por asomo.

—Ese es el problema, Gálvez. Que lo que ella cree ver no se puede considerar como un hecho probable. Por alguna razón, piensa que Lucía Mendoza es la verdadera responsable del asesinato de Roberto Serra, aún sabiendo que es imposible que pudiera abandonar el centro psiquiátrico donde está ingresada.

Gálvez agarró del brazo a Daniel y lo apartó de la entrada a los baños.

—Daniel, voy a contarte algo que no le he dicho nunca a nadie. ¿Habrás oído hablar del caso del asesino de la azada?

—Si… claro. Ocurrió tres años antes de que yo fuera destinado aquí. Fue un caso que tú resolviste ¿No?

—Bueno… No del todo.

—¿No te entiendo?

—Verás. Teníamos los cuerpos de cinco chicas que habían sido asesinadas con un mismo *modus operandi*. Llevábamos más de un año de investigación cuando ese hijo de puta cometió un error. Lo teníamos localizado y sabíamos

a ciencia cierta que era el culpable de la muerte de esas jóvenes. Conseguimos varias declaraciones suyas que se contradecían, los testimonios de gente que le habían identificado cerca del lugar de los crímenes, tampoco pudo aportar coartadas fiables de su situación en el momento en que se cometieron, pero carecíamos de la prueba decisiva para poder inculparlo. Si realizábamos un paso en falso y no aportábamos la evidencia definitiva de su autoría en los hechos, el juez desestimaría la acusación y todo habría acabado. Entonces apareció ella. Lo primero que pidió fue hablar con el sospechoso. Obtuvimos una orden del juez para acusarle y poder interrogarle en nuestras dependencias. Nos lo jugábamos todo a una sola carta. Yo estuve con Ana cuando le interrogó y te puedo asegurar que ese cabrón daba la sensación de ser más santo que el mismísimo Papa. Cuando terminó de hablar con él, pensé que todo había acabado, que habíamos perdido nuestra última oportunidad. Entonces Ana nos pidió que la llevásemos al lugar donde había sido hallada la última víctima.

En ese momento, Daniel recordó las palabras de Ana: «*Déjame ver el lugar donde empezó todo*»

—¿Conoces la zona de "*La sierra de Na Burguesa*"? —preguntó Gálvez.

—Es la zona montañosa que está situada detrás de la base militar de Génova.

—¡Exacto! Más de dos mil cuatrocientas hectáreas de terreno boscoso. Nos dirigimos allí con el acusado. Después de observar el lugar donde encontramos a la última víctima, Ana se dirigió hacia el interior del bosque, como… si estuviera siguiendo a alguien. Caminamos durante más de una hora detrás de ella. Cuando comenzamos, ese tipo no paraba de sonreír, estaba muy seguro de sí mismo. Pero, a medida que avanzábamos por aquel terreno, empezó a mostrarse preocupado. Llegamos a una zona situada a medio kilómetro de las cuevas de mármol. Tenías que haber visto a ese cabrón; temblaba como si se hubiera tragado la puta campana de una iglesia. Entonces Ana nos señaló un arbusto y, tras cavar algo más de dos metros de profundidad, encontramos la azada que se utilizó para cometer los crímenes. Aquel pobre diablo se meo encima, Daniel. Y te puedo jurar que yo también casi me lo hago. Encontramos la prueba decisiva que nos faltaba; el arma con el que se habían cometido los crímenes. Al parecer, se ensañó tanto con la última víctima que se le partió el mango de la azada y decidió esconderla bajo tierra. Ni que decir que encontramos restos de su ADN y de las cinco víctimas en la azada.

—¿No registrasteis los alrededores donde se encontró la última víctima durante la investigación?

—¿Los alrededores? Daniel, la azada estaba enterrada a seis quilómetros de distancia de donde fue encontrado el cadáver. ¿Cómo supo Ana dónde encontrarla?

—No sé que responder, Gálvez.

—A día de hoy, yo tampoco sé que pensar, pero sobretodo hay algo que no

me puedo quitar de la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Su mirada, Daniel. Mientras caminábamos por aquel bosque, parecía como si Ana estuviera viendo algo que nosotros no podíamos ver. De vez en cuando miraba al sospechoso y… era como si le estuviera diciendo "*he visto lo que has hecho*", y te puedo asegurar que creo que realmente fue así. Me hizo prometer que no le contaría a nadie lo que allí pasó, así que decidimos que yo asumiría el logro de haber encontrado el arma del crimen. Si te lo he contado, es porque confío en ti y porque veo que esto se está complicando más de la cuenta. Espero que sepas ser discreto en este asunto.

— No te preocupes por ello, pero si te he de ser sincero, creo que tendremos que utilizar algo más que la extraordinaria habilidad de Ana para resolver este caso. De todas formas pienso que el juez se ha anticipado un poco al llamarme. Aunque el modo en que se cometió este crimen se asemeja en algo al que estoy investigando, es necesario encontrar una coincidencia más sólida que los relacione.

—Por eso no te preocupes —dijo Gálvez, señalando a uno de los investigadores que estaba en el interior de las duchas de cara a la pared—. No creo que esta gente tarde mucho en localizar al dueño de esa huella.

En ese instante, el investigador al que señalaba Gálvez se agachó para buscar algo dentro del maletín que tenía a sus pies. Entonces Daniel pudo observar la huella sangrienta de una mano en el alicatado de la pared. El reguero de sangre, que se desprendía de ella, se unía al gran charco que teñía de rojo la mayor parte del suelo.

12 Recuerdos.

La intensa lluvia, caída durante la noche anterior en Porto Novo, había dejado un profundo y penetrante olor a humedad en la casa. Ana decidió que era mejor abrir las ventanas para que el aire fresco desterrara aquel ambiente rancio que había invadido todo el hogar. Al abrir los postigos, que daban al patio trasero, la luz de la mañana inundó el salón comedor, que hasta ese momento había permanecido en la penumbra. Los muebles, lejos de estar en su momento de mayor esplendor, mostraban una tonalidad apagada debido a la gruesa capa de polvo que cubría su superficie. Todo el mobiliario permanecía en el mismo sitio que había ocupado durante el tiempo que Ana convivió en aquella casa con sus padres; los armarios y estanterías de estilo rústico que tanto agradaban a su madre, la mesa del salón comedor donde se sentaban cada mañana a desayunar juntos, los cuadros familiares, que mostraban los recuerdos de toda una vida.

Por un instante, Ana imaginó que todavía seguía viviendo en aquella casa. El tiempo no había pasado y sus padres no habían realizado ningún largo viaje del que nunca iban a regresar. Estaban los tres sentados en la mesa, conversando y riendo, como habían hecho tantas veces. Todo parecía muy real. Incluso se podía percibir el olor a café recién hecho que, como cada mañana, inundaba la casa con su estimulante aroma de grano tostado.

Pero la realidad siempre es más fuerte que los recuerdos, y se impone con dureza sobre ellos, sin piedad, haciendo daño sin proponérselo, y la imagen de Ana se desvanece, dejando de nuevo una mesa y cuatro sillas vacías. Todo volvía a estar como en un principio, quedando únicamente silencio, soledad y unos recuerdos que volvían a instalarse en lo más recóndito de su mente.

El lejano ladrido de un perro sacó a Ana de sus pensamientos. Había ido allí con un único propósito; localizar el disco de canciones populares con el que había soñado la noche anterior. Tenía que averiguar de qué hablaba aquella canción. Debía existir alguna razón por la que Lucía la había tarareado en su encuentro con ella. De todo lo que había soñado la noche anterior, era lo que Ana tenía más claro.

El resto de lo acontecido en el sueño seguía estando repleto de incógnitas. ¿Qué había querido decir su madre con lo de que no se acercara al agua? Ana pensó que quizá tuviera algo que ver con la visión que tuvo, durante su visita a Lucía, de su propio cuerpo hundido en el fondo de lo que parecía ser un lago oscuro. Por otro lado, ¿Qué era lo que su padre debía estar haciendo por ella? Ana no podía quitarse la sensación de que lo que realmente su madre había querido decir era “Ana, has hecho algo malo y ahora tu padre está pagando por ello”.

La segunda parte del sueño no había sido menos extraña. ¿Por qué el reloj

digital y el del cuento de la rana señalaban la misma hora? ¿Tendrían las 2:20 algún significado especial? ¿Quién era aquella bella mujer que estaba en el cuadro? Y aún más aterrador ¿Por qué se deformó su imagen de aquella manera? Un repentino escalofrío recorrió su espalda al recordar como su cuerpo se desintegró al entrar en contacto con el espectro de Lucía. ¿Significaría aquello su propia muerte? Demasiadas preguntas sin respuesta. Tenía que encontrar un hilo del que poder tirar para descubrir el significado de aquel sueño, y ese hilo se encontraba, sin duda alguna, en su habitación.

Sin más demora, subió la escalera que daba acceso a la planta superior donde se encontraban los dormitorios. Su habitación se hallaba tras la primera puerta de un largo pasillo que también albergaba la habitación de sus padres y un aseo. Cuando Ana abrió la puerta de su dormitorio, las bisagras rechinaron rompiendo el silencio que reinaba en toda la casa. Su habitación estaba totalmente a oscuras. Después de abrir la ventana, para que entrara algo de luz, Ana se agachó junto a su antigua cama y sacó una caja de cartón de debajo. Escrito en un lateral de la caja, con grueso rotulador negro, se podía leer "De Ana. No tocar". Ana la colocó encima de la cama y, tras rasgar la cinta protectora, separó las solapas. Una sonrisa iluminó su rostro al recordar el primer disco que localizó en la caja.

—Cuentos inolvidables —susurró Ana.

En la portada de la funda se podía ver el dibujo de una ratita sonriente barriendo el suelo delante de su casa. ¡La cantidad de veces que le había hecho poner aquel disco de cuentos a su padre! Ana lo dejó a un lado de la cama y siguió sacando más discos del interior de la caja. Tras haber apartado cerca de una docena, encontró el que estaba buscando. Conmovida por los recuerdos, lo cogió con ambas manos y lo sacó con suavidad, como si tuviera miedo de que, al entrar en contacto con el aire, se fuera a desintegrar entre sus dedos como si fuera arena mojada. El título, escrito con grandes letras de color rojo, destacaba en la parte superior: "*Jocs i cançons populars de les illes Balears*". El centro de la portada la ocupaban varias personas, vestidas con las ropas típicas de los payeses mallorquines, bailando boleros alrededor de una gran fogata. Ana le dio la vuelta al disco y comprobó la lista de las canciones que contenía. Una de aquellas composiciones era la que estaba buscando. Necesitaba escuchar el disco para averiguar cuál de ellas era.

Ana se acercó a la mini cadena de música que estaba sobre una mesita de madera, junto a la ventana de la habitación. Tras conectar el enchufe a la red eléctrica, pulsó la tecla de encendido. La aguja del amplificador osciló, indicando el perfecto funcionamiento del aparato. Ana no había vuelto a utilizar aquella cadena de música desde hacía más de quince años, cuando decidió abandonar aquella casa para independizarse.

Todavía recordaba lo mucho que le insistió su madre para que no se marchara, pero ella lo tenía más que decidido; necesitaba agarrar las riendas de su vida sin tener que depender de nadie, tomar sus propias decisiones y buscar su lugar en el mundo. Ahora se sentía culpable de haber tomado

aquella decisión que le impidió estar más tiempo con sus padres. Tenía la sensación de que les había abandonado; de que se había perdido momentos con ellos que ya no formarían parte de sus recuerdos. Era como si le hubieran privado de una parte de su vida. Pero solo ella tenía la culpa de todo.

Ana sacó el disco de su funda. El color rojo del vinilo era bastante intenso; «*como la sangre*», pensó Ana. Tras pasarle el cepillo por la superficie, para eliminar el polvo acumulado, Ana levantó la carcasa protectora del tocadiscos y lo colocó sobre el plato giratorio. Al levantar el brazo fonocaptor, comprobó que la aguja de reproducción estaba totalmente cubierta por un cúmulo de pelusas. Los altavoces crepitaron al arrastrar el cepillo sobre ella. Seguidamente empujó la palanca hacia el centro y el disco comenzó a girar sobre el plato. El selector de velocidad marcaba "45 RPM". Ana lo giró hasta la señal de "33 1/3" y con sumo cuidado colocó la aguja sobre la primera pista del disco.

Los altavoces reprodujeron un sonido ondulatorio y chispeante que a Ana le pareció tristemente nostálgico. Le bastaron diez segundos de cada corte para descartar las canciones que no correspondían a la que ella estaba buscando, hasta que llegó al tercer corte de la cara B. La melodía era inconfundible. Ahora la recordaba perfectamente. La voz suave y aterciopelada de una mujer comenzó a recitar la letra de la canción.

En el pozo oscuro y profundo
Donde conviven el dolor y la maldad
Espera escondida María Enganxa
Sumergida entre las heladas aguas.

María porta un gancho de hierro afilado
Que sujeta con fuerza en su mano
Me vigila entre las sombras oculta
Esperando que me asome confiado.

Clava sus garras en la pared rocosa
Y trepa maldiciendo mi suerte
En un instante me arrastra hasta el fondo
Y seré su siervo en la muerte.

De todas las historias que le habían contado de pequeña, la de aquella mujer era la que más le había horrorizado.

13 La cosa se complica.

Era la tercera vez que Daniel leía el informe de la autopsia de Rubén. Tras efectuar todas las comprobaciones oportunas, el médico forense había llegado a la conclusión de que la víctima había sido desmembrada estando aún con vida. Según el documento, Rubén sufrió la amputación traumática y completa de manos, piernas y pene, lo que le provocó una hemorragia severa. El continuo sangrado hubiera dado lugar en muy poco tiempo a un paro cardiaco, debido al consecuente shock hipovolémico, pero el asesino no permitió que aquello llegara a ocurrir. Dejó que Rubén se desangrara vivo, que fuera consciente de la llegada de su propia muerte y, antes de que eso ocurriera, decidió decapitarlo.

El informe señalaba que el instrumento utilizado para cometer el crimen tenía que ser un objeto cortante, tremendamente afilado y de hoja larga y fina, pues las incisiones se habían realizado de un solo tajo. Teniendo en cuenta dichas características, el arma blanca empleada podría muy bien coincidir con la del crimen de Roberto. En ambos casos se había producido la decapitación de la víctima, lo que evidenciaba un nexo común a tener en cuenta. Aún así, no se podía asegurar que ambos crímenes hubieran sido cometidos por la misma persona. Las pruebas halladas no eran todavía concluyentes. Todo iba a depender del resultado obtenido en la comprobación de la huella encontrada en las duchas del gimnasio de Rubén.

La unidad central de identificación llevaba toda la mañana trabajando para averiguar a quién pertenecía aquella huella. Una vez obtenido el resultado, sería notificado directamente al comisario Vicens, que ya había acordado una reunión en su despacho para las doce del mediodía. ¿Pertenecería la huella encontrada a Lucía? Esa era una pregunta que Daniel se había estado haciendo desde que descubrió la marca ensangrentada de aquella mano en el lugar del crimen. Lo que estaba claro era que existían muy pocas posibilidades de que perteneciera a la propia víctima, pues no se habían encontrado restos de sangre en sus manos.

En ese instante alguien golpeó la puerta del despacho, sacando a Daniel de su abstracción.

—¡Adelante!

El agente Marcos abrió la puerta y, sin decir una palabra, inclinó la cabeza hacia un lado, indicándole que había llegado la hora de la reunión. En breves instantes Daniel averiguaría a quién correspondía aquella huella. Mientras se dirigía al despacho del comisario, iba pensando en la posibilidad de que finalmente la huella pudiera ser de Lucía. ¿Cómo se podría explicar que así fuera? ¿Quién y por qué estaba utilizando a Lucía para cometer aquellos crímenes? Serían cuestiones que él tendría que resolver, aunque no tenía ni

idea de cómo hacerlo. De lo que sí estaba seguro era que no iba a aceptar en ningún caso la ridícula teoría de Ana. ¿Cómo lo explicaría a sus superiores? «*Verán. Resulta que Lucía se escapa del centro psiquiátrico donde está recluida para cometer sus crímenes y, una vez acabada la faena, vuelve a su celda sin que ninguno de los trabajadores del centro se dé cuenta*.» ¡Bien! ¿Y cuál es la razón que tiene para cometer los asesinatos? ¿Cómo se puede escapar de un centro de alta seguridad sin que nadie de allí se dé cuenta? ¿Por qué cometer esos crímenes ahora, después de diez años de estar ingresada? ¿Cómo es posible que alguien que se encuentra en estado catatónico pueda cometer esos crímenes? Estaba claro que la teoría de Ana suscitaba todavía más interrogantes que su propia versión de los hechos. «¡*Joder! La cosa está complicada*»

Cuando Daniel entró en el despacho del comisario Vicens, lo encontró sentado tras su mesa, hablando con Félix, el perito dactilográfico encargado de realizar el informe de la huella. Gálvez ya había llegado y estaba conversando con Roger, el jefe del gabinete de prensa. Que Roger estuviera presente en la reunión apuntaba a que el asunto se había complicado más de la cuenta.

—Cierre la puerta, Daniel —indicó el comisario.

Aquella orden significaba que ya no faltaba nadie más por llegar a la reunión. Después de cerrar la puerta, Daniel se sentó entre Galvéz y Roger, en la silla que quedaba libre frente al comisario que, como la mayoría de las veces, no mostraba cara de buenos amigos. Conociéndole bien, Daniel estaba seguro que no tardaría mucho en hacer mención a sus partes pudendas.

Félix entregó una copia del informe de la huella a cada uno de los allí presentes.

—Lo que acaban de recibir es la prueba dactiloscópica de la huella encontrada en el lugar del crimen de Rubén —explicó el comisario—. Adelante, Félix.

—No me andaré mucho por las ramas —apuntó Félix—. Como podrán observar en el informe que tienen ante ustedes, hemos obtenido datos provenientes de las yemas de los dedos y de la palma de la mano izquierda de una persona. El hecho de poder analizar tan amplia muestra de datos nos ha facilitado de forma clara y concisa su procedencia. La imprenta de la huella se realizó en el mejor soporte posible para su correcta identificación: la superficie lisa de un azulejo. El apoyo de la mano fue total. Cualquiera diría que el asesino hubiera dejado la prueba de su delito a conciencia para que le descubriéramos.

En ese momento, Daniel recordó las palabras de Ana *"¡Quería que supiéramos que ella había cometido el crimen!, por eso dejó las huellas en el casco de Roberto"*.

Félix prosiguió con la explicación.

—Si comprueban el dactilograma y el quirograma obtenidos, y los comparamos con los de la base de datos, verán que no hay error posible. El

porcentaje de similitud está por encima del setenta por ciento. Teniendo en cuenta que para que la identificación sea válida es suficiente que exista una semejanza del treinta por ciento, podemos asegurar, sin ninguna duda, que la huella pertenece a Lucía Mendoza Salguero.

Todos los allí presentes se quedaron mirando fijamente a Daniel, sin pronunciar una sola palabra.

—Es imposible que Lucía haya podido salir del CASEM —dijo Daniel, rompiendo aquel incomodo silencio—. Desde que detectamos sus huellas en el casco de la primera víctima la hemos tenido monitorizada y controlada. En ningún momento ha abandonado el centro. Si hubiera sido así, lo habríamos visto en las grabaciones de video efectuadas. Esta situación no hace más que confirmar mi teoría de que alguien utilizó algún método para colocar las huellas de Lucía en el lugar del crimen.

—Entonces la persona que lo haya hecho saldrá en esas grabaciones —apuntó Félix.

—No tiene porque ser así. Es más, pienso que el responsable consiguió las huellas de Lucía antes del primer crimen. Debía de tenerlo todo planeado desde un principio.

—¿En qué te basas para ello? —preguntó Gálvez.

—Desde el inicio de la investigación, tras detectar las huellas de Lucía en el caso de Roberto, se redujo el contacto con ella a un pequeño grupo de personas que han sido vigiladas en todo momento por un agente del SAC infiltrado en el centro y que ha actuado como su cuidador —explicó Daniel—. La única persona que conoce la verdadera identidad de nuestro hombre es el doctor Bauzá. Según los informes de nuestro agente, nadie ha mantenido más contacto con Lucía que el estrictamente necesario para su cuidado, y en ningún caso se ha producido ninguna acción sospechosa de la captación de sus huellas, por lo que deduzco que el responsable ya debía tener la copia de las huellas desde mucho antes del primer crimen.

Félix y el comisario Vicens se miraron con reparo, como si no aceptaran la explicación de Daniel.

—¿Qué me dice del doctor que realizó los primeros auxilios a Lucía después de que se autolesionara? —preguntó el comisario, haciendo un gesto con la mano para que alguien le recordara el nombre.

—¿El doctor Estarellas? —concluyó Daniel.

—¡Eso es! —confirmó el comisario Vicens—. Fue la primera persona que tuvo contacto con Lucía después de que se clavara aquel trozo de madera. Podría haber sido el momento ideal para conseguir sus huellas sin que nadie se diera cuenta.

—Nuestro agente estuvo presente en la cura que se le realizó y también en las dos posteriores. No observó nada extraño. Con el fin de que la herida no se reabriera, a Lucía se le colocó un soporte de aluminio para impedir que moviera la mano. Luego se la cubrieron con un vendaje externo, y así ha permanecido en todo momento, excepto para la realización de las curas.

Intentar conseguir una muestra de sus huellas sería prácticamente imposible sin que nos diéramos cuenta de la manipulación del vendaje.

—¿Está seguro de que nadie más ha tenido contacto con Lucía estos dos últimos días? —preguntó con obstinación el comisario.

—¡Seguro! —se reafirmó Daniel—. Únicamente el doctor Bauzá y el enfermero encargado de suministrarle la medicación, y siempre en presencia de nuestro agente. Pero, ¿Por qué tanta insistencia en que alguien haya podido tomar las huellas de Lucía después de que se autolesionase?

—Inspector, coja usted ese informe y fíjese el quirograma de la palma de la mano —sugirió Félix.

Todos los presentes observaron el informe al igual que Daniel.

—¿Ve usted esa deformidad en el centro de la huella? —preguntó Félix.

—Sí. ¿Qué es?

—Es una herida provocada por un objeto punzante. Y ¿Sabe qué?

Daniel miró a Félix temiendo lo que iba a confirmar a continuación.

—Hemos realizado una visita a la sospechosa y hemos comprobado que coincide milimétricamente, en forma y situación, con la herida que se auto infringió Lucía en su visita con la doctora el otro día. Es imposible que nadie haya podido conseguir esa marca con tanta exactitud si no recogió una muestra después de que se produjera la lesión. Si usted me dice que Lucía ha estado vigilada en todo momento, y nadie no autorizado se ha acercado a ella ¿cómo es posible que esa marca se encontrara en la huella recogida del lugar del crimen?

Daniel se quedó sin argumentos. Félix tenía toda la razón. ¿Cómo podía explicar algo que ni él mismo llegaba a entender?

—Volvemos a tener el mismo problema…

—¿Volvemos? Y mis cojones treinta y tres—gritó el comisario Vicens interrumpiendo a Daniel—. El problema lo tengo yo. ¿Cómo se lo explico al juez? ¿Qué le digo? Señor Juez, no se tiene que preocupar usted por nada, la asesina de los dos crímenes ya está encerrada desde hace diez años. El único problema es que, de vez en cuando, le pega la vena de salir de paseo y descuartizar a la gente.

—Sigo sin creer que Lucía sea la causante de estos crímenes —anunció Daniel.

—Si claro, eso ya me lo dijiste antes —le recriminó el comisario, elevando aún más el tono de voz y golpeando la mesa—. Pero no me bastan las palabras. Quiero un nombre, alguien a quién echar la culpa de estos crímenes, y el de esa loca de los cojones no me sirve. Estoy recibiendo presiones desde la jefatura central y los cabrones de la prensa no paran de pedir explicaciones. ¿Sabes que nos han preguntado esta mañana esos toca-huevos?

—Pues…

—Yo te lo diré, Daniel —le interrumpió el comisario, sin bajar el tono de voz—. Han preguntado si el crimen de Rubén Flores tenía algo que ver con el supuesto accidente ocurrido hace tres meses en la carretera de Pollensa, que si

estábamos ante un asesino en serie. Si se clasificó la investigación del accidente de Roberto Serra como reservado, fue porque las pruebas encontradas en el puto casco no podían ser utilizadas para la incriminación de Lucía Mendoza, porque estaba encerrada en un jodido manicomio. ¿Cómo coño han podido relacionar los dos casos? ¿Quién cojones ha filtrado esa información a la prensa?

—Necesito algo más de tiempo.

—No tenemos tiempo. Llevamos más de tres meses con esto. Nos pediste la participación de Ana Amengual en este caso. ¿Qué hemos conseguido con ello?

Daniel se quedó mirando a Gálvez, recordando su consejo de que le diera una oportunidad a Ana. Aunque la idea de que Lucía fuera la única culpable de los crímenes le parecía una verdadera locura, no le quedaba más remedio que tener en cuenta esa posibilidad, en vista de los nuevos resultados obtenidos en la investigación. Además, su hipótesis de que el asesino habría obtenido las huellas antes del primer crimen, había quedado totalmente descartada tras el último informe dactilográfico. Estaba claro que, de alguna manera, alguien había podido conseguir las huellas de Lucía después de que se lesionara durante la visita del otro día. ¿Pero cómo? ¡Las cámaras no habían registrado nada! Había algo que se les escapaba en esas grabaciones. Tenían que volver a revisarlas, empezar otra vez desde cero. Todo el trabajo realizado hasta ahora no había servido de nada. La investigación estaba como al principio, sin ningún rumbo que poder tomar. Quizá entre lo absurdo de la teoría de Ana y la objetividad que él buscaba en la resolución del caso, se pudiera encontrar un término medio que aclarara todo este galimatías. Finalmente, Daniel se pronunció.

—Necesito que la doctora Ana Amengual inspeccione el lugar donde empezó todo.

14 Empezando a creer.

Que la huella encontrada en el gimnasio mostrara una marca que coincidía exactamente con la herida de Lucía, solo podía tener dos explicaciones: o Lucía había estado presente en el gimnasio en el momento del crimen, lo que implicaba que de alguna manera había podido escapar del centro psiquiátrico, o el responsable del asesinato de Rubén había tomado una muestra de la palma de su mano izquierda después de su visita con Ana. La evidencia de cualquiera de las dos posibilidades tenía que haber quedado registrada por las cámaras de seguimiento instaladas en el centro.

Después de una primera comprobación, las grabaciones no dejaban lugar a dudas; Lucía había permanecido en el interior del CASEM en todo momento. La rutina diaria de Lucía no había sido modificada en absoluto. La mayor parte del tiempo lo pasaba en la sala de vigilancia común, sentada en una silla, inmóvil, rodeada de otros pacientes que deambulaban por la habitación sin rumbo, como zombis. La reclusión en su celda comenzaba a las ocho de la noche, después de cenar y haber sido atiborrada de pastillas para permanecer adormecida, sumida en un estado de inconsciencia que facilitara su control sin sobresaltos. No, definitivamente era imposible que Lucía hubiera salido de allí dentro.

Después de descartar la primera opción, Daniel volvía a encontrarse con la única línea de investigación que había creído posible en todo momento, aunque esta vez con un dilema mucho mayor: si alguien tuvo la oportunidad de conseguir una muestra de la huella de Lucía después de autolesionarse, ¿Cómo pudo deshacerse de la protección que cubría la mano de Lucía para obtenerla sin que nadie se diera cuenta?

Tenía que hablar con el Doctor Estarellas. Él fue la primera persona que tuvo contacto inmediato con Lucía después del incidente, pues fue quien le trató la herida, siendo el responsable de su seguimiento y curación. Su sospecha en la implicación del crimen quedaba descartada, ya que el agente del SAC infiltrado en el centro psiquiátrico estuvo presente en el momento de la cura y no observó ninguna irregularidad. Pero si alguien podía constatar alguna anomalía o manipulación en la protección de la mano de Lucía, ese era el doctor Estarellas, por lo que era indispensable tener una conversación con él al respecto.

El doctor se encontraba fuera de la isla en ese momento. Daniel había contactado con él y quedaron en verse en su consulta privada de Manacor al día siguiente, donde pasaba visita por la mañana.

Mientras tanto seguirían revisando las grabaciones de las cámaras instaladas en el psiquiátrico correspondientes a los dos últimos días. Tenía que

haber algo en ellas que se les escapaba.

—Nada, Daniel —confirmó Sergi—. Hemos repasado las grabaciones varias veces y no hemos observado nada anormal. Lucía está presente en las imágenes todo el tiempo y nadie se ha acercado a ella de manera sospechosa.

—¿Habéis podido detectar algún tipo de manipulación en las grabaciones?

—Tampoco. Todo es correcto.

—Pues no lo entiendo —dijo Daniel—. Está claro que Lucía no ha salido del centro, así que de algún modo alguien ha tenido que acercarse a ella para conseguir una muestra de la palma de su mano. ¡Volvedlo a comprobar!

Sergi resopló y volvió a dirigir la vista a la pantalla del ordenador. Eran más de sesenta horas de grabación que se habían repartido entre seis agentes. Las imágenes se pasaban a una velocidad cinco veces superior a la estándar. Cada vez que alguien se acercaba a Lucía, se detenía la grabación y se repasaba a velocidad normal, poniendo especial énfasis al contacto de aquella persona con Lucía. Una vez que todos los agentes habían revisado su respectiva grabación, se la intercambiaban con un compañero y comenzaban de nuevo.

Daniel sacó el móvil de su chaqueta y observó la hora. Eran las cinco y media de la tarde. Ana debía de estar todavía trabajando. Estuvo dudando si enviarle un WhatsApp o llamarla directamente. Finalmente decidió realizar la llamada. Daniel pensó que lo más oportuno era hablar con ella en persona, si quería pedirle de nuevo su cooperación en la investigación; los mensajes de WhatsApp eran más adecuados para asuntos más triviales. Seguro que a Ana no le bastaría recibir un mensaje como "*Necesito tu colaboración. Vamos a visitar el lugar donde empezó todo, tal como me pediste*".

Por otro lado, y aunque no se lo reconocería ni a él mismo, necesitaba volver a oír su voz. Todo aquel asunto le estaba provocando demasiado estrés y sentía que no tenía el respaldo suficiente de sus superiores. La sensación que Daniel tenía era la de ser alguien a quién se le ponía delante de un león hambriento, con las manos desnudas, y se le decía: "*Hala, cuando lo hayas domado nos avisas*".

Aunque no compartía la teoría de Ana, era la única persona que había mostrado verdadero interés en ayudarle a encontrar un significado a todo aquel embrollo en el que se había convertido la investigación. Quizá por eso se encontraba bien junto a ella, quizá por eso le tranquilizaba escuchar su voz, o quizá… fuera algo más.

Daniel buscó su nombre en la agenda y pulsó el icono de llamada.

—¿Daniel? —contestó Ana al otro lado de la línea al cabo de un rato.

—Hola Ana. Te llamo porque… he pensado en lo que me dijiste y… bueno aunque ha pasado mucho tiempo…

—¡Daniel! —le interrumpió Ana—. No te andes con rodeos. ¡Dime qué es lo que quieres!

—Verás… me gustaría que le echaras un vistazo al lugar donde empezó todo.

—¿Quieres que inspeccionemos el sótano del hotel donde Lucía fue violada?

—Bueno, he tenido en cuenta tu petición y, aunque pienso que es poco probable que podamos sacar algo en claro después de diez años, creo que no…

—¿Qué ha pasado, Daniel? —le interrumpió Ana.

Daniel maldijo su propia ingenuidad al menospreciar la perspicacia de Ana, estaba claro que no se le podía engañar.

—Esta noche se ha producido un nuevo crimen y tenemos la certeza de que está relacionado con el de Roberto. Pero prefiero explicártelo en persona.

—Está bien. Hoy estaré en mi despacho hasta las ocho. Si tienes tiempo podemos vernos aquí.

—De acuerdo. Ana… no quiero que pienses que no tengo en consideración tu punto de vista sobre este asunto. Es solo que…

—No te preocupes, Daniel. Estoy acostumbrada a que no me tomen muy en serio; es algo que me acompañará toda la vida. Supongo que es por mi manera de ver las cosas. Sin embargo, en el tiempo que estuve trabajando para el SAC, nunca me equivoqué en mis pesquisas, y eso es algo que la gente no suele recordar.

—Perdona, no quería decir eso. Yo sí te tomo en serio, pero…

—Daniel. Ordenaste la vigilancia de Lucía ¿Verdad?

—Tenemos las grabaciones de seguimiento. Ahora mismo las estamos revisando, pero no demuestran nada. Ni Lucía salió del CASEM, ni nadie es sospechoso de haber interrelacionado con ella.

—Entonces no estáis centrándoos en lo verdaderamente importante. Piensa, Daniel. Por un momento imagínate que tengo razón y que Lucía es la responsable de todo.

—Demasiada imaginación para mí. Ya te he dicho que Lucía no ha salido del centro.

—¿Estás seguro? Vuelve a repasar las imágenes.

—Ana, es absurdo…

—Si te parece absurdo, espera a escuchar lo que tengo que contarte. Nos vemos luego.

Ana colgó la llamada dejando a Daniel intrigado por sus palabras. Si la última vez que se vieron Ana parecía tener alguna ligera duda sobre su propia teoría, ahora parecía estar completamente segura de ella. ¿Qué había descubierto? ¿Qué era aquello tan importante y "absurdo" que tenía que contarle?

Daniel volvió a la sala de proyección, donde sus compañeros seguían revisando las imágenes de Lucía grabadas durante los dos últimos días. "*Entonces no estáis centrándoos en lo verdaderamente importante*" *«¿Qué es lo verdaderamente importante, Ana?»* Daniel apoyó las manos sobre los hombros de Sergi.

—¿Qué es lo verdaderamente importante, Sergi?

—¿Qué...? ¿A qué te refieres?

—¿Y si estamos eludiendo lo más obvio?

"*Imagínate que tengo razón y que Lucía es la responsable de todo*."

—¿A qué hora determinó el médico forense la muerte de Rubén? —preguntó Daniel.

—Según el informe tuvo que ser entre las diez y cuarto y las diez y media —contestó Sergi.

—Busca la grabación perteneciente a ese intervalo de tiempo y pásala a velocidad normal.

—Ya lo he revisado yo personalmente. El objetivo está en su habitación, sola. Nadie se acerca a ella en ningún momento.

"*¿Estás seguro? Vuelve a repasar las imágenes*"

—¡Vuelve a pasar las imágenes! —ordenó Daniel.

Sergi extendió el menú de búsqueda y, tras pulsar sobre la opción de tiempo, tecleó la fecha y la hora indicada por Daniel en el campo correspondiente. Lucía apareció en su habitación, sentada en la cama, a oscuras, inmóvil. La imagen de video presentaba una tonalidad verdosa, típica de las cámaras de visión nocturna. Nada se movía; daba la sensación de que la grabación estuviera en stop. Inmersa en la oscuridad, los ojos de Lucía parecían resplandecer con un brillo demoníaco, fijos en la nada, mirando sin mirar.

—¡Ves! No ocurre nada —indicó Sergi.

Daniel le hizo un gesto con la mano, indicándole que dejara seguir la grabación.

Durante más de un cuarto de hora, Lucía permaneció sentada sobre la cama, sin que nada le provocara la más mínima reacción. Ni siquiera el estruendo de la tormenta, que se cernía con rabia desatada sobre el edificio, llamaba su atención. Las drogas que le habían suministrado y el estado catatónico en el que estaba sumida desde hacía años, habían transformado a aquella bella mujer, que Daniel recordaba de la foto de archivo, en un verdadero ser sin alma. De vez en cuando, los rayos iluminaban la habitación, mostrando la soledad en la que se encontraba Lucía en aquel penoso momento.

De repente, varias franjas verticales recorrieron de lado a lado la pantalla del ordenador, distorsionando la imagen, igual que había ocurrido con el video grabado en el encuentro de Ana con Lucía; las mismas interrupciones que había podido observar en la grabación de la cámara de alta definición de la moto de Roberto.

—Son solo interferencias —explicó Sergi.

Como si hubiera realizado un salto en el tiempo, Ana pasó de estar sentada en su cama a aparecer de pie, observando con detenimiento la pared del fondo de la habitación. El reloj digital de la grabación no había registrado ningún movimiento extraño.

Algo llamó la atención de Daniel. Fue un momento fugaz, quizá menos de

un segundo, en el que el cuerpo de Lucía se estremeció, como si alguien la hubiera zarandeado de los hombros.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Daniel.

—Parecía un espasmo —dijo Sergi—. Seguramente provocado por la medicación, o vete a saber.

—Vuelve a pasar la imagen, pero esta vez ralentízala al máximo.

Sergi clicó sobre el botón de retroceso y redujo la velocidad a diez fracciones de segundo. Justo antes de que Lucía volviera a tener aquella convulsión, una sombra surgió de la oscuridad de la habitación, abalanzándose sobre ella.

—¡Vuelve atrás! —gritó Daniel— ¡Ahí! ¡Párala!

La imagen era algo confusa, pero no dejaba lugar a dudas. Ana tenía razón, Lucía no estaba sola en aquella habitación.

15 Te cuento un secreto.

Daniel estacionó su vehículo en el parking subterráneo del Hospital Marín Severo, donde trabajaba Ana. Cuando llegó a la recepción de la consulta, encontró a Clara tras el mostrador, que esbozó una gran sonrisa nada más verle.

—¡Hola, Capitán! ¿Otra vez usted por aquí? —dijo con cierto retintín.

—Inspector, si no le importa —aclaró Daniel.

—Oh! Claro, lo que usted quiera —repuso Clara, dándose golpecitos en los labios con un bolígrafo, mientras observaba a Daniel de arriba abajo.

—Yo venía… venía a ver a la doctora Amengual.

—Está en su despacho —le indicó Clara, mordisqueando el tapón del bolígrafo—. Puede usted pasar… ins-pec-tor.

Daniel cruzó el pasillo sin dejar de sentirse observado por Clara. La verdad es que tanta insinuación le resultaba molesta, y lo de aquella chica ya rozaba el acoso. Antes de entrar en la oficina, golpeó la puerta con los nudillos para pedir permiso.

—¡Adelante! —contestó Ana desde el interior.

Daniel abrió la puerta y se volvió. Clara seguía observándolo y, sin dejar de sonreír, le guiñó un ojo. Después de esbozar una leve sonrisa, Daniel entró en la oficina y cerró la puerta.

—Hola, Daniel —saludó Ana, sentada tras su escritorio.

Daniel levantó la mano a modo de saludo y se sentó en la silla que estaba delante de la mesa.

—¿Pasa algo? —preguntó Ana, viendo la cara de desconcierto de Daniel.

—Esa… chica —dijo señalando la puerta—. ¿Siempre es así?

—¿Quién?... ¿Clara?

—¡Clara! —repitió Daniel, asintiendo.

—¿A qué te refieres?

—¿Siempre es tan… sugerente con los hombres?

—Ah… es eso. Solo lo hace cuando encuentra a alguien atractivo.

Daniel se quedó perplejo, mirando fijamente a Ana.

—Me refiero…—titubeó Ana—. No te malpienses. Padece de hipersexualidad. Actualmente está en un grupo terapia.

—¿Hipersexualidad?

—Lo que antes se conocía como ninfomanía.

—Pues parece que el tratamiento no está funcionando.

—¿Qué no? ¡Tenías que haberla conocido hace seis meses! Bueno… mejor que no.

Daniel se recostó en el respaldo de la silla y resopló atusándose el pelo.

—¿Estás bien? —preguntó Ana.

—La verdad es que no —contestó Daniel, riendo de manera forzada y mostrando preocupación—. La investigación se está enredando cada vez más. ¡Joder! Como si ya no fuera complicada desde un principio. Los jefes están recibiendo presión de los altos mandos y la prensa está empezando a tomar interés en el caso. No podemos dejar que la cosa se alargue más. Si los medios de comunicación toman cartas en el asunto y seguimos sin encontrar al culpable, rodarán cabezas. Me están exprimiendo para que encuentre la solución a un problema al que todavía no le encuentro sentido.

—¿No será más bien que no quieres encontrarle sentido?

—Créeme que a estas alturas estoy dispuesto a aceptarlo casi todo.

—¿Estarás de acuerdo conmigo en que este caso es bastante extraño?

—No te voy a negar que hay cosas que tienen difícil explicación.

—La explicación de las cosas depende mucho del punto de vista en que se miren.

—Sí, claro… eso ya lo hemos discutido, Ana.

—¿Y?

—Y… voy a intentar abrir algo más mi mente para intentar entenderte.

—Bueno… empieza tú. ¿Qué ha ocurrido?

—Esta mañana hemos descubierto el cadáver descuartizado de un chico. Fue asesinado con un arma de las mismas características que la utilizada en el crimen de Roberto. El cuerpo estaba en las duchas del gimnasio que regentaba. Lo más preocupante es que encontramos una huella estampada en el lugar del crimen que correspondía exactamente con la palma de la mano de Lucía. La huella tenía la marca de la herida que Lucía se hizo con la astilla de madera durante tu encuentro con ella.

—Ahora sabemos por qué se autolesionó. Quería que supiéramos que nadie está cometiendo los crímenes por ella. Que la herida haya aparecido en la marca de la huella echa tu hipótesis por los suelos. Eso es lo que muestran las imágenes de seguimiento ¿No?

—Echa por los suelos mi hipótesis y la tuya. Lucía ha estado vigilada en todo momento. Nadie ha tenido contacto directo con ella a excepción del doctor Bauzá, el enfermero encargado de suministrarle la medicación y el médico del centro, observados siempre de cerca por nuestro agente encubierto, por lo que es imposible que nadie pudiera tomar sus huellas sin que nos diéramos cuenta y… tampoco ha salido del CASEM.

—¿Cuáles son tus conclusiones?

—Estoy perdido, Ana.

—Entonces déjame contarte las mías.

Daniel se reclinó en el respaldo de la silla, dispuesto a escuchar lo que tenía que contarle Ana. Aunque le costara aceptar su teoría, haría todo lo posible por entenderla. De todas formas, las líneas de investigación que había seguido hasta ese momento, se habían derrumbado como un castillo de naipes delante de un ventilador. Quizá fuera hora de darle una oportunidad a Ana, aunque su exposición sonara muy chocante. Como se solía decir en el ajedrez

“Siempre es mejor jugar con un plan, aunque sea malo, que jugar sin ningún plan”.

—Antes de contarte lo que he descubierto, quiero explicarte algo —prosiguió Ana—. Creo que es fundamental que tengas conocimiento de ello para que entiendas mi actitud ante este asunto. Sé que te sonará raro y que quizá pienses que me he ido de la cabeza. ¡Joder! A veces yo misma lo pienso.

—Ana, confía en mí. ¿Qué puede ser más raro que este caso?

—¿Sabes…sabes por qué me apodaban “La doctora strange”?

—Bueno… algo he oído. Parece ser que tenías una manera muy peculiar de descubrir evidencias criminales en la investigación de los delitos. A veces, con solo examinar la escena del crimen te bastaba para crear un perfil exacto del sospechoso. Dicen que tu eficacia para localizar indicios determinantes era algo… sobrenatural. Yo a eso lo llamo capacidad de observación e intuición, otros quieren ver cosas extrañas donde no las hay.

—Pues… te equivocas. Ellos tienen razón.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Daniel, reincorporándose en la silla.

—¿Sabes lo que es la psicometría parasicológica?

—Ni idea, pero… seguro que vas a contármelo ¿Verdad?

—Los seres humanos poseemos cinco sentidos, como muy bien sabes. A través de ellos obtenemos información del mundo que nos rodea. Pero hay cosas que nuestros sentidos no pueden detectar ¿Quién nos dice que no hay algo más a nuestro alrededor; que la realidad no es tal como la percibimos? Está perfectamente comprobado que existen otros planos dimensionales que escapan a nuestra percepción sensorial. Un ejemplo claro lo tenemos en el color ultravioleta, que no podemos captar con nuestra vista. Sin embargo, las aves si pueden hacerlo, porque poseen una característica especial que les permite detectarlo.

—¿Adónde quieres llegar?

—Igual que ciertas especies poseen esa habilidad especial, existen casos documentados en los que se ha demostrado que hay gente que parece poseer un sexto sentido que les permite ver cosas que otros no pueden ver.

—Ya, como Bruce Willis en esa película, ¿no?

—No, Bruce Willis no. El que tiene el sexto sentido es Cole Sear; el niño.

—¡Vale! Te sigo.

—Pues la psicometría es la habilidad que poseemos ciertas personas para detectar la energía psíquica de los objetos, de los lugares o incluso de las personas. Gracias a la ampliación de los sentidos, y a la capacidad de acceder a un plano profundo del subconsciente, podemos transformar esa energía en sensaciones o imágenes, obteniendo información relevante; como de dónde procede un objeto, a quién pertenece. Puedes incluso ver lo que ha ocurrido en cierto lugar mediante la energía que ha quedado impregnada en el ambiente. En las personas, esa energía se conoce como aura. A través de ella puedes ver el pasado de una persona, incluso en ocasiones presentir retales de su futuro,

aunque… eso, más bien, forme parte de lo que llamamos clarividencia.

—Perdona, ¿"*poseemos*"?. Me estás diciendo que tú…

—Daniel, yo… tengo esa habilidad. Desde pequeña puedo percibir esa energía, ver cosas que los demás no pueden ver. Es algo con lo que he tenido que convivir toda mi vida. Y, aunque a algunos les pueda parecer divertido, te puedo asegurar que no lo es. Al principio todo se manifestaba a través de pesadillas que luego se cumplían en la vida real; terrores nocturnos dijo la pediatra. También dijo que se me pasaría, que era cosa del estrés. ¡Pues no, Daniel! No se me pasó. Pude predecir como el hermano de mi mejor amigo moría abrasado entre los hierros de un autobús escolar a cientos de quilómetros de distancia, pude ver la muerte de mi abuelo, la de mi novio, el asesinato de todas las víctimas de los casos en que participé. Y… ¿Sabes por qué, Daniel? Pues porque gracias a mi "Don", estaba presente en el momento en que todo ocurría. ¿Tienes idea de lo que es presenciar todo ese sufrimiento? Te puedo asegurar que no es nada agradable. Ahora que ya conoces mi secreto, hazme un favor ¡Vuelve a cerrar la boca y dime qué piensas!

—Creo… creo que si hubieras nacido en otra época, te habrían quemado por bruja.

—Probablemente.

—Vale… no… Oye, ¿no habrás mirado en mi aura?

—¿Por qué? ¿Tienes algo que esconder?

—¿Quién yo? No, que voy…

—¡Tranquilo! —le interrumpió Ana— Era una broma. Pero, por lo que veo, creo que me das algo de credibilidad.

—Como te dije antes, estoy dispuesto a abrir mi mente y aceptarlo casi todo.

—Pues si esto te ha parecido raro, más raro te va a parecer lo que te voy a contar a continuación.

16 La Dama del agua.

Ana abrió el cajón superior de su escritorio y sacó una carpeta con varios documentos.

—¿Sabes lo qué es una Dama del agua? —preguntó Ana.

—Ni idea —contestó tajantemente Daniel.

—En la mitología de las islas Baleares existen relatos que nos hablan de las mujeres del agua. Son seres encantados que se identifican con hadas del bosque o con ninfas de los lagos. Suelen habitar en lugares de agua dulce como estanques, saltos de agua, pozos o grutas húmedas con goteras de piedra. La mayoría de ellas son representadas como hermosas doncellas de rostro angelical y su relación con los humanos suele ser propicia, cuidando de sus propiedades y familiares.

—Me estás hablando de leyendas, historias inventadas por nuestros antepasados.

—Sí. Pero a veces, algunas leyendas tienen una base real.

Ana abrió la carpeta y le mostró a Daniel un grabado antiguo en el que se observaba a una mujer saliendo de un pozo. Tenía el rostro demacrado, envejecido. Sus cabellos estaban cubiertos por un pañuelo, sujeto con un nudo al cuello. En su mano derecha, que mantenía en alto, sujetaba con firmeza una vieja y oxidada hoz.

—Una de esas leyendas cuenta la historia de "*María Enganxa*" —prosiguió Ana—. Parece ser que era una mujer malvada y déspota que disfrutaba haciendo el mal a los demás. Agriaba la leche de las vacas, malograba las cosechas e incluso secuestraba niños para iniciarlos en las artes oscuras. Vivió durante la época de la inquisición en Palma, en un tiempo en que se quemaba y torturaba a las mujeres sospechosas de practicar la brujería. Y eso es lo que ocurrió con ella. El pueblo la delató y fue encarcelada por la justicia y condenada a morir en la hoguera. Nadie sabe cómo, pero al segundo día de ser apresada, escapó de su celda. Una multitud de gente salió en su búsqueda, armados con antorchas, horcas, guadañas… La encontraron en medio del campo y la acorralaron. Viéndose atrapada, se subió sobre un viejo pozo que había en aquellos terrenos. *María Enganxa* alzó sus brazos al cielo. En su mano derecha sujetaba una vieja hoz corroída por el oxido. Antes de que la cogieran lanzó una maldición a sus perseguidores: "*Juro que no me cogeréis con vida y que volveré desde el infierno para vengarme de vosotros a través de vuestros hijos, por los siglos de los siglos*". Después se tiró al profundo y oscuro pozo. Cuando intentaron sacar su cuerpo sin vida de aquel agujero, no pudieron dar con él. Así que desistieron en su empeño y la dieron por muerta. El pozo fue sellado y en él colocaron un letrero que rezaba "*Que*

el agua sea su prisión y la oscuridad su condena".

—Un relato espeluznante, pero no deja de ser una leyenda. Supongo que, como todas, tendrá su moraleja.

—Se trata de un relato que los abuelos contaban a sus nietos para asustarlos y que no se acercaran a los pozos, por miedo a que cayeran dentro. Según la leyenda, si un niño se acercaba a un pozo y se asomaba a él, María lo enganchaba con su vieja hoz y lo arrastraba hasta las profundidades. Una vez allí, lo convertía en su esclavo por siempre, sin que nunca más se volviera a saber nada del niño.

—Todo muy bonito, pero que tiene que ver con nuestro caso.

—*María enganxa* es una de esas leyendas que están basadas en hechos verdaderos. En realidad el nombre de esa mujer era María Cañellas Pons. Vivió en Palma alrededor del año 1.750. Era una chica de familia humilde, al parecer con una belleza excepcional. Un señor rico de Felanitx se prendó de ella y quiso desposarla. Aunque la joven no estaba enamorada de aquel hombre, que le ganaba por muchos años de edad, fue obligada a casarse con él. Su familia recibió una buena dote en compensación y ella se fue a vivir con su nuevo marido a su gran mansión en Felanitx. En aquel tiempo se celebraban muchos matrimonios por conveniencia y acuerdos entre familias, sin tener en cuenta los sentimientos de los contrayentes. Al principio todo fue perfecto para ella. Su enlace conyugal le proporcionó opulencia y seguridad, algo de lo que había carecido durante toda su vida. Pero pronto todo se torció. El vientre de María estaba seco y era incapaz de engendrar un hijo, algo que enloqueció a su marido, que anhelaba descendencia para que su estirpe heredara sus propiedades y riquezas. Todo el afecto que aquel hombre sentía por su mujer desapareció por completo, culpándola de su infortunio. Según se cuenta, él se dio a la bebida y comenzó a regentar tugurios de mala muerte. Se le empezó a ver acompañado por otras mujeres, la mayor parte de ellas prostitutas, que incluso llegó a introducir en su propia casa delante de su mujer. María entró en desgracia y se pasaba la mayor parte del día en los jardines de la casa llorando. Uno de los empleados se compadeció de ella y le ofreció un hombro sobre el que desahogarse. La relación entre María y aquel sirviente se volvió más profunda y ambos se enamoraron. Cada vez que el señor salía de casa, ellos se encontraban a escondidas dando rienda suelta a sus instintos sexuales más primitivos. Hasta que alguien se lo contó al señor. María y su amante fueron descubiertos y castigados por ello. Él fue fustigado hasta la muerte, y ella fue entregada en cuerpo para el desahogo de la servidumbre que trabajaban las tierras del señor, la mayoría de los cuales eran siervos con enfermedades que harían vomitar a una cabra. La tuvieron encerrada en una vieja cabaña, donde fue violada y ultrajada por la mayoría de ellos. Un día, aprovechando un despiste de sus captores, pudo huir de su prisión. No llegó muy lejos. La acorralaron en medio del campo. Antes de que la apresaran y volviera a pasar por todo aquel calvario, María prefirió tirase a un pozo, no sin antes maldecir a sus perseguidores y a su marido. El pozo fue

condenado, y se convirtió en la tumba perpetua de María. Durante el siguiente año, la mayoría de la servidumbre que trabajaba las tierras del señor murió; seguramente por las graves enfermedades que padecían, pero todo el mundo lo achacó a la venganza de María, por el mal que había recibido. Años más tarde, las tierras se secaron y el señor murió en la más absoluta pobreza y soledad.

—Una historia muy triste, pero sigo sin entender que tiene que ver…

—Daniel, en mi contacto con Lucía tuve una visión. En ella una mujer era perseguida por una turba furiosa que pretendía ejecutarla. Luego me vi a mi misma sumergida y rodeada de agua por todos lados. En un principio no entendía que tenía que ver con el caso, pero después del sueño que tuve anoche lo comprendí todo.

—¿El sueño que tuviste anoche? ¡Joder, Ana! Me lo estás poniendo difícil.

—Lo sé, Daniel… lo sé. Pero ya te dije que la persona con quien hablé no era Lucía.

—¡Vale! Estoy dispuesto a aceptar que Lucía padezca de personalidad múltiple. Es algo que está más que probado en la psicología clínica. Una persona que se cree que es otra… está bien, de acuerdo. Pero, ¿No me estarás insinuando que Lucía está poseída por el espíritu de esa tal *María enganxa*?

—No siempre, solamente cuando la necesita. Daniel, la posesión también es algo que ha sido probado.

—A mí más bien me suena a cuento chino. Algo que ha sido creado para hacer películas de terror y escribir libros esotéricos. Pero… ¿Cómo has llegado a la conclusión de que la personalidad, que según tú se impuso a Lucía, era la de *María Enganxa*?

—¿Te acuerdas de la melodía que tarareaba Lucía en nuestra visita?

Daniel asintió.

—Pues pertenece a una canción popular que habla de la historia de *María Enganxa*.

—¿Y me estás diciendo que Lucía ha sido dominada por su espíritu?

—¡Daniel, te repites más que el ajo!

—Perdona que insista tanto, pero me estás hablando de que una persona ha sido poseída por el personaje de una leyenda que se creó para asustar a los niños o por… por una persona que lleva muerta más de dos siglos, si es que realmente existió.

—Me da igual si es *María Enganxa* o María Cañellas, Daniel. Ambas son la misma persona. Pero creo… creo que es ella quién se ha apoderado de la energía de Lucía. Necesita una mente débil y manejable para acceder a esta realidad, y Lucía es el huésped perfecto para ello.

—Y… ¿Por qué iba a poseer el cuerpo de Lucía?

—Pues porque sus historias son muy similares. Ambas fueron violadas y ultrajadas. Quizá esté buscando una forma de vengarse de los que le hicieron daño a Lucía, al igual que se vengó de los que le hicieron daño a ella. Llámalo empatía espiritual si quieres.

—¿Me estás diciendo que Roberto y Rubén fueron ejecutados por lo que le pasó a Lucía?

—Sí, eso es lo que creo.

—¡Bueno! Vamos a hacer una cosa. Yo te hago una serie de preguntas, a las que no encuentro explicación, y tú me contestas.

—De acuerdo.

—¿Cómo ha salido Lucía del CASEM para cometer esos crímenes?

—Lucía no ha salido de su celda. Lo habrás podido comprobar en las grabaciones.

Daniel recordó la extraña sombra que se abalanzó sobre Lucía en su habitación.

—Las mujeres del agua son seres incorpóreos, volátiles —prosiguió Ana —. Pueden aparecer y desaparecer en un instante. Sin embargo, si quieren acceder a este plano de la realidad e interferir en él, deben tomar un huésped. Necesitan a alguien que les ceda su energía corporal. Una vez lo han conseguido pueden materializarse en el momento que deseen. En el caso de *María Enganxa*, fue condenada a vivir sumergida en el agua. Recuerda su sentencia: "*Que el agua sea su prisión y la oscuridad su condena*". Piensa, Daniel. ¿Qué te dice eso?

—Los dos crímenes… se cometieron en días de lluvia.

—¡Exacto! La misma agua que es su prisión, también es su libertad. María Enganxa se aparece en pozos, cavernas húmedas, cisternas. La han visto en muchas partes de la isla. En Felanitx se aparece en la "*Font d'en Ravenís*", también la han visto a orillas del embalse del "Gorg Blau", En Lloseta en el "*Pou de les ánimes*". El agua es su medio de transporte. Se mueve a través de cualquier medio acuoso: las aguas subterráneas, los lagos… la lluvia.

Ana sacó un documento de la carpeta que tenía sobre la mesa.

—Este es el parte meteorológico correspondiente al día en que murió Roberto Serra —prosiguió Ana—. Como podrás comprobar, la tormenta se inició en la zona montañosa alrededor del valle de Almallutx, donde se encuentra el centro psiquiátrico. El viento, que soplaba en dirección nordeste, desplazó la lluvia hasta la zona septentrional de la Sierra de Tramuntana.

—Justo donde Roberto tuvo el accidente.

—Y estoy completamente segura de que, si obtenemos el parte meteorológico de ayer, podremos comprobar que la lluvia provino de la misma zona del valle de Almallutx donde está situado el CASEM y llegó hasta Palma.

—Vale, de acuerdo. Supongamos que tienes razón y ese… ente se desplaza a través del agua. También vamos a tener en cuenta que la venganza sea el motivo de ambos crímenes. ¿Podemos esperar alguna víctima más?

—Seguro que sí.

—¿En qué te basas?

—Lucía… o, más bien María, me dijo: "*otros caerán*", refiriéndose a más de una persona.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser el siguiente?

—No, lo siento. Todavía tengo varios datos que no puedo relacionar con este caso. Por eso necesito ver el lugar donde comenzó todo. Quizá pueda detectar algo más y así atar cabos sueltos.

—Mañana a medio día tendremos la orden del juez para poder registrar el sótano donde todo ocurrió. No creo que tuviéramos ningún impedimento por parte de la dirección del hotel para echar un vistazo, pero si encontráramos algo relacionado con el caso sin tener ese permiso, podría ser invalidado. Así que tendremos que esperar.

Ana recogió los documentos de la mesa y los volvió a guardar en la carpeta.

—Entenderás que no podemos presentarnos con esto a mis superiores —aclaró Daniel.

—Lo sé. A mí no me preocupa buscar al responsable de las muertes actuales. Ya sé de quién se trata, aunque a ti te cueste aceptarlo. Lo que quiero saber es quiénes fueron los culpables de lo que le pasó a Lucía, y al parecer se nos están adelantando a la hora de hacer justicia. No podremos condenar a la culpable de todos estos crímenes, pero sí podemos intentar evitar que siga matando.

—Espero que tengas razón, Ana. Solo… una cosa más que no entiendo.

—¡Dime!

—¿Por qué ha esperado diez años para vengarse?

Ana sacó un recorte de periódico de la carpeta.

—Quizá esto tenga algo que ver.

17 La conexión.

Artículo recogido en el diario de Mallorca, el lunes 28 de agosto de 2017.

El Consell insular y EMAYA iniciarán la ampliación de la red de tuberías en los embalses de Cúber y Gorg Blau en Septiembre.

El mes que viene comenzará la primera fase de las obras dedicadas a la actualización de la red de tuberías para la distribución de aguas recogidas en los embalses de Cúber y el Gorg Blau. Según el último informe realizado por la dirección general de recursos hídricos, Baleares pierde un 26% del agua recogida en sus embalses, debido principalmente a averías causadas por deficiencias en la red global.

El Consell insular y Emaya disponen de un presupuesto de 160 millones de Euros para renovar y ampliar todo el sistema de canalización, que en algunos tramos tiene más de cuarenta años de antigüedad. La operación se realizará en tres fases: la primera, que comenzará en Septiembre, estará dedicada a conectar ambos embalses con las localidades ubicadas en la base meridional de la Tramuntana. Para ello, se creará una nueva canalización, enlazando la red de corrientes subterráneas naturales localizadas bajo el "*Puig de Massanella*". Esta primera fase se prevé que tenga una duración de seis meses.

En la segunda fase se renovarán los 11.000 metros de canalizaciones que llegan hasta la **E**stación de **T**ratamiento de **A**gua **P**otable de Lloseta y, en la tercera y última fase, se procederá a renovar las tuberías que conectan con los depósitos de Son Anglada en Palma.

Con estas obras se pretende aprovechar al máximo el agua acumulada en los embalses del valle de Almallutx, previniendo de manera más eficaz la falta de suministro en los periodos de mayor demanda.

*****

Finales de septiembre de 2.017, cuatro meses antes.

El interior de la gruta estaba iluminado por numerosos focos, sujetos a las fisuras de las rocas que el agua de la lluvia había provocado al filtrarse entre sus recovecos durante milenios. Las formas irregulares de las estalactitas

creaban grotescas y confusas figuras, imitando la silueta de ignotos animales mitológicos. Hacía una semana que la conexión entre el embalse de "*Cúber*" y el "*Clot d'Almadrà*", a través de canales naturales subterráneos, había concluido con éxito. Solo quedaba pendiente conectar las bombas de succión que extraerían el agua del acuífero cuando el nivel freático estuviera por debajo de lo preciso.

—¿Te queda mucho para terminar la jodida conexión? —preguntó Andrés, ansioso de concluir la jornada y salir de aquella hosca cavidad.

—Ya casi está —contestó Toni—. En menos de media hora estaremos en el bar de José tomándonos unas "birritas". Tráete el medidor para comprobar la resistencia.

Andrés se acercó hasta la caja de herramientas y rebuscó en su interior. El ruido metálico de las herramientas, al chocar entre sí, quebrantó el silencio que reinaba en aquel lugar, rebotando entre las paredes de la cueva y repitiéndose en un eco infinito.

—¡Oye, tío! ¿Has visto tú el medidor? Yo no lo veo aquí dentro.

Andrés esperó la respuesta de su compañero, pero no recibió contestación alguna.

—¿Me estás escuchando? —insistió Andrés, dándose la vuelta y comprobando que Toni ya no estaba junto al cuadro eléctrico.

—¿Toni? —preguntó inseguro.

—¡Joder, tío! ¡Déjate de tonterías! —le recriminó, dirigiéndose de nuevo hasta el cuadro de control.

—¡Venga, tío! ¡Esto no tiene ninguna gracia!

Andrés afinó el oído, intentando percibir algún sonido que delatara dónde se ocultaba su compañero, pero lo único que distinguió fue el continuo goteo, provocado por la condensación del agua en las rocas del techo, al caer sobre la superficie en calma del acuífero. Extendiendo los brazos, como si fuera un equilibrista sobre una fina cuerda, bajó la reducida pero resbaladiza pendiente que conducía hasta el borde del acuífero. Sin mover los pies, para mantenerse estable, giró el cuello intentando captar todo el espacio a su alrededor.

—¡Toni! —gritó de nuevo, sin obtener respuesta.

Los focos titilaron durante varios segundos. Seguidamente la intensidad de la luz decreció ostensiblemente, dejando la cueva sumergida entre penumbras. Entonces Andrés advirtió que algo había cambiado. El silencio era absoluto, a la vez que aterrador. Un repentino soplo, proveniente del otro lado del acuífero, le azotó el rostro. El hedor que arrastraba aquella corriente de aire era insoportable. Andrés se llevó la mano delante de la boca, intentando resistir las arcadas para no vomitar.

Un susurro, que parecía provenir de todos lados, y a la vez de ningún sitio, le llamó la atención. Andrés tuvo la sensación de que se hubiera originado en su mente, rebotando continuamente en el interior de su cráneo sin encontrar salida. El mensaje que transmitía era casi imperceptible.

—¿Qué… coño…

Andrés fijó la vista en la superficie del agua, intentando distinguir la extraña sombra que parecía emerger de las profundidades. Poco a poco, aquella amorfa silueta fue cobrando forma. Un gélido escalofrío le recorrió la espina dorsal al distinguir el contorno de una mujer. Una larga y oscura melena, que se mecía empujada por una corriente invisible, le cubría el rostro por completo. Su cuerpo inerte se acercaba, de manera lenta e inexorable, hacia la superficie. Andrés deseaba desviar la vista de aquella insólita imagen, pero algo se lo impedía. Sus cabellos se apartaron ondulantes, dejando a la vista el semblante de una mujer joven. Andrés permaneció inmóvil, como hipnotizado por la belleza de aquel rostro.

Entonces los ojos de la joven se abrieron, mostrando un vacio infinito. Su piel comenzó a quebrarse, llenándose de úlceras y cicatrices, a la vez que una diabólica sonrisa parecía atravesar su faz partiéndola por la mitad. Andrés flaqueó y sus rodillas se doblegaron, provocando que su cuerpo se inclinase hacia las álgidas aguas.

—¡Andrés, por Dios! —gritó Toni, arrancando a su compañero de aquel letargo, mientras le sujetaba por los hombros.

—¿Qué…? —acertó a pronunciar a duras penas Andrés.

—¿Qué te pasa, tío?

—La… mujer del agua.

—¿De qué hablas? ¿Qué mujer? —dijo Toni mirando el acuífero —. Aquí no hay nadie.

—¿Qué ha pasado?

—Dímelo tú. Estabas como sonámbulo. Te llamaba pero no me respondías. Casi te caes al agua. ¿Te has vuelto loco o qué?

—No lo sé —admitió Andrés, buscando en el agua algún rastro de aquella mujer, sin obtener ningún resultado—. A lo mejor sí.

—Oye, pues lo tengo fácil. Ahora mismo salimos de la cueva, subimos la montaña y te ingreso en el puto manicomio.

—¿Cómo? —dijo Andrés sin entender.

—Joder, tío. Justo encima de esta puta cueva está el manicomio donde encierran a los locos más peligrosos. Seguro que vas a estar mejor que en casa. Lo mismo hasta ligas y todo.

—Deja… deja. Mejor nos vamos a tomar esas birritas que tenemos pendientes.

Toni rodeó a Andrés por el hombro.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, tío. Ha sido solo que me ha dado un amarillo. Pero ya estoy bien.

—¡Vale! Pues partiendo, que es geranio —rió Toni.

—¿Geranio? ¡Serás gilipollas!

—¡Venga, vamos a recoger! —sugirió Toni—. Nosotros ya hemos acabado nuestro trabajo aquí. ¿Te das cuenta? Somos como Dioses que crean ríos subterráneos. ¡Ahora, que corra el agua bajo la montaña! —gritó extendiendo los brazos e imitando a Charlton Heston en Moisés.

Tras recoger las herramientas, los dos amigos se dirigieron hacia la salida. Mientras tanto, la dama del agua les observaba desde la profundidad del lago; carente de vida, pero ávida de venganza.

18 Una prueba más.

El Doctor Vicente Estarellas tenía su consulta privada en el centro de Manacor, donde había ejercido su profesión a tiempo completo hasta que consiguió una plaza en el CASEM cinco años atrás. Desde el primer momento en que entró a trabajar en el centro psiquiátrico, solicitó el reconocimiento de compatibilidad para poder seguir actuando como médico de cabecera en su ciudad natal, fuera de su horario laboral, aunque aquello significara la exclusión en su nómina del complemento salarial por dedicación exclusiva. A pesar de que trabajar a la vez en el ámbito público y privado le suponía estar ocupado más horas, Vicente lo prefería así por dos buenas razones. Por un lado estaba la cuestión económica; el ingreso obtenido, por las compañías de salud privadas de sus pacientes, superaba con creces el complemento salarial de exclusividad que le podía proporcionar el CASEM. Por otro lado, y mucho más importante a su parecer, estaba la gente.

La mayoría de sus pacientes eran conocidos de toda la vida que detestaban ir al centro de salud público de "*Sa Torre*". En realidad, no solo acudían a Vicente con sus problemas de salud, sino que también le confiaban sus conflictos personales. Vicente era considerado por sus pacientes como un confidente a quién poder contar sus preocupaciones y pedir consejo, y él disfrutaba atendiéndolos, más que nada porque así sentía que formaba parte de sus vidas.

—¿Y dices que cada vez que terminas de hacerle el amor a tu mujer te falta el aire? —preguntó Vicente, mostrando una ligera sonrisa.

—Sí, y me preocupa porque yo siempre la he cubierto como Dios manda —aseveró Tomeu—. Pero últimamente me cuesta más. Tengo miedo de no poder cumplir y que "*me se marche"* con otro.

—No lo creo, Tomeu. Cati está mucho por ti.

—Ya…pero. ¿Usted que cree que me pasa?

—No sé, Tomeu. Quizá tus 79 años de edad tengan algo que ver.

—Pero yo estoy hecho un toro, Vicens. Todavía me ocupo de la huerta sin "*poblemas*". Tengo los brazos y las piernas de un "*fungolista*".

—Ya, pero en el acto sexual entran más componentes que los brazos y las piernas.

—¿Y tú… no me podrías recetar una de esas pastillas azules que levantan el ánimo?

—Tomeu, estás tomando un medicamento que mezclado con la *viagra* podría reducir tu tensión arterial considerablemente. No es recomendable en tu caso.

—¿"*Estonces*" que hago?

Vicente cogió una hoja de su bloc y anotó algo en ella.

—¡Mira! Vas a ir a ver a esta persona de mi parte y te realizará una prueba de esfuerzo. Él ya se ocupará de enviarme los resultados. Una vez que los haya revisado me pondré en contacto contigo y ya veremos lo que hacemos. Mientras tanto tómaroslo con más calma. ¿Vale? La relación sexual es importante en la pareja, pero más importante es la salud.

Tomeu se guardó la nota, sin mirarla, en el bolsillo de la camisa. Después se levantó de la silla y, apoyándose en el bastón, se puso la boina y se dirigió hacia la salida farfullando palabras sin sentido. Vicente le siguió y le abrió la puerta.

—¡Oye! No vemos esta tarde para la partida de Mus— le recordó Vicente.

Tomeu le miró de soslayo y, sin decir palabra, salió de la consulta prosiguiendo con su incoherente monserga. Vicente echó un vistazo a la sala de espera y comprobó que solo quedaba un chico joven al que no había visto en su vida.

—¡Bueno! Parece que ya me toca a mí —dijo Daniel.

—¿Es usted…?

—Inspector Daniel Mascaró —le recordó—. Hablamos por teléfono y quedamos que podría recibirme hoy.

—Sí, claro. Es que no recordaba su nombre. Pase, por favor. Dentro estaremos más cómodos.

—Veo que aparte de trabajar en el CASEM, también ejerce como médico privado —observó Daniel mientras se sentaba delante de la mesa, frente al Doctor.

—Sí. Son muchos años en los que he atendido a gente que considero como amigos antes que pacientes. Así que, cuando entré a trabajar en el centro psiquiátrico, pedí autorización para seguir ejerciendo como médico en mi tiempo libre. Sentía como si les traicionara si les dejaba sin mis servicios.

—Pero hay más médicos en Manacor y también tienen un centro de salud público.

—No conoce usted a la gente mayor. Son muy conservadores. La mayoría de ellos no se fían de los doctores que hay en el PAC. Dicen que, o son demasiado jóvenes, o que vienen de fuera y nos les entienden. Estoy seguro de que si no tuviera esta consulta, los tendría cada día tocando el timbre de casa.

—Eso es que confían mucho en usted —observó Daniel, sonriendo.

—Disculpe que le pregunte —dijo el Doctor, cambiando de tema—. Es que… hace un par de meses interrogaron a todos los trabajadores del CASEM. Ya me preguntaron por mi trabajo, mi consulta, familiares… pero lo que no nos dijeron era el porqué de aquel interrogatorio. ¿Es que ha ocurrido algo? Yo…

—No, nada de importancia. Mi visita es simplemente rutinaria. He venido para que me aclare un par de cosas, porque creo que es usted la persona más indicada para ello. Solo quiero hacerle unas preguntas sobre Lucía Mendoza.

—¿Lucía? Es la paciente que se autolesionó… ¡Ah, claro! Usted debe ser

el policía que la visitó el otro día.

—Bueno, en realidad fue una compañera quién estuvo con ella.

—¿Vuelven ustedes a investigar lo que le pasó hace diez años?

—Lo siento, pero… no puedo informarle al respecto.

Daniel pudo comprobar, ante la ignorancia del Doctor por la auténtica razón de su visita, que el verdadero motivo de su interés por Lucía no había trascendido a otras personas, aparte de las autorizadas. La investigación seguía a buen resguardo dentro del CASEM, lo que le hacía sospechar que si algo se había filtrado a la prensa, debía haber salido desde el propio departamento de policía.

—Y… ¿En qué puedo ayudarle, inspector?

—Por lo que sé, fue usted quien le realizó los primeros auxilios a Lucía después de que se lesionara.

—Así es —afirmó el doctor—. Se trataba de una herida por punción severa. Tenía insertada una astilla de madera con la que se había traspasado la mano izquierda. Gracias a Dios, no se lesionaron tejidos subyacentes como vasos sanguíneos, ligamentos o tendones. La herida fue limpia. No obstante, le suministré la vacuna antitetánica por seguridad y después le inyecté anestesia local para extraer la astilla.

—Parece que la herida fue algo delicada ¿No?

—La verdad es que, teniendo en cuenta la gravedad que supone este tipo de lesiones, pudimos controlarla sin mayores problemas. Tuvimos que limpiar adecuadamente la herida para eliminar cualquier riesgo de infección por gérmenes o suciedad. Fue necesario dar varios puntos de sutura para cerrar la piel y evitar la proliferación de bacterias. Decidí colocarle un armazón de aluminio antes del vendaje externo, para mantener la mano inmovilizada y evitar, de esta manera, la reapertura de la herida. Ahora solo cabe esperar a que el proceso de curación interno de su propio organismo forme el tejido nuevo. Mientras tanto le realizaremos las curas necesarias y los cambios de vendajes oportunos.

—¿Ha podido constatar si el vendaje que usted le hizo ha sido manipulado en algún momento?

—¿Manipulado? —se entrañó el doctor—. Lucía se encuentra en un estado de inconsciencia profunda. Yo creo que ni se ha dado cuenta de que lleva un vendaje. De todas formas, desde que se lesionó se lo he cambiado dos veces y no he observado nada extraño. Le puedo asegurar que Lucía ni siquiera lo ha manoseado.

—No me refería a ella.

—¿Quiere decir que… alguien le hubiera quitado el vendaje? —precisó Vicente, entornando los ojos ante la indicación de Daniel—. Imposible. Ya le he dicho que estaba sin manipular. Además… ¿Por qué iba a querer abrirle el vendaje alguien? Es absurdo. ¿Es que están cuestionando mi procedimiento para la curación?

—No se trata de eso doctor. Le aseguro que esta entrevista no es para

poner en duda su profesionalidad.

—Entonces ¿A qué viene este tipo de preguntas?

—Ya le he dicho que no puedo contarle nada —insistió Daniel—. Solo le haré una pregunta más y después le dejo tranquilo. ¿Ha notado usted alguna conducta extraña en Lucía?

—¿Conducta extraña? Para tener algún tipo de conducta, primero tendría que tener algún atisbo de voluntad. Cada vez que miro a esa mujer, me da la sensación de que solo es una carcasa hueca, que no existe ningún rastro de alma en su interior. Aparte de los inesperados accesos de ira, de los que tampoco creo que sea consciente, creo que Lucía dejó de estar presente en ese cuerpo hace mucho tiempo. La verdad es que su caso es algo insólito.

—¿Por qué lo dice?

—La mayoría de trastornos psicológicos, como la esquizofrenia o la psicosis delirante, suelen mejorar a través de la medicación y la psicoterapia. Algunos tardan más que otros, pero tarde o temprano salen de ese infierno. Lo raro es que Lucía no ha presentado ni siquiera la más mínima mejora en los diez años que lleva internada. Es más, da la sensación de que incluso su situación hubiera empeorado. Pero bueno, no me haga mucho caso, es solo mi opinión. Esa no es mi especialidad. Creo que el doctor Bauzá le servirá de más ayuda.

—Gracias por todo, Doctor —dijo Daniel, levantándose de la silla y ofreciéndole la mano—. Si recuerda algún detalle más de importancia, háganoslo saber.

—Bueno, ahora que lo dice, hay algo que me llamó bastante la atención.

—¿De qué se trata?

—Cuando le realicé la primera cura, repetía la misma frase una y otra vez. Tenía la mirada fija, pero sin mirar a ningún sitio en concreto. No paraba de decir "*El agua es mi prisión y la oscuridad mi condena*".

19 El comienzo de todo.

El hotel Resort DK Cala Mondragó estaba situado al sureste de la isla de Mallorca, dentro del parque natural que llevaba su propio nombre, en el término municipal de Santany. Su privilegiada ubicación, en primera línea de playa, y la quinta estrella conseguida dos años antes, lo convertían en uno de los hoteles más solicitados por los turistas de la isla.

Daniel y Ana encontraron aparcamiento frente al hotel. Aún siendo temporada baja y en pleno mes de enero, la ocupación estaba casi al sesenta por ciento, lo que se reflejaba por la cantidad de vehículos estacionados en los alrededores del complejo.

—¡Parece que va a caer una buena! —dijo Daniel, bajando del vehículo policial.

Ana cerró la puerta del acompañante y miró hacia el cielo, que estaba totalmente cubierto por un amenazador manto de nubes grises que parecía no tener fin. El olor a tierra húmeda y el creciente viento de levante anunciaban la inminente llegada de una gran tormenta.

—Es un poco tarde —observó Ana, mirando su reloj— ¿Crees que el gerente nos recibirá?

—Llamé antes de salir y me dijeron que no habría ningún problema, aparte de que al tener una autorización judicial es obligatorio que se encuentre presente por ser el máximo responsable, además de la persona que descubrió la escena del crimen.

Ambos se encaminaron hacia el hotel. Una enorme fuente rectangular, repleta de peces de color rojo, presidía la entrada. La fachada principal del edificio tenía dos pisos de altura. La planta baja albergaba el hall y la recepción del hotel, mientras que el piso superior estaba dedicado exclusivamente a las oficinas de gestión. Las habitaciones donde se hospedaban los clientes estaban situadas en la zona opuesta, orientadas hacia una extensa playa de arena blanca, a la que se accedía directamente desde el hotel bajando por una escalera esculpida en la propia roca. Dos agentes de la policía nacional esperaban a Daniel y Ana ante la puerta de entrada.

—Buenas tardes. Soy el inspector Mascaró —se presentó Daniel, mostrando su identificación.

—Estamos a sus órdenes, inspector —dijo el más alto de ellos, a la vez que le saludaba tal como indicaba el protocolo.

—Ella es la doctora Ana Amengual —anunció Daniel—. Nos acompañara en este registro.

Ambos saludaron a la doctora y después se apartaron cediéndoles el paso. Nada más traspasar la puerta giratoria, accedieron al enorme hall, en el que varios sofás y mesas de centro formaban una agradable zona de relax donde

poder tomar algún que otro aperitivo. Un extenso mostrador, situado a la derecha de la sala, albergaba la recepción del hotel. Ana y Daniel, acompañados de los dos agentes, se acercaron hasta él. Daniel saludó a una chica joven de rasgos orientales, que les recibió con una gran sonrisa

—¡Buenas tardes! Soy el inspector Daniel. Teníamos una cita con el señor Javier Beltrán.

—Sí, le aviso ahora mismo —dijo la chica.

Después de esperar un par de minutos, un hombre de mediana edad, de complexión gruesa y bien trajeado, se acercó a Daniel extendiéndole la mano.

—¿Es usted el inspector Mascaró? —preguntó.

—Así es —admitió Daniel— ¿Supongo que es usted el señor Javier Beltrán Ribas, gerente del hotel?

—¡Exactamente! Soy el encargado de que todo esto funcione —dijo Javier esbozando una ligera sonrisa.

—Como le indiqué por teléfono, hemos venido para volver a inspeccionar la sala donde Lucía Mendoza fue agredida hace diez años.

Daniel extrajo la autorización del juez y se la entregó a Javier, que se puso unas pequeñas gafas para poder leerla.

—Creí que este caso ya estaba cerrado —dijo Javier mientras leía la orden del juez.

—La investigación se ha reabierto a raíz de nuevos indicios que se han hallado recientemente y que guardan relación con el caso. La visita es simplemente rutinaria, pero también necesaria. Esta vez nos acompañará la doctora Ana Amengual durante el reconocimiento.

—Ya… encantado — dijo Javier, devolviéndole la orden a Daniel mientras saludaba a Ana— Bueno. Pues… si quieren acompañarme, les mostraré el lugar donde todo ocurrió.

Javier alzó la mano, indicándole a un chico que estaba junto al mostrador de recepción que les acompañase. El joven cogió un manojo de llaves y pasó delante de ellos. Varios clientes, que se encontraban en el hall, no les quitaban la vista de encima, alertados seguramente por los dos agentes uniformados que les escoltaban.

—¿Cuál es la razón de que se haya reabierto el caso después de tanto tiempo? —preguntó Javier— ¿Es que Lucía ha hablado?

Daniel se detuvo y miró fijamente al gerente.

—Bueno… —titubeó Javier—. Es que me dijeron que habían ingresado a Lucía en un centro psiquiátrico y que no podía ni siquiera hablar.

—¿Fue usted quién descubrió a Lucía después de ser agredida, verdad? —preguntó Daniel.

—Sí. Ya lo dije en su momento. Verá, yo estaba justamente aquí, delante de la puerta del ascensor. Ya me disponía a cogerlo, cuando oí un grito proveniente del respiradero de la lavandería—explicó mostrando una rejilla colocada en la parte alta de la pared—. En un principio dudé porque, como sabrán, todo ocurrió en noche vieja. El hotel estaba repleto de gente gritando y

festejando el año nuevo, pero aún así decidí echar un vistazo. Entonces recorrí este pasillo, que lleva hasta las escaleras que dan a la planta inferior donde está situada la lavandería.

Javier iba reproduciendo todo lo que había hecho aquella misma noche, a la vez que explicaba cada detalle con perfecta precisión. A Ana le extrañó bastante que se acordara tan bien de algo que había sucedido hacía diez años con tanta exactitud; más bien le dio la sensación de que lo tuviera todo bien estudiado y preparado.

—En un principio creí que podría tratarse de niños que estuvieran jugando. Como verán la zona es de acceso restringido —apuntó Javier, a la vez que señalaba un cartel colocado junto a las escaleras el cual rezaba "Solo personal autorizado".

Seguidamente bajó las escaleras, que conducían hasta un alargado pasillo iluminado pobremente por tres fluorescentes colocados en el techo. Al final del pasillo se podía observar una única puerta de contrachapado que se encontraba cerrada.

—Cuando llegué aquí, escuché como si alguien se estuviera lamentando. La verdad es que me asusté un poco. La… la puerta estaba medio abierta. Así que me dirigí hacia ella.

El chico que les acompañaba rebuscó entre al manojo de llaves e introdujo una de ellas en la cerradura. Después de abrir la puerta, alargó la mano hacia el interior para pulsar el interruptor de la luz y se apartó hacia un lado cediendo el paso.

Los fluorescentes parpadearon varias veces antes de permanecer fijos, como si dudaran de mostrar una habitación cuyo estado natural era el de permanecer a oscuras. La estancia era perfectamente cuadrada, de unos diez metros de largo y ancho, y no disponía de ninguna ventana. El suelo era de cemento, sin embaldosar. Dos grandes rejillas de aireación estaban colocadas en la pared del fondo, encima de seis robustas lavadoras de alta capacidad. Uno de aquellos respiraderos debía conducir, sin duda alguna, hasta la rejilla de salida donde Javier creyó escuchar el desgarrador grito de Lucía.

—La habitación no ha cambiado mucho —explicó Javier—. Se han reparado algunas grietas en la pared y, eso sí, la maquinaria es completamente nueva. Necesitábamos lavadoras de mayor capacidad. Cada una de estas puede contener hasta noventa kilos de carga.

—¿En qué lugar encontró a Lucía? —preguntó Daniel.

—Allí… —indicó Javier, alargando el brazo sobre el hombro del inspector —. Justo… justo donde está la doctora.

Ana estaba agachada junto a la pared lateral izquierda de la sala, apoyando una mano sobre el suelo. Los dos policías uniformados se miraron uno al otro. Habían oído hablar de las facultades de la "*Doctora strange*", y ahora iban a comprobar si todo lo que les habían contado era verdad o pura palabrería.

—Cuando entré, Lucía estaba tirada en el suelo —prosiguió Javier—. Estaba medio desnuda, la ropa desgarrada. Sobre ella estaba ese chico… no

recuerdo su nombre. Pero tenía… tenía la cabeza llena de sangre. Cuando me acerqué, pude ver que Lucía sujetaba un tubo de hierro en la mano. El extremo estaba manchado de rojo. Supuse que era la sangre del chico y que Lucía le había golpeado. Ella…ella tenía la mirada perdida. Intenté que reaccionara, pero no me respondía. Decidí no tocar nada y llamé al 091.

Ana se incorporó y, sin pronunciar una sola palabra, recorrió la habitación con paso lento.

—¿Qué… qué está buscando? —preguntó Javier, extrañado por la conducta de Ana.

Lejos de responder al gerente, Daniel se acercó a Ana y se interpuso en su camino.

—¿Puedes ver algo? —le susurró, mirando de reojo a los demás—. Esta situación es algo embarazosa.

Ana esquivó a Daniel y se acercó al gerente.

—¿Está seguro de que escuchó un grito?

—Bueno, eso me pareció. Por eso bajé hasta aquí.

—Y cuando llegó, ¿no encontró a nadie más?

—Ya le he dicho que solo estaban Lucía y ese chico. ¿A qué viene todo esto?

—Discúlpeme un momento —dijo Daniel cogiendo a Ana del brazo y apartándola hacia un lado.

—Ana, no sigas por ahí —dijo en voz baja para que no le oyeran los demás —. El señor Beltrán ya hizo su declaración y lo que estás haciendo se llama acoso. Podría caernos un buen puro.

—Es que… no sé. Hay algo que no me cuadra.

—¿A qué te refieres?

—Daniel, la energía de Lucía en este sitio es muy débil, pero…

—¿Pero qué?

—Que no logro ver nada más. Es como si esta habitación estuviera limpia.

—Bueno, lo que ocurrió aquí fue hace diez años. Quizá el tiempo transcurrido tenga algo que ver.

—¡Disculpen! —dijo Javier—. Siento interrumpir la charla, pero…

—No se preocupe, ya nos vamos —le interrumpió Daniel.

Tras abandonar la lavandería, volvieron hasta la zona de recepción. La noche ya había hecho acto de presencia y la lluvia golpeaba con fuerza los oscuros ventanales que rodeaban el amplio hall. De vez en cuando, a lo lejos, los relámpagos iluminaban las nubes con un tono púrpura y se extendían, como una mano diabólica, hasta tocar la superficie del mar con sus enjutos dedos.

—Si quieren ustedes, están invitados a cenar. Jordi les acompañará hasta la Sala Elegance.

—Gracias, pero todavía nos queda un largo camino hasta llegar a Palma —se excusó Daniel.

Ana estaba decepcionada. Había albergado la esperanza de poder

visualizar algo en aquella habitación. A lo mejor Daniel tenía razón. Había pasado demasiado tiempo. Dicen que el tiempo cura las heridas, quizá también se hubiera encargado de cerrar ésta.

De pronto algo llamó la atención de Ana. Allí estaba, sobre la mesa. La misma mujer del cuadro que había visto en su sueño. Ana cogió el periódico y leyó el artículo que acompañaba a la fotografía.

«***Gran éxito en la exposición de retratos del pintor mallorquín Miquel Vich.***

Hoy es el último día que la galería de arte Bel-decó expone la obra del autor mallorquín Miquel Vich, dedicada a sus retratos. Más de cuarenta lienzos han sido mostrados durante dos semanas con un tremendo éxito de asistencia. A partir de mañana los cuadros serán trasladados hasta Barcelona, donde serán exhibidos durante un mes en la galería Cosmo para el... »

—¿Ana? ¿Estás bien? —preguntó Daniel, al ver su cara de asombro.

—Eh… sí, perdona. Tenemos que irnos.

Después de despedirse de Javier Beltrán y de los dos agentes, Ana y Daniel se dirigieron hacia la salida.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniel, intrigado ante la repentina prisa de su compañera por abandonar aquel lugar.

—¡La exposición! —dijo Ana, enseñando el periódico a Daniel, a la vez que observaba la intensa lluvia que caía con fuerza en el exterior—. Tengo el presentimiento de que algo malo está a punto de ocurrir.

20 Una nueva víctima.

La galería de arte *Bel-decó* estaba situada en pleno paseo marítimo, justo detrás del edificio de *La Lonja*. Antiguamente había sido una fábrica de construcción de barcos, hasta que fue destruida por los bombardeos durante la guerra civil. Una vez acabada la contienda, el edificio se reconstruyó por completo, permaneciendo como almacén de provisiones del ejército franquista. Fue en los años ochenta cuando la enorme estructura fue reformada por el Consell insular de Mallorca, que decidió crear la galería de arte que actualmente albergaba el edificio.

Óscar llevaba seis años trabajando como guardia jurado en la galería. Pasearse durante la noche entre cuadros y esculturas no era algo que le agradara demasiado, pero no se podía quejar; la verdad es que estaba muy bien pagado. Su turno empezaba a las ocho de la noche, cuando cerraban las visitas, y acababa a las tres y media de la mañana, cuando su compañero venía a relevarle. Su trabajo en la galería le dejaba mucho tiempo libre durante el día, pues le bastaba con dormir cinco horas después de acabar su jornada. Sí, ciertamente se podía afirmar que su trabajo era un chollo. Y todo gracias a las recomendaciones de su tío. «*No hay nada como tener enchufe en este país para conseguir un buen curro*», pensaba Óscar.

Lo peor que llevaba era la rutina. Cada noche debía realizar las mismas comprobaciones. Revisar la sala de exposición, el patio interior, los cuartos de contadores, los baños y el perímetro exterior, todo ello al menos tres veces. El resto del tiempo debía pasarlo observando los monitores de vigilancia. Todo se llevaba mejor cuando la ronda se compartía con otro compañero. Pero eso solo ocurría cuando las obras expuestas tenían una mayor relevancia. Hoy hubiera preferido que fuese una de esas noches.

Óscar llevaba más de veinticuatro horas sin dormir. Desde que se enteró de la muerte de Rubén, no se había podido quitar de la cabeza la idea de que algo raro estaba pasando. Primero fue la muerte de Roberto, ocurrida tres meses antes en un accidente de moto. La policía lo clasificó como un accidente de tráfico más, algo que se podría considerar dentro de lo normal teniendo en cuenta la cantidad de siniestros que se producían en las carreteras de la isla. Además, si alguien tenía todas las papeletas para que le tocara el premio, ese era Roberto, pues era bien conocida su poca temeridad a la hora de circular con la moto a altas velocidades. Pero… morir decapitado. No, eso no se lo merecía nadie.

Pero mucho menos se merecía nadie morir como lo había hecho Rubén; troceado como si fuera un pollo. ¿Qué puta loco era capaz de cometer aquella atrocidad? Según el artículo publicado en el periódico, Rubén había sido

asesinado en su gimnasio mientras se estaba duchando. La policía todavía estaba investigando las pruebas encontradas en el lugar de los hechos y, hasta el momento, todavía se desconocía el móvil de tan macabro crimen. Pero Óscar sí que lo conocía. El sabía perfectamente por qué habían matado a Rubén… y también a Roberto, porque lo de Roberto no había sido un accidente; de eso estaba seguro. Dos muertes en tan poco tiempo, y en tales circunstancias, era demasiada casualidad.

Óscar activó su móvil y marcó un número. Mientras esperaba a que su interlocutor cogiera la llamada, se plantó delante de un gran ventanal que estaba orientado hacia el paseo marítimo. La lluvia golpeaba con fuerza en la cristalera, mientras decenas de vehículos, que solo se distinguían por la potente luz de sus faros, circulaban en ambos sentidos de la avenida situada frente al edificio. Un poco más lejos, los barcos amarrados en el puerto se balanceaban a merced del viento, redoblando las campanas de sus mástiles con un tañido que era devorado por el poderoso rugido de los truenos.

—¿Si? —contestó alguien al otro lado.

—Llevo llamándote todo el día. ¡Joder! ¿No te has enterado de lo de Rubén?

—¿Óscar? ¿Me estás llamando desde tu móvil?

—Sí… es que…

—¿Estás loco o qué? ¿Cómo se te ocurre llamarme desde tu móvil?

—Lo… lo siento, pero es que estoy muy nervioso. Esto no es normal…

—¡Quieres ponerte tranquilo!

—¿Tranquilo? Y una mierda. ¿No sabes lo de Rubén? Primero Roberto, y ahora él. ¿Qué coño está pasando?

—¿Tú qué crees? Pues que Roberto tuvo un accidente de moto y Rubén… ya sabes que siempre andaba trapicheando con pastillas y esa mierda de los esteroides. Seguro que estaría metido en algún lío y alguien le ha ajustado las cuentas.

—Lo… lo dices para auto convencerte, pero sabes que esa no es la verdad.

Un incómodo silencio se impuso entre ambos.

—Es ella, ¿verdad? —prosiguió Óscar.

—¿Cómo coño va a ser ella? Esa loca sigue encerrada.

—Entonces, ¿por qué la policía está visitándola en la loquería?

—Estoy intentando averiguar el motivo. Pero te puedo asegurar que esa puta loca no ha salido del psiquiátrico.

—Pues alguien se está vengando por lo que hicimos.

—No seas paranoico. Esa tía no tiene a nadie. Está sola.

—Esto no me gusta nada.

—Mira. La policía ha estado aquí esta tarde. Están desorientados y no sospechan nada. Cree…bzzzz.

—¿Oye? ¿Oye?

Pero nadie le contesta al otro lado. Solamente el sonido de interferencias provocado por la tormenta, y un ligero murmullo de fondo que se alza entre

un caos de chasquidos y zumbidos, enviando un mensaje que hiela la sangre de Óscar.

—Ve… nza…VEN…ga… VENGANZA.

Como si se hubiera transformado en una brasa de carbón al rojo vivo, Óscar lanzó el móvil contra el suelo, destrozándolo por completo. Seguidamente lo pisoteó repetidamente mientras no dejaba de gritar, aterrorizado por el eco de aquella voz sepulcral que se repetía constantemente en su cabeza. Atrapado por el pánico, Óscar corrió hacia la salida. Justo delante de la Galería estaba el restaurante "*Profit*". Allí estaría a salvo, solo tenía que…

Entonces la vio. Estaba fuera, frente a la puerta de cristal de la entrada, quieta, con la vista fija en él. La lluvia parecía concentrarse en ella, como si fuera un inmenso agujero negro que lo absorbía todo. En su mano derecha sujetaba una alargada hoz, de cuya punta caía un hilo de agua… ¿o era sangre?

—¡Mierda!...mierda, mierda —gritó mientras comenzaba a correr en dirección contraria.

En su mente, Óscar repetía continuamente que no podía ser ella, pero lo que sus ojos le habían mostrado era real. Tenía que huir de allí. A él no le iba a pasar lo mismo que a Roberto y a Rubén. La salida lateral daba al patio interior, por allí podría escapar. Solo tenía que atravesarlo y abrir la barrera que comunicaba con la calle trasera. Óscar se plantó ante la puerta y escrutó el exterior. La lluvia caía con intensidad sobre el pavimento del patio interior, deslizándose hasta los desagües situados en el centro. En el otro extremo, la barrera de hierro forjado se agitaba violentamente.

Óscar extendió el brazo y pulsó el mando a distancia. La luz roja situada sobre la puerta se tornó de color verde y un sonoro zumbido confirmó que la cerradura se había desbloqueado. Sin perder más tiempo salió al exterior. No había dado más de dos zancadas cuando su corazón sufrió un vuelco. Al frenar en seco, resbaló sobre el pavimento mojado y cayó de espaldas. ¿Cómo era posible que aquella mujer volviera a estar frente a él? Solo tres metros y una espesa cortina de agua se interponía entre ambos. Óscar se arrastró hacia atrás intentando volver a entrar en el interior del edificio. Entonces aquel espectro alzó la mano en la que sostenía la hoz y comenzó a correr hacia él. El grito de Óscar retumbó en el interior de la galería, teniendo como únicos testigos los rostros impasibles de los personajes plasmados en los lienzos. Había logrado entrar de nuevo en el edificio, pero sin tiempo para poder cerrar la puerta. Instintivamente cruzó los brazos delante de su cara y, tumbado en el suelo, esperó su instante final. No sintió nada, ni el más ligero dolor, y eso era extraño. Lentamente fue bajando los brazos, sin entender que era lo que estaba pasando, porque… aquella mujer estaba frente a él. Él dentro, ella fuera. El marco de la puerta era lo único que los separaba. Pero, por algún extraño motivo, no se atrevía a entrar en el edificio.

Con la velocidad de una culebra, Óscar se arrastró de nuevo hacia atrás,

alejándose de aquel espectro que seguía esperándole bajo la lluvia.

—¿No… no puedes entrar? —tartamudeó Óscar.

El espectro gruñó, esgrimiendo una mueca que incluso deformó todavía más su rostro.

—¡El… el agua, eso es… solo puedes estar bajo el agua!

Óscar comenzó a reír a carcajadas, mientras se ponía en pie. Lo había logrado. Había podido escapar de ella. Solo tenía que mantenerse en el interior de la galería para estar a salvo. De repente, el sonido de una sirena policial se escuchó en el exterior.

—¡Jodete! Es la policía. Ya están aquí. Te he ganado, hija de la gran puta. No puedes hacerme nada.

El espectro alzó la vista y se fijó el techo de la galería. El sonido gutural, de lo que pareció ser una carcajada, emergió de lo más profundo de aquel ser. Óscar miró hacia arriba y entonces lo vio todo claro.

—¡Mierda! —protestó, mientras los aspersores anti-incendio se ponían en marcha mojándole la cara.

La alarma se activó, los rociadores inundaron la galería con agua nebulizada y el ensordecedor ruido de la sirena se extendió por doquier. Cuando Óscar volvió a bajar la vista se encontró de frente con los ojos oscuros y sin vida de aquel monstruo. Y eso fue lo último que vio antes de dejar este mundo.

21 Señales.

La lluvia caía abundantemente sobre el vehículo, sin que las escobillas dieran abasto para retirarla del parabrisas delantero. Desde la carretera comarcal que cruzaba la colina de "*Son Gual*", se podía divisar la ciudad de Palma enteramente cubierta por oscuros nubarrones. De vez en cuando, se iluminaban con una luz purpúrea, dejando entrever la abrupta línea que recortaba la costa de la bahía. Daniel conducía con mucha precaución, a la vez que intentaba contactar con la central a través del radio-comunicador; tarea algo complicada debido a la mala transmisión provocada por la tormenta.

—¡Nada! No hay manera —se quejó Daniel.

—Espero que lleguemos a tiempo —dijo Ana.

—Yo lo que espero es que estés equivocada y todo sea una falsa alarma.

—¡Ojalá fuera así! Pero el presentimiento que tengo es fuerte.

—Ya… también tenías que haber presentido algo en esa habitación y no pudiste ver nada.

Ana miró a Daniel, que se arrepintió enseguida de haber dicho aquellas palabras. Se había prometido a sí mismo confiar algo más en Ana, en darle la oportunidad que el inspector Gálvez le había pedido, y la verdad es que aquel tipo de comentarios no ayudaban absolutamente en nada.

—Quizá… tendríamos que haber registrado otros lugares del complejo —admitió Daniel, intentando subsanar su error.

—Sí, tal vez. Pero ahora lo más importante es llegar a la galería *Bel-decó* lo antes posible.

—Ya… ¿Y dices que viste ese cuadro en tu sueño? Pues ha sido una gran casualidad que te hubieras fijado en ese artículo del periódico. ¿No crees?

—Yo no creo en las casualidades, Daniel. Todo ocurre por algo. El sueño que tuve estaba lleno de señales. Algunas de ellas ya se han desvelado, como el de la imagen de la chica del cuadro. Pero hay otras a las que todavía no les encuentro el significado. ¿Te dice algo la hora dos y veinte?

—¿Las dos y veinte? ¿De la mañana o…?

—No lo sé. ¿Hay algo en todo este caso que tenga que ver con esa hora?

—Ninguna de las muertes se produjeron a esa hora, si te refieres a eso. ¿Por qué lo preguntas?

—Es algo que se repetía en mi sueño.

—¿Qué más ocurría en ese sueño?

—Vi a mi madre. Me… me dijo que no me acercara al agua.

—¿Que no te acercaras al agua? Pues esta noche lo tienes difícil.

—También me dijo que mi padre no aparecía en mi sueño porque estaba haciendo algo por mí. Luego creí despertar, era todo muy real. Pero enseguida me di cuenta de que seguía dormida. Me vi a mi misma con seis años, en la

casa en la que vivíamos en Palma. Después… apareció ella.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—El ente que está dentro de Lucía. Se acercó y…

Ana pensó que era mejor no contarlo todo. Sobre todo si tenía algo que ver con lo que podía interpretarse como su propia muerte. Corría el riesgo de que Daniel no la dejara implicarse más en la investigación.

—… y no recuerdo nada más —concluyó.

Diez minutos más tarde llegaron al comienzo del paseo marítimo. Las farolas iluminaban las dos vías de circulación, a la vez que revelaban, a trasluz, la densa cortina de lluvia que caía con fuerza descomunal.

—Ya casi estamos llegando —dijo Daniel—. Será mejor que ponga la sirena o tendremos dificultad para avanzar.

El edificio donde se encontraba la galería de arte permanecía con las luces del interior apagadas. Solo la fachada estaba iluminada por tres focos encajados en el suelo que apenas cumplían con su cometido. Daniel aparcó frente a la entrada principal.

—¡Quédate en el coche! Voy a echar un vistazo—dijo saliendo del vehículo a toda prisa, sin darle tiempo a Ana de que le replicara nada.

Daniel corrió hacia la entrada principal e intentó abrir la puerta de cristal, comprobando que estaba cerrada. Colocando las manos sobre los ojos, y acercándose a ella, intentó atisbar algo en el interior. Todo estaba muy oscuro y solamente podía entrever de forma vaga las siluetas de algunas esculturas. Decidió dar la vuelta al edificio, pero al doblar la esquina, la alarma de la galería se disparó. Daniel corrió a toda prisa hacia el Z policial, lo mejor sería pedir ayuda a cualquier unidad que estuviera por los alrededores antes de entrar en el museo.

—Voy a pedir ayuda a la central —dijo Daniel abriendo la puerta del coche, a la vez que observaba que Ana ya no estaba en su interior.

*****

Daniel desapareció, engullido por la densa lluvia, mientras Ana se colocaba el abrigo que había dejado en el asiento trasero del vehículo. Estaba claro que no se iba a quedar parada sin hacer nada. Ese no era su estilo.

Tras salir del coche, se encaminó hacia el lado opuesto a la entrada donde se había dirigido Daniel. La calle permanecía prácticamente desierta, a excepción de algún solitario viandante que parecía correr sin rumbo para protegerse del aguacero. Ana había visitado varias veces la galería de arte y sabía que en la parte trasera se encontraba una salida, custodiada por una barrera forjada en hierro, a la que se accedía a través de un patio interior descubierto. El muro que bordeaba el patio tenía una altura de tres metros, lo que imposibilitaba, sin ninguna duda, que pudiera escalarlo para acceder al

interior.

Ana se acercó hasta la barrera y escrutó el patio con detalle. En ese mismo instante, la alarma de la galería de arte se activó, lo que hizo que las puertas del enrejado se separaran un par de centímetros, dejando la salida libre como estaba previsto en el protocolo de evacuación en caso de incendio. Ana abrió la barrera y accedió interior. La lluvia había anegado por completo el patio, lo que provocaba que en algunos tramos el agua se filtrara dentro de sus zapatos. Al mirar hacia el edificio, observó que la puerta trasera de la galería estaba abierta. Con paso lento pero seguro, entró en el recinto interior. Los rociadores del sistema contra incendios estaban en funcionamiento, eyectando una fina capa de agua nebulizada en la sala, con el fin de reducir al máximo los daños provocados por el fuego y el agua en las valiosas colecciones.

Pero por más que Ana intentaba detectar el foco del incendio, que había hecho disparar la alarma, no lograba localizar nada. Un crujido metálico resonó con estridencia en la sala. Ana no pudo percatarse de su procedencia, hasta que percibió una gran sombra que se cernía sobre ella. Alzó la vista y entonces lo vio. Una enorme estructura férrea se precipitaba sobre ella. Ana quedó paralizada, sin tiempo de reaccionar. Entonces, un fuerte golpe sacudió su cuerpo, apartándola en el último momento de la trayectoria de aquella escultura, que terminó por impactar contra el suelo, produciendo un gran estruendo que se mezcló bruscamente con el sonido de la sirena de la alarma.

Tendida boca abajo, Ana notó como alguien se retiraba de su espalda. Se encontraba algo aturdida y sin entender exactamente lo que había ocurrido. Una mano la agarró del brazo y le dio la vuelta. El agua de los aspersores volvió a mojar su rostro, y aunque le impedía ver con claridad la persona que estaba tumbada a su lado, pudo intuir perfectamente de quién se trataba.

—Te dije que te quedaras en el coche —le recriminó Daniel.

Ana lejos de contestarle simplemente se abrazó a él. Daniel se sintió algo desconcertado por aquella reacción, pero a la vez sacudido por una agradable sensación de placer. Obedeciendo a su instinto la rodeó con sus brazos.

—Ya ha pasado —dijo Daniel, a la vez que estrechaba a Ana con fuerza contra su cuerpo.

—¿Daniel? —susurró Ana.

—¿Qué?

—Me estás ahogando.

Daniel la soltó avergonzado y, ofreciéndole la mano, ambos se pusieron en pie. Ante ellos, un cúmulo de barras tubulares y planchas de acero se aglutinaban desordenadamente en lo que parecía un montón de chatarra.

—Vaya pena de escultura, ha quedado destrozada —observó Daniel.

—Ya era así —le corrigió Ana—. Es una obra abstracta.

—Ah… Vaya. Creo… que al final llegamos tarde —dijo Daniel, mirando al techo mientras los aspersores paraban de rociar agua.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Ana, a la vez que dirigía la vista hacia donde Daniel estaba mirando, encontrando ella misma la respuesta.

Colgado de una viga, en el techo, Óscar les observaba desde la profunda oscuridad con que le obsequiaba la muerte. Más allá, sus vísceras empapadas en sangre se desprendían hasta casi llegar al suelo. Y más allá, la mitad de su torso, desgarrado. Y algo más allá… Sinceramente, un cerdo despiezado después de pasar por el matadero tenía mejor aspecto que él.

22 La cosa se pone fea.

Las destellantes luces de los vehículos policiales se reflejaban sobre la fachada principal de la galería de arte, atrayendo como insectos a una multitud de gente que se agolpaba alrededor del edificio. La lluvia había cesado y la acumulación de nubes se había desplazado hasta altamar, descubriendo un cielo nocturno repleto de estrellas que parecían brillar con más fuerza que de costumbre. Los interminables charcos, que se resistían a abandonar las calles, más que nada por la habitual obstrucción de las alcantarillas, y el olor a tierra mojada, provocado por las zonas verdes que dignificaban el paseo marítimo, constituían la prueba irrefutable de la gran tromba de agua que había asolado la bahía de Palma escasos momentos antes.

En el interior de la galería, el comisario Vicens no paraba de hacerse cruces ante la indignación que sentía por la aparición de una nueva víctima.

—¡Me cago en la puta, Daniel! Esto ya es el colmo. El cabrón que está cometiendo estos crímenes se está riendo de nosotros —dijo el comisario, señalando los despojos de Óscar que colgaban de la viga.

—No hemos llegado por segundos, comisario —apuntó Daniel.

—Esa es otra —señaló el comisario— ¿Cómo es que estabas tú por aquí? ¡Dime que has descubierto algo!

Daniel no podía contarle la verdad a su superior. Lo que el comisario Vicens quería escuchar era que por fin disponían de una prueba irrefutable que iba a esclarecer, de una vez por todas, la enorme locura en la que se había convertido la investigación. El comisario necesitaba algo que poder contar a la prensa para calmar el ansia de información que mostraban ante tan macabros crímenes, y Daniel no podía ofrecérselo.

—La verdad es que…

En ese momento la jueza María Fiol hizo acto de presencia, salvando a Daniel de tener que encontrar una explicación que convenciera a su jefe.

—¡Comisario Vicens! Parece ser que la situación se le está complicando cada vez más.

—Vamos a dejarnos de coñas, María —remugó el comisario, ante el tono sarcástico de la jueza— ¡El horno no está para bollos! Te presento al inspector Daniel Mascaró que está al mando de la investigación.

Daniel estrechó la mano de la jueza, que inmediatamente alzó la vista para contemplar la puesta en escena que el causante de la muerte de Óscar había organizado para ellos.

—¿Ha llegado ya el médico forense? —preguntó la jueza.

—Está esperando que autorices a descolgar ese jodido puzle —contestó el comisario.

María observó que un equipo de la científica estaba preparado y

perfectamente uniformado para comenzar a inspeccionar la escena del crimen en cuanto ella diera la orden. Varios agentes se desplazaban por el interior de la galería portando los instrumentos necesarios para la localización de indicios y su posterior traslado a los laboratorios correspondientes. Entre todo ese trajín de gente, María encontró un elemento discordante.

—¿Quién es ella? —quiso saber señalando a Ana, que se encontraba sola y apartada de la escena del crimen.

—Es Ana Amengual —precisó Daniel—. Está trabajando como colaboradora en la investigación con nosotros.

—¿Ana Amengual? —murmuró la jueza entrecerrando los ojos— ¿De qué me suena ese nombre?

—Ejem… —carraspeó el comisario—. "La doctora Strange".

—¡Ah, claro! Ya recuerdo. Pero… la colaboración de personal externo se debe limitar única y exclusivamente a meras consultas técnicas. ¿Qué hace aquí?

—Estaba con el inspector Mascaró cuando…

—¡Me da igual! —interrumpió la jueza—. Que salga de aquí.

Daniel se excusó y se acercó hasta Ana.

—Será mejor que esperes fuera —sugirió Daniel—. El asunto está bastante caldeado y prefiero que esto no te salpique.

—No te preocupes, lo entiendo —dijo Ana—. Aquí ya no tengo nada que hacer. Ya son más de las doce, así que… mejor me voy a casa.

—Lo siento, ahora no puedo acompañarte…

—Lo sé. Conozco el procedimiento. Debes estar presente durante la inspección del lugar de los hechos.

—Le pediré a un agente que te acompañe.

—No, déjalo —repuso Ana—. La lluvia ya ha parado y necesito despejarme un poco. Andaré hasta el centro y luego cogeré un taxi en la Plaza España.

—¿Estás segura? No me cuesta…

—Estoy segura —insistió Ana— ¡Anda! Vete, te están esperando —concluyó besándolo en la mejilla —. Ya hablamos mañana.

No se había alejado más de tres pasos cuando Daniel la llamó.

—¡Ana! ¿Estás bien?

Ana se giró y, sin decir nada, asintió con una breve pero nada convincente sonrisa. Solo después de que Ana saliera por la puerta, Daniel se volvió a reunir con el comisario y la jueza.

—¿Ya estamos todos? —dijo la jueza con ironía, mirando a Daniel —. Vamos a comenzar entonces. Como siempre, la primera pregunta es: ¿Quién demonios es ese pobre infeliz?

—Óscar García Garrido —informó un agente que estaba junto a ellos—. Trabaja… trabajaba como guardia jurado para la empresa Corvigersa, subcontratada por el Consell para la vigilancia de la galería de arte.

—¿Está confirmada la identidad por alguien? —preguntó Daniel.

—Afirmativo —prosiguió el agente—. Hemos comprobado su documentación y su ficha de servicio y coincide con el sujeto. La confirmación definitiva se hará efectiva por familiares después de realizar la autopsia y… recomponer un poco el cadáver.

—Entonces que la científica comience a trabajar —ordenó la jueza—. Ya sabéis… fotografías, reconocimiento de la escena y todas esas cosas. Después que descuelguen todas las partes para que el doctor pueda llevar a cabo las primeras conclusiones antes de su traslado al instituto anatómico forense. Esto nos va a llevar algo de tiempo hasta que pueda ordenar el levantamiento definitivo del cadáver, así que, por favor, que alguien me traiga un café bien cargado. ¡Acomódense, señores! La noche va a ser larga.

23 ¿Te asusta el agua?

Las húmedas calles reflejaban difusamente la tenue luz de las farolas, que no conseguían desterrar la oscuridad en la que estaba sumida la ciudad. Era medianoche y el centro de Palma se había convertido en un ir y venir de gente que se reunía en las terrazas de bares y cafés para tomar algo y charlar, aprovechando el parón de la lluvia. El frío abofeteaba el rostro de Ana que, haciendo equilibrios en el borde de la cera, intentaba parar algún taxi agitando el brazo en alto. Aunque muchos de ellos circulaban con la luz verde encendida, parecían no percatarse de su presencia, pasando de largo. «*Quizá han terminado la jornada y se retiran a descansar*», pensó Ana. «*Pero lo normal sería que no llevaran la lucecita verde encendida*».

El estridente sonido de un claxon la sobresaltó. Un taxi se había parado tras ella con las luces de los cuatro intermitentes parpadeando a la vez. Ana observó que había una mujer sentada al volante. Después de saludarla entró en el vehículo, sentándose en la parte trasera.

—¿Dónde le llevo? —preguntó la conductora.

—Me puede dejar en la calle Aragón, frente a la gasolinera del Rafal.

—Entonces lo mejor será bajar por la avenida hasta el paseo marítimo y coger el desvío de la autovía de levante. Por el otro lado parece que ha habido lío y la calle está cortada.

—No hay problema, vaya por donde crea más conveniente.

Ana se recostó sobre el respaldo del asiento y estiró el cuello, intentando relajar la espalda. El estrés acumulado a lo largo del día le había agarrotado los músculos, provocándole pinchazos ocasionales. Y la verdad es que no era para menos. Lo que en un principio tenía que ser una simple cooperación con la policía, se había convertido en algo más trascendente. Ya no se trataba solamente de un caso de asesinato. Si hubiera sido así, quizá ya habría abandonado. Pero Ana tenía la impresión de que si no se inmiscuía de pleno en la investigación, Daniel no daría con el causante de las muertes; ni él ni nadie, porque para llegar a la verdad no bastaba con observar y analizar las pruebas encontradas. Hacía falta ver más allá. Llegar al otro lado. Y eso solo lo podía hacer ella. ¿Por qué sino nadie había conectado con Lucía, o María, hasta su llegada? Solo ella conocía la verdad y el camino para encontrarla. No iba a permitir de ningún modo que Daniel se hundiera en el fracaso de una investigación fallida. Ya había experimentado, hace muchos años, el dolor que sufrió su padre ante la impotencia y la exasperación de no hallar una solución al callejón sin salida en que se había convertido la desaparición de su amiga Alba. Ahora no iba a permitir que Daniel pasara por el mismo trance, porque Daniel le… ¿importaba? Quizá… quizá todo fuera una excusa, y la única y verdadera razón, para seguir en la investigación, fuera la de estar junto

a él.

El taxi llegó al final del Paseo del Borne y enfiló hacia la Avenida Gabriel Roca. La Catedral se alzaba imponente en la noche, iluminada por un haz luz que le confería un halo de misterio medieval. Al otro lado, el eterno mar mediterráneo golpeaba con fuerza el muro de rocas que protegía la calzada de la agresividad de sus olas.

—¡Vaya nochecita! ¿No? —dijo la taxista—. Parecía que no iba a parar de llover.

—Sí, hemos empezado bien la semana.

—Habrá venido bien para llenar los embalses. Hacía más de dos meses que no había caído ni una gota.

Ana no respondió y se limitó a observar como el mar, iluminado por el reflejo de la luna, golpeaba con fuerza la escollera, salpicando de espuma blanca los cristales del taxi. El viento había cobrado fuerza y zarandeaba el vehículo como si estuviera hecho de simple cartón.

De repente algo llamó la atención de Ana. La conductora del taxi tenía la vista fija en la carretera y, aunque Ana no podía verle la cara, sí que podía ver como el cabello le goteaba agua sobre los hombros. Ana se inclinó lentamente hacia delante para intentar verle el rostro, pero la conductora a su vez giraba la cabeza hacia el lado contrario impidiéndoselo. Una risa corta y afónica provocó un escalofrío en Ana que le recorrió el cuerpo entero. Ana buscó el tirador interior de la puerta, pero no lo encontró. Entonces recordó que los taxistas solían llevar su identificación sobre el salpicadero. La garganta se le secó de golpe. En la tarjeta de la taxista leyó el nombre de María Cañellas Pons, número de taxi 220, y la foto…

—¡Lo que os va a costar recomponer a ese cabrón!— dijo aquella mujer con voz ronca, mientras cambiaba de marcha con una mano de la que manaba agua a raudales.

—¿Lucí… María? —acertó a decir Ana.

—¿Todavía duda de quién soy realmente, doctora?

El vehículo comenzó a llenarse de agua por los bajos. Ana levantó los pies instintivamente.

—¡Sé lo que pasó! —dijo Ana—. Deja que nosotros nos ocupemos…

—¿Vosotros? Solo tú puedes llegar a la verdad, pero tienes que buscar en el lugar correcto.

—¿El lugar correcto? ¿Qué quieres decir?

—¡Observa las señales! Todavía quedan culpables que han de pagar por lo que hicieron.

—Y pagarán por ello, María. Yo me ocuparé de que sean juzgados por la ley.

—Vuestras leyes no imparten justicia… ni dolor.

Ana intentó ponerse de cuclillas sobre el asiento. El agua ya cubría casi la mitad del habitáculo interior.

—¿Qué pasa doctora? ¿Te asusta el agua?

—¡Para esto!

—¿Sabes lo que es estar una eternidad sumergida en un pozo rodeada de oscuridad y silencio? —gritó aquel ser lleno de ira.

El taxi giró bruscamente y se salió de la carretera, precipitándose por el malecón y cayendo directamente al agua. En cuestión de segundos, el habitáculo interior quedó inundado por completo. Ana intentó romper el cristal de la puerta con los puños, pero la fuerza de sus golpes era frenada por la resistencia del agua. El pánico se apoderó de ella ante la imposibilidad de encontrar una salida a aquella situación, hasta que no pudo más y se dejó llevar. Ana comenzó a perder la consciencia y, en un último acto de supervivencia, aspiró con fuerza para atrapar aire. Sin embargo, lo único que consiguió fue que sus pulmones se llenaran de agua… hasta que estallaron en su interior.

****

El aire volvió a inundar su cuerpo con dificultad, mientras Ana se incorporaba y gritaba con todas sus fuerzas. El dolor remitió con lentitud, entre jadeos y espasmos. Las sabanas estaban empapadas por el propio sudor de su cuerpo. Con un movimiento trémulo e impreciso, encendió la lamparita que tenía sobre la mesilla de noche. Le bastó un simple vistazo para comprobar que se encontraba en su habitación. Todo había sido un mal sueño, aunque muy real y doloroso. El corazón volvió poco a poco a su ritmo habitual. «*Buscar en el lugar correcto*». Los números rojos del despertador marcaban las 2:20.

24 La habitación fría

La sala de autopsias estaba en el sótano del instituto de medicina legal, en la parte trasera del cementerio de Palma. Aunque distaba mucho de ser un lugar tétrico e infecto, Daniel no podía evitar sentir una incómoda sensación de angustia cada vez que tenía que pisar aquel lugar. El desagradable olor a formol invadía sus fosas nasales, provocándole constantes punzadas de ardor en la garganta. Ni la mascarilla que le había ofrecido el doctor Calafat ni el sistema de extracción de aire conseguían desterrar aquel olor, que parecía haberse establecido a perpetuidad en aquella estancia.

—Dos cadáveres descuartizados en menos de tres días —comentó el doctor Calafat—. La verdad es que en todos los años que llevo como médico forense, y le puedo asegurar que son muchos, nunca me había encontrado con un caso como este.

—Supongo que lo dice por la forma en que fueron asesinados —apuntó Daniel.

—Sí, claro. Asesinos en serie hemos tenido unos cuantos, pero que se ensañaran con sus víctimas de esta manera… eso ya es otra cosa. El tipo que ha cometido estos crímenes debe de estar completamente loco.

—¿Entonces da usted por hecho que quien asesinó a Rubén Flores y a Óscar García son la misma persona?

—Eso es algo que tendrán que corroborar ustedes. Yo lo único que les puedo asegurar es que las pautas seguidas en ambos crímenes son idénticas. Gracias a la necropsia de este último cadáver, he podido despejar una serie de dudas que me habían surgido con la primera víctima.

—¿A qué dudas se refiere?

—¡Observe! —indicó el doctor acercándose a la mesa de autopsias.

No había levantado más de un palmo la sábana que cubría el cadáver colocado sobre la tabla de disección, cuando la volvió a dejar en su sitio y se dirigió de nuevo hacia Daniel.

—¿Es usted… fácilmente impresionable?

—Adelante, doctor —insistió Daniel.

El doctor apartó la sábana por completo, mostrando medio torso desmembrado al que le habían sido extirpados todos sus órganos internos. Seguidamente lo agarró por las costillas y le dio la vuelta elevándolo de la mesa y dejándolo caer de golpe. El impacto hizo que un coágulo de sangre surgiera de aquel despojo humano, deslizándose a toda velocidad por la cubeta metálica y quedando atascado en el desagüe perforado del fondo. A Daniel le sorprendió la poca delicadeza con la que el doctor trataba aquel cuerpo mutilado que antes había pertenecido a una persona viva.

—¡Mire! —indicó el doctor, cogiendo unas pinzas que estaban sobre una mesilla metálica.

Daniel se acercó con recelo, mientras el doctor separaba la fina capa de carne y piel que cubría las costillas.

—Como podrá observar, la incisión producida en el torso tiene una inclinación lateral que comienza de afuera hacia adentro. A medida que profundizamos en la herida, la sección del corte se va ampliando. Es lo que podría llamarse un corte de media luna.

—Es decir… —continuó Daniel.

—Es decir que esta herida se realizó con un arma afilada de forma curva y con la hoja de corte en la parte interior.

—¡Como una hoz! — concluyó Daniel, recordando la historia de María Enganxa.

—Una hoz, una guadaña… —precisó el doctor—. Cualquiera de ellas podría coincidir. También, al igual que en el caso anterior, el arma homicida contenía un alto grado de oxidación, como he podido constatar en el análisis de una muestra de tejido externo.

En ese mismo instante el móvil de Daniel sonó.

—Discúlpeme un momento, Doctor.

El doctor hizo un gesto de asentimiento con la mano y, dándose la vuelta, volvió a tapar el torso con la sábana. Daniel comprobó que la llamada venía del departamento de investigación tecnológica.

—¡Dime, Sergi!

—Daniel, ya disponemos de la grabación de las cámaras de seguridad de la galería de arte.

—¿Y…?

—Será mejor que lo veas por ti mismo, no sabría como explicártelo por teléfono.

—¡Está bien! En media hora estoy contigo.

Daniel volvió a guardar su móvil y se acercó al doctor Calafat, que estaba limpiando la cubeta con una pequeña manguera de agua.

—Tengo que irme, doctor ¿Cuándo tendrá usted listo el informe con todos los detalles?

—Son las doce —dijo mirando su reloj—. Esta tarde me pondré a ello y a última hora se lo remitiré por correo con copia a sus superiores.

—Gracias por todo, doctor. Siento meterle tanta prisa, pero el asunto la requiere.

—No se preocupe. Ya estoy acostumbrado a que me presionen con insistencia. Solo espero que puedan ustedes atrapar pronto a ese perturbado.

—Eso esperemos nosotros también, doctor.

25 Una insólita grabación.

—¿Qué es eso tan extraño que no me podías explicar por teléfono? —preguntó Daniel.

Sergi le acercó una silla para que se sentara a su lado, frente al ordenador.

—No se lo he enseñado todavía a nadie —anunció Sergi—. Prefiero que le eches un vistazo antes de que el comisario lo vea.

Sergi pulsó con el ratón sobre un icono de extensión "avi" que tenía en el escritorio. Una ventana nueva se abrió en la pantalla. Tras unos segundos, las imágenes de un video en blanco y negro se reprodujeron, mostrando el interior de la galería de arte Bell-decó desde una posición de altura.

Nada parecía moverse en aquella videograbación. Si no hubiera sido por los continuos destellos de los rayos de la tormenta iluminando la exposición, Daniel habría pensado que lo que estaba observando no era más que una simple fotografía.

—No pasa nada —dijo impaciente.

—Espera… ¡ahí!

Sergi señaló la pantalla del ordenador en el momento justo en que Óscar se dirigía hacia la puerta lateral del patio interior y salía por ella a toda prisa.

—Parece que está huyendo de alguien —dijo Daniel.

—Eso pensé yo, pero en el video solo aparece él —apuntó Sergi—. ¡Observa! Ahora viene lo más raro.

En las imágenes, Óscar volvió a entrar por la misma puerta de espaldas, tropezando y cayendo al suelo. Seguidamente alzó los brazos como si quisiera protegerse de alguien. Poco a poco volvió a bajarlos y, reptando hacia atrás, se alejó de la puerta.

—¿Qué… coño es… eso? —dijo Daniel pausadamente

Un extraño haz de luz apareció junto a la puerta. Sergi no se pronunció y simplemente esperó a que Daniel viera con sus propios ojos lo que estaba a punto de suceder.

El sistema anti-incendió de la galería se activó y los aspersores del techo se abrieron esparciendo una fina capa de agua en forma de nube por toda la exposición. Fue entonces cuando el haz de luz cobró intensidad y, ante la atónita mirada de Daniel, entró en la sala y se plantó en un instante junto a Óscar. Un segundo más tarde ambos salían despedidos a toda velocidad hacía el techo, desapareciendo de la imagen.

Daniel y Sergi se miraron mutuamente sin pronunciar una palabra, como esperando a que el otro se manifestara intentando dar una explicación mínimamente racional sobre lo que acababan de observar en la pantalla de ordenador.

—Había visto videos en el "*Youtube*" sobre fantasmas y… cosas así —

comenzó Sergi—. Nunca les había dado nada de credibilidad, pero… después de ver esto.

—La verdad es que yo tampoco sé que pensar —reconoció Daniel—. Ocurre todo muy deprisa ¿Qué me dices del teléfono móvil que encontramos?

—Está confirmado que pertenecía de la víctima. Hemos solicitado el registro de llamadas a la operadora, pero ya sabes cómo funciona toda esa mierda de la protección de datos. "*Hemos de salvaguardar el derecho a la intimidad de nuestros clientes*". Ya me dirás tú que intimidad puede tener un muerto. Bueno… pues enseguida que reciban la orden judicial nos pasarán el listado.

—Y eso será…

—Pues depende del juez, aunque no creo que pase de mañana. Esto está que arde y el amigo Vicens tiene convocada una reunión con la prensa para mañana por la tarde.

—¿No se puede obtener nada del propio móvil de la víctima?

—Estaba totalmente destrozado. Tengo un equipo trabajando sin descanso para poder recuperar algo. Si lo consiguiéramos, solo tendríamos acceso a la información contenida en el dispositivo de almacenamiento. Quizá alguna conversación de Whatsapp, fotos, videos, la agenda de contactos.

—Mantenme informado de cualquier cosa que descubráis al respecto.

—No te preocupes, serás el primero en saberlo.

En ese instante el móvil de Daniel sonó. La llamada provenía del departamento central de documentación.

—Disculpa, Sergi. Tengo que atender esta llamada —dijo Daniel levantándose de la silla y apartándose a un lado.

—¿Sí?

—Hola inspector, soy Marcos.

—¡Dime que tienes algo!

—Óscar García Garrido, 33 años…

—¡Joder, Marcos! Cuéntame algo que no sepa —le interrumpió Daniel.

—Trabajó en el hotel Cala Mondragó de la cadena DK entre los años dos mil cuatro y dos mil seis.

—¡Bingo! Justo cuando ocurrió lo de Lucía.

—Después ha tenido varios trabajos eventuales, hasta que entró como guardia jurado en Corvigersa hace seis años. Al parecer su trabajo más estable. Pero quizá lo que te voy a contar a continuación te interese más.

—¡Sorpréndeme!

—Su tío era el juez Francisco de la Mata Garrido.

—¿Y eso significa?

—Fue el juez que llevó el caso de Lucía Mendoza y el que dictaminó su culpabilidad e ingreso en el CASEM.

—¡No me jodas! Pero… ¿Has dicho "era"?

—Murió hace dos años. Un infarto.

—Es una pena. Me gustaría haber tenido una conversación con él.

—Tranquilo. Esto no acaba aquí. ¡Agárrate que vienen curvas!

—Suéltalo ya.

—La viuda del Juez se llama Carmen Beltrán Ribas. Es la hermana de Javier Beltrán Ribas, el gerente del hotel donde trabajó Óscar.

—Vaya, creo que voy a tener que volver a visitar a nuestro amigo. ¿Qué dice la científica?

—La científica no ha encontrado ninguna huella esta vez. Supongo que mañana a primera hora nos pasarán el listado de indicios localizados en la galería de arte.

En otras circunstancias, Daniel habría encontrado extraño que no hubiera aparecido ninguna huella de Lucía en el lugar del crimen, pero esta vez no hacía falta ninguna evidencia palpable que demostrara que ella era la autora del asesinato. Las pruebas que relacionaban a Óscar con ella eran más que suficientes para crear una línea de investigación factible. Sí Óscar hubiera sido la primera víctima, la investigación habría seguido un rumbo muy diferente. Quizá por esa misma razón, el asesino había decidido dejar su muerte para el final. Ahora solo quedaba encontrar cual era el nexo de unión entre Óscar, Roberto y Rubén.

—¿Algo más?

—Es todo por ahora.

—Gracias, Marcos. ¡Buen trabajo!

—¿Qué tal con la docto…

—¡Buen trabajo, Marcos! —le interrumpió Daniel.

Después de cortar la llamada, se volvió de nuevo hacia Sergi, que seguía sentado frente al ordenador.

—¡Oye, Sergi! ¿Puedes hacerme un favor?

—Claro. Dime.

—¿Podrías retrasar la entrega de ese video al comisario?

—Pues… no sé. Yo… puedo inventarme alguna excusa, pero no creo que pueda retrasarlo más allá de esta noche. La cúpula está muy nerviosa con este asunto y no paran de…

—Me es suficiente. Necesito tener unas palabras con el gerente del hotel antes de que el comisario vea esas imágenes. No quiero que me llame pidiéndome explicaciones que no podría darle.

—Más tarde o temprano tendrás que presentarte ante él y, créeme, no creo que haya nada que puedas hacer para explicar esas imágenes.

—Tienes razón. Quizá yo no pueda encontrar una explicación. Pero sé de alguien que podrá hacerlo.

Daniel pulsó en la agenda del móvil el nombre de Ana.

—Hola, Daniel —saludó Ana—. Estaba esperando tu llamada.

—Creo que hemos de volver al hotel. Javier Beltrán nos debe una explicación.

—Lo sé.

26 El lugar correcto.

Ana y Daniel llegaron al hotel Cala Mondragó sobre las cinco de la tarde. Aunque todavía no había oscurecido, el cielo estaba cubierto por un cúmulo de nubes grises que impedía el paso a los exiguos rayos de sol, tiñendo el mar de un color ceniza que no presagiaba nada bueno.

—¿No nos va a hacer falta otra orden judicial? —preguntó Ana.

—A la mierda con eso. Después de lo que te he contado, no podemos esperar a que el juez o el fiscal se pronuncien. Hemos de actuar con prudencia, pero también con rapidez.

Daniel le había contado a Ana lo que habían descubierto sobre Óscar; su parentesco con el juez que llevó el caso de Lucía, y lo más importante, su relación con Javier Beltrán, el gerente del hotel. Si a eso se le añadía que Óscar dejó de trabajar en el hotel justamente después de lo que le pasó a Lucía, resultaban demasiadas coincidencias para pensar que todo podría deberse a una simple casualidad, y más aún después de la brutalidad con la que había sido asesinado.

Cuando entraron en el hotel, encontraron a Javier Beltrán en el Hall, hablando con unos clientes. Daniel y Ana se acercaron y esperaron a que terminara de conversar con ellos. Javier, que se percató de su presencia, condujo a los clientes hasta el mostrador de recepción y, después de estrecharles la mano y despedirse con una gran sonrisa, se reunió con Ana y Daniel.

—Hola de nuevo —saludó con semblante serio, muy diferente al que había ofrecido escasos momentos antes a sus clientes.

—Supongo que le habrán notificado la muerte de Óscar García Garrido —dijo Daniel.

—Me llamó mi hermana Carmen esta mañana. Estamos muy consternados por lo que ha pasado. Óscar era un buen chaval. Estuvo trabajando con nosotros una temporada. Era sobrino de mi cuñado, creo que… el hijo de su hermana menor. Desgraciadamente mi cuñado murió hace un par de años víctima de un ataque al corazón. ¡Pobre Carmen! primero su marido y ahora esto.

—Le acompaño en el sentimiento —dijo Daniel, ofreciéndole la mano y pensando que Javier había sido muy hábil al adelantarse y confirmar la relación que había tenido Óscar con el hotel, dando así la sensación de que no tenía nada que esconder. Ana también le ofreció el pésame.

—Espero que encuentren ustedes al responsable de tan atroz asesinato —prosiguió Javier.

—Estamos en ello —le aseguró Daniel—. ¿Le importa que le haga unas preguntas?

—¿Sobre Óscar o… sobre Lucía?

—¿Hay algún inconveniente en que le pregunte sobre ambos?

—No, claro. Estoy dispuesto a ayudar en lo que sea, solo que… no entiendo qué relación tiene lo que le ha ocurrido a Óscar con lo que le pasó a Lucía.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar; si existía alguna relación entre ellos.

—¡Esta bien! ¿Quieren ustedes tomar algo? Creo que estaremos más cómodos si nos sentamos.

—¿Le importa que, mientras hablamos, demos una vuelta por el hotel? —preguntó Ana—. Me gustaría conocer algo más sobre las instalaciones.

—Claro, ¿cómo no? —asintió Javier, extendiendo la mano a modo de ofrecimiento—. En este módulo tenemos la recepción y el hall principal. En la primera planta están las oficinas y despachos de gerencia. En la planta inferior el almacén, la consigna y la lavandería, como pudieron ustedes comprobar ayer mismo.

—¿Podemos ver las habitaciones donde se hospedan sus clientes? —solicitó Ana.

—Sí, pero… hemos de salir fuera y cruzar la zona de piscinas y jardines. Todas las habitaciones están orientadas hacia la costa. Son siete bloques diferentes, entre habitaciones *Premium, Elegance, y Terrace*, dependiendo cada una de ellas del nivel de confort exigido por el cliente.

Una vez salieron al exterior, una ligera brizna de lluvia, que era arrastrada por el viento de levante proveniente del mar, les refrescó el rostro e inundó sus fosas nasales de un penetrante olor a salitre.

—Por lo que sabemos, Óscar y Lucía coincidieron como compañeros de trabajo en el 2.006. ¿Verdad? —quiso saber Daniel.

—No recuerdo bien el año, tendría que comprobarlo, pero… creo que sí. —confirmó Javier.

—Bueno, nosotros estamos seguros porque, poco después de lo que le pasó a Lucía, Óscar dejó de trabajar en el hotel. ¿Cuál fue la razón de que abandonara su trabajo?

—Bueno, ya sabe como son los jóvenes. Óscar trabajaba de botones y supongo que aspiraba a algo más. Por sus estudios y capacidades, yo no podía ofrecerle nada mejor. Como comprenderán, lo contraté por compromiso, pero he de decir que en el tiempo que estuvo aquí con nosotros cumplió como el que más. Los jefes de sección nunca me comunicaron ni una sola queja sobre él.

—¿Cree que existía alguna relación entre Óscar y Lucía? —preguntó Daniel.

—Pues… no lo sé. ¿Se refiere a una relación sentimental?

—Por ejemplo.

—No tengo ni idea. Supongo que, si hubiera sido así, debieron mantenerla en secreto. Pero… ¿Es que sospechan ustedes que Óscar tuvo que ver algo

con lo que le pasó a Lucía?

—Ya le he dicho que eso es algo que estamos investigando. Por eso estamos aquí. ¿Le dice algo el nombre de Rubén Flores?

—¿Rubén Flores? —repitió Javier, entornando los ojos como si intentara recordar—. ¡Pues no! No me suena de nada.

—¿Y el de Roberto Serra?

—Tampoco. ¡Oigan! Me gustaría que me…

—¿Qué es eso? —interrumpió Ana, señalando un pequeño cartel con la caricatura de una jirafa, colocado sobre un poste junto a una de las piscinas.

—¿Eso? —repitió Javier, algo desconcertado por el repentino interés de Ana—. Es un cartel indicador de donde están ubicados los diferentes bloques de habitaciones. Cada bloque está representado por la caricatura de un animal. Lo ideamos así para facilitar a los niños el poder encontrar su habitación. Piense que esto es un resort y muchos suelen jugar y corretear solos durante todo el día por las instalaciones. Les resulta mucho más fácil y divertido si identifican sus habitaciones con un animal. Así pues, tenemos el bloque Jirafa, caballo de mar, tortuga, estrella…

—¿Y el de la rana? —interrumpió Ana— ¿Tienen el de la rana?

—Pues… sí. Son las habitaciones que van de la 200 a la 230.

El corazón de Ana dio un vuelco. Al fin comprendía lo que le había querido decir María con que debía fijarse más en la señales para encontrar el lugar correcto.

—¡Me gustaría visitar la habitación **220**!

27 La habitación de los lobos.

La caricatura de la rana, que presidía la entrada al bloque de habitaciones, era idéntica a la que Ana había visto en sus sueños. Al acceder al edificio, un largo pasillo, adornado por diversos arbustos de flores blancas y rojas, conducía a las distintas estancias que conformaban el bloque. Javier Beltrán había hecho llamar a Tamara, una joven empleada del hotel algo gordita y desaliñada, para que trajera las llaves de la habitación que Ana había indicado.

—¿Por qué quieren ustedes ver la habitación 220? —preguntó Javier intrigado.

Daniel miró a Ana esperando dar una respuesta que sonara más o menos convincente, o por lo menos que no sonara ridícula.

—Hemos escogido una al azar —dijo finalmente—. No hay una razón concreta. Le hemos dicho la 220 como podríamos haberle dicho cualquier otra.

—¡Ah!... ya —asintió Javier sin mucho convencimiento—. ¿Y por qué quieren ver una habitación precisamente de este bloque?

Daniel volvió a mirar a Ana.

—Eso se lo diremos después de ver la habitación —contestó Ana—. Ahora, ¿si no le importa llevarnos hasta ella?

—Bueno. Han tenido suerte de que no estuviera asignada a ningún cliente —observó Javier—. La ocupación actual del hotel está sobre el sesenta por ciento y, como este es el bloque más alejado de las instalaciones de ocio y restaurantes, solemos dejarlo como última opción. Por eso las habitaciones están actualmente vacías.

El bloque constaba de tres plantas, a las que se podía acceder a través de dos escaleras, situadas cada una al comienzo y final de pasillo, o por un ascensor ubicado en el centro del mismo. La habitación 220 se encontraba al final del pasillo de la primera planta. Nada más colocarse delante de la puerta, Ana percibió una intensa sensación. Esta vez habían dado con el "*lugar correcto*". Tamara abrió la puerta y se apartó, cediendo el paso a los demás. Ana fue la primera en entrar, seguida de Daniel, Javier y Tamara.

La habitación constaba de una sala principal, que disponía de un sofá-cama situado frente a un mueble bajo, sobre el que se encontraba el televisor. Apoyada sobre la pared, se podía observar una pequeña mesa comedor rodeada de tres sillas. Al fondo de la sala, un enorme ventanal de tres hojas correderas daba acceso al balcón, que ofrecía una estupenda vista de la costa sur de la isla, mostrando un infinito mar donde el horizonte parecía fusionarse con un cielo gris y amenazador. Una puerta situada a la izquierda de la sala daba a un dormitorio, cuyo centro estaba ocupado por una cama de matrimonio. Dentro del dormitorio se encontraba el baño.

Ana observaba la habitación sin decir nada, yendo de un lugar a otro, tocando los muebles y las paredes.

—¿Han cambiado los muebles? —preguntó Ana.

—Sí. Hará como cinco años que remodelamos todo el hotel y renovamos las habitaciones por completo —confirmó Javier.

Ana se apoyó en el sofá y, manteniendo el equilibrio, se quitó los zapatos y los calcetines.

—¿Qué… qué está haciendo? —dijo Javier extrañado ante la actitud de Ana.

Daniel no dijo nada, simplemente extendió el brazo pidiendo a Javier que esperara. Tamara, que encontraba aquella situación de lo más cómica, no pudo evitar que se le escapara una pequeña risa.

Una vez descalza, Ana pisó el frío suelo de gres de la habitación retorciendo y estirando los pies como si intentara abarcar la máxima superficie posible. Seguidamente comenzó a andar en círculos. De repente un gran foco de luz, proveniente del exterior, inundó la habitación. Ana quedó deslumbrada por un instante. Cuando pudo recuperar la vista, se dio cuenta de que la habitación había cambiado. Los muebles ya no eran los mismos. Fuera era de noche y la sala principal estaba iluminada por una hilera de tres focos que partían del techo. Alguien pasó junto a ella, dirigiéndose hacia la puerta de entrada.

—¿Daniel? —dijo Ana, algo desorientada.

Pero aquella persona no era Daniel. Ahora estaba segura.

Risas, gritos… todos ellos se mezclan en su cabeza. En la habitación hay más gente; tres hombres, o tal vez alguno más, no puede distinguirlos muy bien. Las imágenes son confusas y la cabeza le da vueltas, como si rodara dentro de una hormigonera. Alguien abre la puerta y entra ella. ¡Lucía!

—Es ella, es… Lucía —se pronuncia Ana.

Lleva un carrito, con varias botellas de vino… No, no es vino, es… champán. ¡Claro!, es Nochevieja. Varios hombres rodean a Lucía, la empujan, la… tocan. Ella intenta salir, pero le cierran la puerta.

—¡Dejadla salir! — grita Ana, aunque nadie parece escucharla.

Uno de aquellos hombres coge a Lucía por detrás y la eleva del suelo, aprisionándola con los brazos, mientras que los demás siguen gritando, riendo, esnifando. Entonces la lleva hasta el dormitorio y la tira sobre la cama. Ella grita, pero los aullidos de los lobos ahogan sus súplicas. Nadie la escucha. Todo el mundo está en la fiesta y las habitaciones colindantes permanecen vacías. Es la presa perfecta. Uno tras otro la despojan de su dignidad, penetrándola, destrozando sus ropas, ultrajando su cuerpo desnudo, llenándolo de babas y jadeando como fieras, mientras ella solo puede llorar implorando piedad. Pero las fieras no saben lo qué es la piedad, solo conocen el deseo que les provoca su instinto depredador, la necesidad de saciar su ansia de placer. Y Ana no puede hacer nada por detenerlos, solo observar y compartir el dolor de Lucía.

Entonces, como un animal herido que busca una última salida, Lucía agarra la lámpara que está sobre la mesita y golpea a su agresor. Y todo se tiñe de rojo. Nadie se mueve, todos están quietos. Sobre todo el cuerpo que está sobre ella, que poco a poco se vacía de vida.

—¡Está… muerto!

Lucía intenta escapar, pero antes de que llegue a la puerta un fuerte brazo la detiene, y la golpea. Y los demás se unen al él. Entonces Ana puede distinguir algo en uno de ellos. Una marca en la piel.

—Lleva... dos serpientes.

Lucía permanece en el suelo, se mueve lentamente… sangra. Los lobos discuten entre ellos. Se gritan, se agarran y se zarandean unos a otros. Todos menos uno, que permanece sin vida sobre la cama. Uno de los lobos coge el teléfono y hace una llamada. Un instante después, alguien llama a la puerta. Lucía alza la vista, y cuando la puerta se abre, alguien entra en la habitación. Ella levanta las manos, intentando alcanzar aquella figura, porque la reconoce, es su salvador. Ha venido a por ella, ha venido a alejarla de las fauces de los lobos. Por fin está a salvo.

Lejos de acercarse a ella, de abrazarla, como ha hecho tantas otras veces, y de prometerle que nadie más le va a hacer daño, se limita a dar vueltas sobre sí mismo con las manos sobre la cabeza. Entonces se confabula con los agresores de Lucía… al final es un lobo más. Y el dolor de Lucía se vuelve infinito. Porque ya no tiene a nadie, está sola. Y no hay dolor más fuerte que el que te hiere en el alma. Los palos, los golpes con el tiempo sanan y se olvidan, pero los que se dan en el alma dejan una cicatriz que nunca se cura, y permanece para siempre. Y Lucía se hunde en la miseria, porque se siente la mierda más grande del mundo. Engañada por aquél en el que había confiado, aquél que le había prometido amor eterno, una nueva vida juntos. Y Ana se acerca a él. Y entonces lo entiende todo.

—Es… Javier. Él la traicionó.

—¡Ana! ¿Te encuentras bien? Estás desvariando.

—¿Da… Daniel? ¡Estás aquí!

—Claro que estoy aquí. Contigo. No te voy a dejar sola.

Y Ana lo ve en sus ojos. Ve que Daniel está diciendo la verdad. Él nunca la dejará de lado como Javier hizo con Lucía.

—¡Javier! ¿Dónde está… —gritó Ana.

—Se… se ha ido. —dijo Tamara.

—¿Cómo que se ha ido? —replicó Daniel.

—Salió corriendo, sin más.

—¡Daniel! Él estaba aquí con ellos, en esta habitación —explicó Ana—. Sabe lo que pasó. Es cómplice directo de lo que le ocurrió a Lucía. Tenemos que cogerle.

—¡Espera aquí! —dijo Daniel, y salió por la puerta tras él.

28 Falsas promesas.

La lluvia ya había hecho acto de presencia. Ana salió al pasillo y buscó a Daniel, que había salido corriendo en busca de Javier. Solo pudo oír sus pasos resonando por la escalera que estaba situada junto a la habitación y que conducía a la planta inferior.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tamara.

—No… no te preocupes —acertó a decir Ana, que se encontraba algo fatigada y aturdida después de la experiencia sufrida en la habitación.

Ana se apoyó sobre la barandilla situada al borde del pasillo y miró hacia abajo, buscando a su compañero. La lluvia le mojó el cabello, haciendo que se le pegara al rostro. Inclinándose al máximo, pudo distinguir el brazo de Daniel, corriendo a lo largo del pasillo inferior. En la mano empuñaba su arma.

—¡Tamara, espera aquí! Enseguida…

Pero cuando Ana se giró, Tamara ya no estaba junto a la puerta de la habitación 220. La vio al comienzo del pasillo, inmóvil, junto a la escalera. Lentamente, y sin pronunciar una sola palabra, Tamara levantó su brazo derecho, señalando el tramo de escaleras que llevaban al piso superior. Ana se acercó a ella con mucha cautela. Tamara permanecía impasible, sin mostrar ninguna emoción; como hipnotizada.

Ana subió las escaleras hasta llegar a la última planta. Encontró el pasillo superior completamente vacío. Allí no había nadie. El golpeo de la lluvia sobre la azotea del edificio se escuchaba ahora más fuerte. Un trueno retumbó en la lejanía, anunciando que la tormenta se estaba acercando a la costa. Ana se disponía a volver sobre sus pasos, cuando observó unos pequeños charcos de agua en el suelo. De inmediato se dio cuenta de que realmente se trataban de huellas pertenecientes a alguien que había estado andando descalzo. Las pisadas se extendían a lo largo del pasillo, hasta desaparecer tras una de las puertas situadas en el centro. Ana decidió comprobar hasta dónde llevaban.

A cada tres pasos, Ana se volvía para mirar hacia la escalera por la que había subido, calculando lo lejos que se encontraba por si tenía que salir corriendo de aquel lugar. Llegando a escasos metros de la puerta perteneciente a la habitación donde se introducían las huellas, Ana comprobó que la escalera del final del pasillo estaba más o menos a la misma distancia que la del inicio. Una terrible sensación de desprotección le asaltó de repente, como si se encontrara en medio del océano, rodeada de tiburones, sin un lugar en el que resguardarse. Con manos temblorosas, agarró el pomo de la puerta y, antes de que pudiera girarlo, alguien le sujetó con fuerza desde detrás, atenazándole el cuello.

—¿Cómo lo ha sabido? —gritó Javier.

Ana notó una fuerte y fría presión sobre la sien. Javier le estaba apuntando con un arma.

—Tran…tranquilícese Javier —logró pronunciar Ana, intentando no poner nervioso a su agresor—. No haga una tontería de la que luego se pueda arrepentir.

—¡No me van a coger! Voy a salir de aquí —dijo Javier, mirando a ambos lados—. ¡Vamos, muévase!

Mientras avanzaban torpemente por el pasillo, un grito les llamó la atención.

—¡Ana!

La llamada provenía de la planta inferior. Daniel la estaba buscando.

—¡Da…

Ana no tuvo tiempo de llamar a su compañero. Javier le tapó la boca y le apretó con más fuerza el cañón del arma sobre la sien.

—Ni una palabra, si quiere seguir viva —le amenazó—. ¡Siga por aquí!

Javier la empujó hacía un hueco en medio del pasillo, en el que una escalera de apenas diez peldaños conducía hasta la parte alta del edificio.

—¡Sabe que no tiene escapatoria! —dijo Ana, mientras subían por la escalera—. Lo mejor es que se entregue y no empeore más las cosas.

—¿Cree usted que pueden empeorar más? —repuso Javier—. ¡Abra la puerta!

Ana abrió la puerta del final de la escalera y salieron a la azotea. Un muro de apenas medio metro de altura la bordeaba. La lluvia caía con fuerza y los sumideros no daban abasto para evacuarla. Desde allí se podía ver el resto del hotel y la costa de levante, que ahora aparecía difuminada debido a la densa lluvia. Javier cerró la puerta tras de sí y volvió a agarrar a Ana por detrás, amenazándole de nuevo con la pistola.

Ana se dio cuenta que si no cambiaba de estrategia la cosa acabaría mal.

—¿Por qué lo hizo, Javier?

—Yo no la violé. Fueron ellos.

—Digo que por qué la abandonó. Ella confiaba en usted y la traicionó.

—Yo… yo no podía hacer nada. ¿Sabe lo que habría pasado si… si aquello hubiera salido a la luz? Yo tengo una familia; mujer y dos hijas. Hubiera sido mi ruina.

—Y por eso decidió dejarla sola. Trasladaron el cuerpo sin vida de Bernardo Mulet junto con Lucía hasta la lavandería y se inventaron una historia, en la que solo aparecían ellos dos, para no inculpar a los demás. Debido al estado de shock en el que se encontraba Lucía no pudo contar nada de lo que realmente pasó. De esa manera evitaron que la policía inspeccionara la habitación donde todo ocurrió y encontrara pruebas incriminatorias.

—No podíamos hacer otra cosa. Bernardo ya estaba muerto y los demás teníamos mucho que perder.

—Pero al final, la que más perdió fue Lucía. ¿Qué le prometió, Javier?

—Yo… yo —las palabras de Javier acababan en llantos y lamentos.

—Usted le prometió que dejaría a su mujer y que se iría con ella ¿Verdad?

Javier seguía llorando desconsolado.

—¡Qué gran mentira! Lucía no le importaba nada.

—Yo… yo no quería que le pasara nada —dijo Javier sin dejar de llorar y babear—. Yo… la quería, pero… pero me equivoqué y… y lo siento.

—No tiene que decírmelo a mí, Javier —dijo Ana, señalando al frente—. ¡Dígaselo a ella!

Javier alzó la vista. Allí estaba, frente a ellos, a escasos tres metros. Vestía un simple camisón de color blanco, totalmente empapado, pegado a la piel. Los pies estaban descalzos y sujetaba una hoz en su mano derecha.

—No… no puede ser —balbuceó Javier.

De repente, Lucía se abalanzó sobre ellos esgrimiendo la hoz en alto. Javier apartó el arma de la sien de Ana y apuntó hacia ella, disparando repetidas veces. Como si de un espejismo se tratara, Lucía se descompuso en diminutas gotas de agua que se mezclaron con la lluvia, pasando por encima de ellos como un torbellino, y recomponiéndose de nuevo al otro lado. Ana aprovechó la confusión de Javier para zafarse de él, pero solo logró perder el equilibrio y caer al suelo. Javier apuntó de nuevo a Lucía, que volvió al ataque. Aunque Javier pulsó repetidamente el gatillo, solo pudo disparar una última bala, que impactó en la mano con la que Lucía blandía la hoz. Lucía volvió a fusionarse de nuevo con la lluvia, pero la hoz cayó al suelo, frente a Javier, que soltó la pistola y la recogió, empuñándola con manos temblorosas hacia el frente. Miró a su alrededor y no vio rastro de su atacante. Entonces fijó la vista en Ana, que estaba tendida en el suelo junto a él.

—¡Todo es culpa tuya! —gritó lleno de rabia, mientras alzaba la mano con la que sujetaba la hoz—. ¡Maldita seas!

Ana levantó el brazo para protegerse, aunque sabía que no le serviría de mucho. Antes de que sintiera el más mínimo contacto de aquella afilada hoja en su cuerpo, se escucharon tres nuevos disparos. Cuando Ana bajó el brazo, tuvo tiempo suficiente de ver como Javier retrocedía, con el pecho empapado en sangre, y caía por el borde del edificio. Ana volvió la vista y pudo ver a Daniel bajo el umbral de la puerta que daba acceso a la azotea, con los brazos extendidos al frente. Del cañón de su arma, todavía salía un delgado hilo de humo.

—¿Estás bien? —preguntó Daniel, ayudándola a levantarse del suelo.

Ana se abrazó a él con fuerza y comenzó a llorar.

Lentamente se acercaron al borde de la azotea. Javier yacía en el suelo del jardín, sin vida, rodeado de un gran charco de sangre. La lluvia caía abundantemente sobre su cuerpo inerte. Todavía sujetaba la hoz con fuerza en su mano.

—¡Ahí tienes a tu fantasma! —señaló Daniel.

29 Tu verdad, no la mía.

La rueda de prensa convocada por la Policía nacional había atraído a numerosos medios de comunicación, tanto nacionales como extranjeros, debido al tremendo interés que los crímenes habían suscitado en la opinión pública. La sala estaba repleta de periodistas que se ubicaban en los bancos del centro, mientras que las cámaras se agrupaban en los laterales y la parte trasera. Ana, que había recibido un pase especial, se quedó de pie junto a la puerta de entrada. El murmullo provocado por los asistentes era continuo y ensordecedor. Pronto se conocerían con detalle los pormenores del caso de "*El descuartizador de la hoz*", tal como lo había bautizado la prensa.

Ana sabía de antemano que todo lo que se contara en aquella sala no sería cierto. Solo ella sabía la verdad de lo ocurrido. Ella era la única que presenció lo que pasó en aquella habitación hace diez años, como también era la única testigo de lo que ocurrió en la azotea del hotel antes de que Daniel irrumpiera con su arma salvándole la vida. Pero, ¿qué iba a hacer? ¿Quién se iba a creer una historia de fantasmas y posesiones para explicar las muertes sucedidas? Estaba claro que era mucho más admisible la explicación que la policía iba a relatar, basándose en las averiguaciones realizadas tras los últimos acontecimientos. Daniel le había relatado con detalle la conclusión a la que habían llegado con respecto al caso, y la verdad era que, para alguien que no hubiera estado inmerso en la investigación, aquella explicación parecía de lo más convincente. Pero, para Ana, todavía quedaban muchas cuestiones en dicha versión sin responder.

Los flashes de las cámaras sustituyeron a los continuos murmullos en cuanto el comisario Vicens y el jefe de prensa entraron en la sala. Tras permanecer de pie durante unos segundos para ser fotografiados, con sus flamantes trajes de gala repletos de condecoraciones, ambos se sentaron tras la mesa dispuestos a comenzar con la conferencia. Ana se fijó en que Daniel se había quedado tras ellos, bajo el umbral de la puerta de entrada. Después de retorcer varias veces el micrófono que tenía frente a él sobre la mesa, el comisario Vicens comenzó a hablar.

—Buenos días a todos. Les hemos reunido hoy aquí, para darles a conocer la resolución de la investigación realizada por el Cuerpo de la Policía Nacional, referente al triple caso de asesinato acontecido en estos últimos meses. Y digo triple caso de asesinato, porque a las muertes de Rubén Flores Requena y Óscar García Garrido, tenemos que añadir la de Roberto Serra Pérez, acaecida tres meses atrás en la carretera Ma-10 que va desde Lluc a Pollensa. Decirles que hay parte de la investigación que se encuentra todavía bajo secreto de sumario, por lo que no podremos ofrecerles todos los datos referentes a la misma. Antes de empezar, quiero destacar la estrecha

colaboración mantenida entre los diferentes departamentos de la policía judicial como son la UDEV, en su sección de homicidios y desaparecidos, y las diferentes unidades operativas de apoyo, como pueden ser la Unidad Central de Investigación Tecnológica o la policía científica, para llegar a la resolución del presente caso. Y sin más dilación, paso a relatarles cómo ocurrieron los hechos y cómo hemos llegado a la conclusión final.

El 31 de diciembre de 2006, cuatro amigos se reunieron, tras muchos años de no verse, para celebrar en el hotel DK de Cala Mondragó la fiesta de Nochevieja. El encuentro fue organizado por Óscar García Garrido, que trabajaba en el hotel por aquel entonces. A la fiesta acudieron también Roberto Serra Pérez, Rubén Flores Requena y Bernardo Mulet González. En nuestras últimas pesquisas, hemos podido averiguar que todos ellos se conocieron jugando al fútbol en la categoría de juveniles dentro del club deportivo Son Canals. Tras cenar en el restaurante del hotel, decidieron ir a una habitación, que habían reservado, para emborracharse y subir un poco de tono la fiesta, algo que no les hubieran permitido en el restaurante. Al parecer, decidieron llamar al servicio de habitaciones para que les llevaran más bebida. La mala suerte quiso que fuera Lucía Mendoza Salguero la que se personara en la habitación para entregar el pedido. Los cuatro aprovecharon el momento de la entrega para arrastrarla dentro de la habitación y, contra su voluntad, cometer sobre ella un acto de violación y causarle daños físicos de grave consideración. En un intento de protegerse, Lucía golpeó con un objeto contundente a Bernardo Mulet, causándole la muerte inmediata. Ante tal situación y sin saber qué hacer, decidieron acudir a Javier Beltrán Ribas, gerente del hotel y a la vez hermano de una tía de Óscar García Garrido. Es entonces cuando deciden crear una farsa entre todos y transportan el cadáver de Bernardo Mulet y a Lucía Mendoza, que debía estar sin sentido o drogada, al sótano del hotel, donde se encontraba la lavandería, sin ser vistos. Allí urdirían el plan de que fue únicamente Bernardo Mulet quién la violó y que ella lo mató en defensa propia. Los otros tres culpables desaparecieron de la escena. El principal maquinador de la trama fue Javier Beltrán, que simuló ser quien encontró a Lucía y Bernardo en la lavandería. También se ocupó de borrar todos los datos de reserva en el ordenador del hotel, no dejando ningún rastro posible de los tres sospechosos restantes. El acto que infringieron a Lucía Mendoza fue tan atroz y deleznable que le provocó un trastorno mental que la dejó en estado catatónico, incapaz comunicarse, y a día de hoy aún sigue en la misma situación. La verdad es que su declaración habría sido de vital importancia para esclarecer los hechos en aquel momento. Así pues, el caso fue archivado por el juez dando como válida la declaración efectuada por Javier Beltrán; Lucía fue recluida en el CASEM y Bernardo Mulet cargó con todas las culpas.

Ahora nos trasladamos al momento actual. Al parecer, tanto Óscar como Rubén y Roberto tienen problemas económicos importantes. Como no tienen a quien recurrir para conseguir dinero, optan por la opción más fácil; los tres

se ponen de acuerdo y deciden chantajear a Javier Beltrán, amenazándole con contar lo ocurrido en su contra si no les entrega dinero a cambio. Le hacen ver que él tiene que perder más que nadie. Javier Beltrán no solo fue el principal artífice y creador del plan para la ocultación de aquella violación que condujo a Lucía Mendoza hasta una institución mental, sino que también mantenía una relación sentimental con ella. Para él hubiera sido su hundimiento personal. Su mujer era la hija de uno de los grandes directivos de la cadena hotelera y que todo saliera a la luz le habría ocasionado la ruina total. Así que, ante la imposibilidad de acceder a sus pretensiones, Javier Beltrán decide tomarse la justicia por su mano. Utilizando una vieja hoz como arma homicida, acaba con la vida de los tres chantajistas, pero gracias a las pesquisas realizadas en el crimen de Óscar García Garrido, podemos llegar hasta él. Lamentablemente, durante su detención opone resistencia y, empuñando el arma que utilizó para sus crímenes, se encara a uno de nuestros agentes por lo que es abatido sin remedio. Con la muerte de Javier Beltrán se cierra el círculo y concluye la investigación por nuestra parte, quedando en manos del juez y del fiscal correspondiente la resolución final. Y bien, a grandes rasgos esto es todo, si tienen ustedes alguna pregunta, se la responderé en la medida de lo posible.

Los flashes volvieron a hacer acto de presencia y varios de los periodistas allí presentes levantaron la mano. Un chico con traje negro y corbata, se acercó a uno de ellos con un micrófono en la mano.

—Buenos días. ¿Cómo pueden ustedes estar tan seguros de que Javier Beltrán es el autor de los crímenes? Al estar muerto no ha podido reconocer la autoría de los hechos.

—Pues porque, como ya he comentado, fue hallado en posesión del arma homicida —contestó el comisario—. Sus huellas han sido las únicas encontradas en la empuñadura de la hoz, y en la hoja se han detectado muestras de sangre y ADN de las tres víctimas. Como ya he dicho antes, en el momento en que procedimos a la detención de Javier Beltrán, se le encontró intentando cometer un nuevo crimen con ella, razón por la que tuvo que ser abatido por las fuerzas de la policía.

—¿Quién era esa nueva víctima? —preguntó otro periodista en voz alta, poniéndose en pie y sin esperar a que le pusieran el micrófono delante.

—Eso está dentro del secreto de sumario —contestó el comisario—. Lo único que le podemos decir es que esa persona se encuentra sana y a salvo gracias a la rápida actuación de nuestros agentes.

Ana no podía soportar tanta falsedad, así que decidió salir de la sala. Realmente habían encontrado la manera de acallar a la opinión pública y colocarse una nueva medalla. El comisario había dicho que "*el círculo se había cerrado*", pero ¿sería cierto? Ana no estaba muy segura de ello. En su visión de lo que ocurrió en aquella habitación no pudo distinguir muy bien cuantas personas había presentes, no obstante, que Javier Beltrán fuera la última víctima de María, le hacía suponer que posiblemente todo podría haber

acabado. Al fin se había hecho justicia, aunque no fuera la oficial.

Ana salió del edificio. El gélido aire de Enero golpeó su rostro sin compasión. Después de ajustarse el abrigo, comenzó a bajar las escaleras. Ahora lo único que deseaba era llegar a casa y tomarse una buena taza de café caliente que le arrancara aquel frío que le estaba corroyendo los huesos.

—¡Ana! —gritó Daniel, bajando las escaleras tras ella.

—¡Vaya! Al parecer habéis encontrado al verdadero asesino —dijo Ana con tono sarcástico—. ¡Hay que ver lo equivocada que estaba!

—Ana, Javier Beltrán tenía el arma homicida en sus manos. No olvides que yo estuve allí. Todo lo que ha contado el comisario es fruto de la investí…

—Todo lo que ha contado el comisario ha sido única y exclusivamente para acallar los medios de comunicación, y tú lo sabes.

—Y… ¿Qué querías, Ana? ¿Contar que los crímenes los había cometido un espíritu que se había introducido en el cuerpo de Lucía? Imagínate que nos hubiéramos presentado ante la prensa con esa historia. Hubiésemos sido el hazmerreír de todos. Ya me lo imagino en primera página "*La CNP contacta con los cazafantasmas para atrapar al asesino*". Vamos, Ana. ¡Reconócelo! Nuestra versión presenta algunos flecos pero…

—¿Flecos? Flecos es lo que tenía el traje de india que me ponían mis padres de pequeña para ir a la Rua. Lo que hay en vuestra versión son lagunas más grandes que la de Nueva Caledonia. ¿Cómo vais a explicar el corte encontrado en la huella de la mano del gimnasio de Rubén? ¿Cómo es posible que Javier Beltrán cometiera el asesinato de Óscar si estaba con nosotros en el hotel antes de que bajáramos a Palma? ¿Cómo consiguió las huellas de Lucía? Se os olvida que para que vuestra versión sea creíble es necesaria la existencia de un cómplice dentro del CASEM y no lo habéis encontrado. ¿Qué le contaréis a la prensa cuando se hagan todas estas preguntas?

—No se las harán. Lo de las huellas quedará dentro del secreto de sumario y no saldrá a la luz. La prensa solo quiere una noticia sensacionalista que publicar y ya la tiene. Lo que el comisario ha contado quedará como la única verdad de lo sucedido y puedes estar segura que esta explicación será más creíble que la… la…

—¡Dilo, Daniel! ¡Dilo!

En ese momento, un agente llamó a Daniel desde lo alto de la escalera.

—¡Déjalo! —concluyó Ana—. Quizá vosotros hayáis encontrado vuestra verdad, pero no la mía. Ahora vuelve, te están esperando.

Ana se dio la vuelta y terminó de bajar las escaleras. Después volteó la esquina del edificio en dirección al parking, desapareciendo de la vista de Daniel.

—¡Joder! Será cabezota. ¿A quién habrá salido?

30 La sospecha

Luís hojeaba el informe que Ana le había entregado reclinado en su silla, mientras sacudía la cabeza hacia ambos lados mostrando disconformidad. Ana que estaba sentada al borde de la mesa con los brazos cruzados, esperaba que su compañero de trabajo le diera su opinión sobre el tratamiento farmacológico que se le había asignado a Lucía.

—¿Y dices que en diez años la paciente no ha presentado ninguna mejoría?

—Nada —afirmó Ana—. Sigue igual que cuando entró. Incluso me atrevería a decirte que podría haber empeorado.

—El tratamiento farmacológico está dentro de lo correcto —confirmó Luis ajustándose las gafas—. La esquizofrenia, en cualquiera de sus versiones, requiere el uso de fármacos para que el paciente no sufra brotes. Al contrario de lo que se pueda pensar, no existe una cura para este tipo de enfermedades, como tu bien sabes, pero mediante una medicación correcta, y ésta lo es, y una psicoterapia efectiva, el cliente tendría que mejorar.

—Eso es lo que yo pensaba.

—No sé, Ana. Es un caso un poco atípico.

—Dímelo a mí. Oye… y si… Estoy pensando que…

—¡Vamos, dispara ya!

—¿Podría darse el caso contrario al tratamiento que está recibiendo?

—¿A qué te refieres?

—¿Y si estuvieran suministrándole algún fármaco o droga que le mantuviera en ese estado?

—¿Me estás sugiriendo un trastorno psicótico inducido por sustancias?

—¡Exacto!

—Pero…—Luis volvió a hojear el dosier de Lucía—. Aquí no hay ningún fármaco o droga que pudiera provocarle dicho trastorno.

—¡Claro! No lo iban a reflejar en el informe.

—A ver. ¿Me estás diciendo que este informe está falseado?

—¿Sino qué otra explicación le encuentras?

Luís se quedó como una estatua, sin encontrar una respuesta para Ana, en parte porque no la tenía, y en parte porque no daba crédito a lo que su compañera de trabajo acababa de insinuarle.

—¿Qué tipo de sustancias podrían inducirle al estado en que se encuentra? —preguntó Ana.

—Hay muchas, pero lo más común sería una mezcla de opiáceos, anfetaminas, inhalantes alucinógenos, ansiolíticos… ¿quieres que siga?

—No. Ya me lo has dicho todo.

—Los fármacos se le tendrían que administrar de forma controlada y en las dosis adecuadas. Cualquier alteración de las cantidades podría provocarle una

sobredosis que le causaría una muerte inmediata. Piensa que lleva allí diez años. El continuo suministro de estas drogas durante todo ese tiempo, le podría haber originado daños irreversibles en el cerebro, lo que quizá podría explicar la catatonia que padece. De todas formas los análisis de sangre no demuestran…

Ana señaló el informe que Luís tenía en las manos con la mirada.

—Ah… ya —asintió Luís—. Se supone que los análisis también están falseados.

—¡Ahí lo tienes! Dime ¿De qué manera crees que le estarían suministrando las dosis?

—Si yo quisiera que nadie se diera cuenta… lo haría por vía oral; mezclándolo con la comida o bien con los medicamentos habituales.

— ¿Y cómo podríamos saber si estoy en lo cierto?

—Necesitaría una muestra de sangre o de orina. Aunque si tenemos en cuenta que el suministro de drogas para mantenerla en ese estado debe ser continuo, también sería suficiente una muestra estomacal.

—¿Una muestra estomacal?

—La mejor manera de obtenerla es a través de un lavado gástrico o después de vomitar.

Ana se quedó pensativa por unos instantes.

—Creo que será la manera más fácil de conseguirlo —dijo al fin—. No me dejarán verla sin vigilancia, pero podría intentar suministrarle algún emético de forma disimulada que le provocara el vómito. ¿Te valdría mi ropa manchada?

—No sería lo más correcto, pero viendo la situación que me estás describiendo tendremos que conformarnos ¿Supongo que tienes en cuenta que el análisis que obtengamos no podrá ser utilizado como prueba? Ese examen toxicológico solo nos servirá para saber si la que está como una chota es ella o tú.

—No creo que te haga falta ningún análisis clínico para saber si estoy loca después de lo que te estoy contado.

—Ana, ¿Sabes que te estás metiendo en la boca del lobo? —dijo Luís con tono serio—. Si te pillan te pueden inhabilitar de por vida.

—Lo sé. Pero es un riesgo que debo correr —dijo Ana dirigiéndose hacia la puerta—¡Te debo una!

—Dime una cosa —requirió Luís, antes de que Ana saliera de su despacho — ¿Por qué querrían en el CASEM que Lucía no mejorara de su patología?

—Eso es lo que pretendo averiguar.

****

Ana se sentó tras la mesa de su despacho y cogió el teléfono inalámbrico

de la base. Estuvo pensando un momento antes de marcar, preparando lo que iba a decir. Finalmente decidió pulsar el cero, para obtener línea externa, y seguidamente el número del CASEM. La misma chica que les atendió en su visita con Daniel, contestó al otro lado de la línea.

—**C**entro de **A**lta **S**eguridad para **E**nfermos **M**entales, le atiende Samanta. ¿En qué le puedo ayudar?

—Buenos días. Soy la doctora Ana Amengual. ¿Podría hablar con el doctor Bauzá?

—Un momento, voy a mirar si está en su despacho.

Samanta la puso en espera. Una emisora de radio se activó en la línea. En ese instante, Jess Glynne interpretaba "*Don't be so hard on yourself*". Ana se había hecho aquella misma pregunta muchas veces ¿Estaría siendo demasiado dura consigo misma? Ella era muy consciente de que, desde la muerte de sus padres, su carácter había cambiado drásticamente. Quizá el no haber podido evitar aquel accidente, el no haberlo visto, le había creado un complejo de culpabilidad que le había hecho ser más estricta con todo lo que hacía. Y ese nivel de exigencia que se autoimponía, era sin duda el culpable de que se hubiera vuelto más huraña. Todo el mundo le molestaba. A parte del trato que tenía con sus pacientes, no soportaba la compañía de nadie. Prefería estar sola. Era la única manera de tomar sus propias decisiones sin tener que depender de los demás

Sin embargo con Daniel todo era diferente. Su manera de ser, sus sentimientos hacia ella. Lo pudo ver en el instante que retornó de su contacto con el pasado en aquella habitación, cuando la estrechó entre sus brazos. O cuando la volvió a abrazar después de haber disparado a Javier Beltrán en la azotea del hotel. Ella le importaba. Y Ana quería corresponderle, porque sentía lo mismo por él. Pero algo en su interior le decía que no podía permitir que su relación con Daniel se volviera algo más serio. Y ese algo era el miedo. Miedo a perderle como había perdido a Pedro en aquel precipicio, o como había perdido a sus padres. No, aquello no volvería a pasarle. Ya había sufrido bastantes pérdidas en su vida como para cargar con una más.

—¿Doctora Amengual? —preguntó Samanta.

—Sí. Dígame.

—Le paso.

Ana quedó sorprendida. Después de su desafortunado encuentro con el doctor Bauzá, dudaba mucho de que hubiera querido volver a atenderla.

—Buenos días, doctora —saludó el doctor—. ¿Qué quiere usted?

El tono de voz no era nada amigable. Ana pensó que, si quería conseguir algo de él, lo mejor sería comenzar con unas disculpas por lo ocurrido para suavizar un poco la tensión.

—Buenos días, Doctor. Antes de nada quería pedirle disculpas por lo que pasó el otro día. Debe usted comprender que no era mi intención causar aquella situación. Entenderá, como buen profesional que es, que era imprevisible que Lucía respondiera de aquella manera.

—Disculpas aceptadas —contestó bruscamente el doctor—. Ahora dígame qué es lo que quiere.

—¡Verá! El departamento de homicidios de la UDEV me ha pedido que cierre el informe referente al caso de Lucía. Cómo usted sabrá, ya han dado con el culpable de todas esas horribles muertes.

—Ya les dije que el responsable no lo encontrarían aquí dentro. Conozco muy bien a mis trabajadores.

—Eso no lo dudo, Doctor. La verdad es que, si he de serle sincera, hay varios puntos que querría tratar con usted antes de cerrar este informe. Usted más que nadie conoce el caso de Lucía y me gustaría que me ayudara a solucionar una serie de dudas que no logro solventar por mí misma. «*Eso es Ana, rebájate para que se sienta más importante, sobre todo que entienda que está por encima de ti*».

—Está bien. ¡Dígame de que se trata!

—Preferiría hablarlo con usted en persona. Así le mostraría mi informe y podría ofrecerme su experta opinión. «*No te pases, Ana. No es tan estúpido como crees*».

—De acuerdo. Le haré ese favor.

«*Pues sí que lo es*».

—¡Mire! —prosiguió el doctor—. Mañana tengo que salir de viaje, así que solo podré atenderle hoy. Estaré en el centro hasta las ocho aproximadamente. Notificaré su visita en recepción para que le acompañen hasta a mi despacho.

—Gracias por todo. Estaré allí sobre las cinco y media, antes de que anochezca.

—Le espero —contestó el doctor, y después colgó.

Ya estaba dado el primer paso. La verdad es que no había sido muy complicado. El doctor Bauzá había dado claras muestras de que era fácilmente manipulable. Ahora solo faltaba conseguir las pruebas necesarias para confirmar sus sospechas de que Lucía estaba siendo sometida a algún tipo de tratamiento para que no recuperara su contacto con la realidad.

Ana calculó que Lucía debía pesar aproximadamente unos sesenta quilos, así que sería necesario suministrarle una dosis directa de al menos diez gramos de apomorfina para inducirle el vómito. Todavía no tenía muy claro cómo iba a hacerlo. Si realmente estaba en lo cierto, era seguro que no iban a dejar que se acercara a Lucía sin estar estrechamente vigilada. El reloj de su ordenador marcaba las 12:30. Disponía de cinco horas para idear un plan.

****

—¿Samanta?

—Dígame doctor.

—Está tarde vendrá a visitarme la doctora Ana Amengual. Cuando venga

avíseme primero. Después acompáñenla a mi despacho.

—De acuerdo, Doctor.

—Un momento…

—¿Sí, dígame?

—¿Sabe qué? Antes de que suba a mi despacho, ténganla esperando una media hora.

—Bien. Lo… lo que usted mande.

El Doctor Bauzá cortó la llamada interna y, después de volver a dejar el terminal sobre la base, se recostó en el respaldo de la silla, entrelazando las manos detrás de la cabeza.

—¡Se va enterar ésta de quién manda aquí!

31 Aún no ha acabado todo

Hacía mucho tiempo que Daniel no había visto al comisario Vicens tan contento, es más, si se paraba a pensarlo, posiblemente ni siquiera lo había visto nunca de buen humor. La resolución del caso y el éxito de la rueda de prensa realizada el día anterior, de la que salió vitoreado entre aplausos, habían transformado al horrible ogro en una plácida y benevolente persona.

—Pasa y siéntate —le convidó, mostrando su mejor sonrisa.

Daniel se preguntaba hasta cuándo duraría tanta amabilidad. Después de cerrar la puerta del despacho, se sentó frente a él.

—¿Sabes quién me ha llamado esta misma mañana? —dijo el comisario.

—No soy tan buen investigador —bromeó Daniel.

—El mismísimo ministro en persona.

—¡Vaya! Eso está… ¿bien?

—Está más que bien, Daniel. Me ha dado la enhorabuena y ha destacado la estupenda labor que ha realizado nuestro departamento en la resolución del caso.

—De eso precisamente quería hablarle.

—Dime lo que quieras, hijo.

«¡*Hijo*!» El comisario Vicens debía tener casi sesenta años; realmente sí que era verdad que podía ser su hijo, pero tanta cortesía por su parte no le daba muy buena espina.

—¡Verá! He estado repasando el caso y hay algunas cosas que no me cuadran.

La cara del comisario Vicens se transformó de inmediato. ¿Sería posible que el ogro hubiera vuelto tan pronto?

—Bueno, eso ya no nos incumbe a nosotros. La investigación ha sido traspasada…

—Pero podríamos solicitar la reapertura de…

—¡Daniel! —le interrumpió el comisario cerrando los puños sobre la mesa —. Ya hemos presentado todos los informes a la fiscalía y al juez. Por nuestra parte la investigación está cerrada. Cogimos al culpable con el arma homicida en las manos a punto de cometer un nuevo crimen. ¡TÚ… cogiste al asesino! —acentuó el comisario—. La pelota ya no está en nuestro tejado.

—Ya, pero todo el caso está basado en pruebas circunstanciales.

—¿Pruebas circunstanciales? Vamos, Daniel. ¡No me jodas! ¿Qué pasa? ¿Ahora eres un puto abogado?

«*Pues sí. Al final ha desaparecido la camaradería y la cordialidad*»

—Solo estoy diciendo que no vimos cometer ningún delito directamente a Javier Beltrán. Y también que hay algunos detalles de la investigación que no encajan de ningún modo en los hechos. Usted mismo pudo comprobar el

resultado de la huella encontrada en los baños del gimnasio. Era una huella reciente de Lucía. ¿Cómo pudo Javier Beltrán conseguir la muestra? La única manera era teniendo un cómplice dentro del CASEM, y eso complica todavía más las cosas porque las grabaciones demuestran que nadie tuvo ningún tipo de contacto sospechoso con Lucía. Creo que nos hemos precipitado…

—¿Precipitado?—repuso el comisario alzando el tono de voz de manera incontrolada—. Daniel, llevo muchos años en este oficio. Yo ya estaba deteniendo delincuentes cuando tú no estabas ni en los huevecillos de tu padre. No vas a venir tú ahora a enseñarme a mí cómo funcionan las cosas. Todas las investigaciones tienen cabos sueltos. Pero eso no significa que el resultado sea erróneo ¿Me dices que es posible que Javier Beltrán tuviera un cómplice en el CASEM? Vale, te lo compro. Pero eso no quita que él fuera el responsable último de las muertes.

—Ya lo sé. Yo también pienso que Javier es el culpable. Eso no lo pongo en duda. Pero creo que tuvo que tener a alguien que le ayudara desde dentro. Solo pido que me dé algo de tiempo para intentar averiguar quién lo hizo. No creo que sea muy complicado pedir…

—¿Qué no es complicado? ¡Claro! tú lo ves todo muy sencillo. Estás abajo, moviéndote en las calles, y eso es duro. Lo sé porque yo he estado en el mismo sitio que tú. Pero ahora me tengo que codear con una cúpula de mierda que lo único que quiere es que todo funcione como un reloj suizo; sin problemas. ¿Y sabes quién es el jodido relojero que se encarga de que el reloj funcione correctamente? El menda aquí presente. Y te puedo asegurar que cuando una pieza retrasa el funcionamiento de un reloj, más vale quitar esa pieza y poner otra.

—¿Me está amenazando?

—Te estoy diciendo que yo soy el comisario y tú un simple inspector —gruñó el comisario golpeando la mesa—. Aquí el que decide como se hacen las cosas soy yo. Simplemente por el hecho de que soy el que tiene que dar la cara ante los altos mandos, y mientras tenga esa responsabilidad se harán las cosas a mi manera. Si me equivoco cargaré con todas las culpas, pero será por una mala decisión mía, no porque a alguien se le haya ocurrido saltarse la cadena de mando. ¿Te queda claro?

—Me queda claro —afirmó Daniel.

—Veo que nos entendemos —dijo el comisario más calmado—. Puedes retirarte.

Daniel se levantó y, antes de salir del despacho, el comisario Vicens le llamó la atención.

—Daniel, otra cosa. Mañana vendrá un agente de asuntos internos. Quieren hablar contigo sobre lo que pasó en la azotea del hotel. Ya sabes… siempre que alguien la palma, mandan a un capullo para asegurarse de que no se cometió ninguna negligencia. No te preocupes. Es simple rutina.

—De acuerdo, comisario.

—Daniel, eres un buen agente y estoy seguro de que también una persona

íntegra y leal. Pero, cuando lleves más tiempo en este oficio, te darás cuenta de que a veces hay que hacer un poco la vista gorda. Eso no significa que estés haciendo mal las cosas, sino que simplemente estás escogiendo el camino más adecuado para que todo siga funcionando como es debido. Un asesino, aunque no se pueda demostrar que ha matado a nadie, debe de estar en la cárcel; simplemente porque es el lugar donde menos daño puede causar a los demás. Es como si dejaras que un lobo se paseara entre un rebaño de ovejas porque todavía no se ha comido a ninguna. El mal está en su naturaleza, al final matará a las ovejas, y no puedes esperar a que lo haga para castigarlo, luego será tarde. Tienes que deshacerte del lobo antes de que actúe. Que sea culpable o no de haber cometido un delito es intrascendente. ¿Lo entiendes?

Daniel no contestó. Simplemente se limitó a apretar la mandíbula, en señal desacuerdo. Tras salir del despacho se dirigió a su oficina y, después de cerrar la puerta de golpe, se dejó caer sobre la silla. ¿Sería posible que, a través de años de servicio, el concepto de ley se viera alterado en beneficio de lo que uno pudiera considerar la verdadera justicia? Siempre había entendido que ellos no estaban para impartir justicia, sino para vigilar que se aplicara la ley y detener a los que no la cumplieran. Ley, Justicia; dónde terminaba una y empezaba la otra. Varios golpes en la puerta le sacaron de su abstracción.

—¡Adelante!

Un agente entró es su despacho con un dossier en las manos.

—Le traigo el listado de llamadas y mensajes que solicitó del teléfono móvil de Óscar García.

—¡A buenas horas! Déjelo sobre la mesa —indicó Daniel.

—Enhorabuena por la resolución del caso, inspector.

Daniel se fijó en que el agente llevaba un periódico enrollado bajo el brazo.

—¿Es de hoy?

El agente lo agitó sonriendo.

—Sí. Han repartido varios por todo el departamento. La foto del comisario aparece en las páginas centrales. Quiere asegurarse que todos le veamos.

—¿Le importa si…—dijo Daniel, sin terminar la frase y extendiendo el brazo.

—Eh… No, claro. Tenga usted, yo ya lo he leído.

El agente le entregó el periódico y después abandonó la oficina. Daniel lo abrió por la mitad y buscó el artículo que hacía referencia al caso. Lo encontró en la primera página de la sección de sucesos. "*La policía abate al asesino de la Hoz*". ¡Qué manía tenían los periódicos de ponerles motes a los asesinos en serie! Daniel pensó que aquel titular tenía una clara intención de carácter sensacionalista, cuyo fin era el de vender más tiradas. La foto del comisario Vicens ocupaba casi media página. Allí estaba, tan tieso que parecía que le hubieran metido un palo de escoba por el culo.

En la siguiente página se hablaba de las tres muertes y de Javier Beltrán. Tras averiguar la relación existente entre las víctimas, la prensa se había

lanzado a indagar sobre el pasado de sus vidas. Incluso habían recuperado una foto de archivo de cuando jugaban juntos en el Club deportivo Son Canals. La instantánea, en blanco y negro, mostraba un conjunto de once chicos, de entre quince y dieciocho años, seis de pie y cinco agachados delante, que posaban con el equipaje del club en medio de un campo de futbol. Junto a ellos se encontraban cuatro personas mayores que, según el pie de foto, eran el entrenador, el delegado, el utilero y el presidente del club. Daniel intentó distinguir a las tres víctimas entre todos ellos. No le llevó mucho tiempo, pues su fisonomía no había cambiado sustancialmente. Sin embargo lo que más le llamó la atención era otro de los rostros que allí se mostraban. No podía precisar a quién le recordaba. Quizá algún conocido que no veía desde hacía tiempo, o quizá… miles de agujas se clavaron en su cuerpo ante la reciente sospecha que acababa de tener.

Sin perder tiempo, dejó el periódico sobre la mesa y cogió el informe que le había entregado el agente sobre el teléfono móvil de Óscar García. El listado de las últimas llamadas ocupaba dos páginas y estaba ordenado por fecha y hora. Rápidamente comprobó varios de los números que más se repetían. El más frecuente pertenecía a Javier Beltrán, lo que podría apoyar la hipótesis de la supuesta extorsión a la que estaba siendo sometido.

—¿Qué diablos…

Daniel se sorprendió al comprobar que Óscar había realizado una última llamada a un teléfono fijo momentos antes de su muerte. Era un número que no se repetía en el resto del listado. Sin esperar más, cogió su móvil y lo marcó. El tono sonó varias veces, hasta que una voz robótica de mujer le notificó un mensaje:

—"*El departamento al que está usted llamando no está de servicio en estos momentos. Va usted a ser transferido a la centralita. Espere por favor*".

El mismo tono de antes volvió a sonar varias veces, hasta que otra voz de mujer, esta vez humana, le atendió:

—**C**entro de **A**lta **S**eguridad para **E**nfermos **M**entales, le atiende Samanta. ¿En qué le puedo ayudar?

Daniel cortó la comunicación de inmediato. Ante sus manos tenía la prueba irrefutable de que alguien del CASEM estaba involucrado en los crímenes, sino por qué iba a llamar Óscar a aquel teléfono. Pero ¿quién podía ser aquella persona? Lo único seguro es que debía ser alguien que hubiera mantenido contacto de alguna manera con Lucía y solamente… Daniel volvió a coger el periódico y giró las hojas con brusquedad hasta que encontró la foto del equipo de futbol. Volvió a fijar la vista en el rostro de aquella persona que le había llamado tanto la atención.

Convencido de que su sospecha era cada vez más cierta, Daniel encendió el ordenador y buscó la página Web del periódico en internet. Una vez abierta clicó en "*Actualidad*" y después en "*Sucesos*", hasta llegar al artículo que hacía referencia a la relación existente entre las tres víctimas del asesino de la hoz. Allí estaba la foto tomada al equipo juvenil del Club Son Canals. Justo

debajo de ella se encontraba un enlace con el texto "*Artículo original de la foto*". Tras acceder al enlace, una nueva página se abrió en la pantalla con la misma fotografía, aunque a un tamaño mayor. En la parte superior, el titular del artículo rezaba "*El equipo juvenil del Son Canals logra el ascenso a la categoría regional preferente del futbol balear*". La noticia era del año 1999. A pie de foto se encontraba el listado de las personas presentes en ella, ordenados de izquierda a derecha. Daniel localizó a las tres víctimas: O. Garrido, R. Flores y R. Serra. Coincidían exactamente con los tres rostros que él había identificado. También localizó a B. Mulet en el listado. Ahora solo le quedaba comprobar quién era aquella persona que tanto le llamaba la atención. Estaba situada en el octavo puesto desde la izquierda. Daniel deslizó el puntero por la pantalla a través de los nombres hasta llegar a… Sus ojos se abrieron hasta casi caérseles de las cuencas, y la respiración se le entrecortó provocándole varios espasmos.

—¡Joder! No puede ser.

Sin perder tiempo sacó su móvil y pulsó en la agenda el nombre de Ana. El tono sonó varias veces, pero nadie atendió la llamada. Daniel buscó entonces el número perteneciente al hospital Marín Severo y volvió a llamar. Después del segundo tono, Clara respondió al teléfono.

—Departamento de psicología del Hospital Martín Severo. ¿En qué…

—Clara, soy el inspector Mascaró —le interrumpió—. ¿Puede pasarme con Ana?

—Hola, inspector. Lo siento, pero Ana no está. Salió hace algo más de media hora. No creo que vuelva, pero si quiere usted le puedo dar su número de móvil…

—No, ya lo tengo, pero no contesta.

—Eso debe ser por la cobertura. Las montañas deben interceptar la señal del móvil. Es lo que tiene….

—¿Las montañas? ¿A qué te refieres?

—Bueno… la doctora Amengual me dijo que tenía una reunión con el doctor Jorge Bauzá. Que anulara la sesión de hoy de las seis y la pospusiera para… ¿Inspector?

Daniel había cortado la llamada, saliendo a toda prisa de su oficina. No había tiempo que perder. En la pantalla de su ordenador el nombre "J. Bauzá" permanecía seleccionado. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para encontrar a Ana con vida.

32 La verdad oculta.

Aunque el sol todavía no se había puesto, las nubes ocultaban su presencia, permitiendo avistar, a duras penas, un débil resplandor que se perfilaba sobre las cumbres más altas de la Tramuntana. Al contrario que hacía unos días, la carretera estaba libre de nieve, aunque seguía cubierta por una fina capa de agua que provocaba que Ana tuviera que circular con bastante precaución. Ante ella, se descubría un deslucido paisaje montañoso de tonos grises que le suscitaba una creciente sensación de angustia. Todavía no estaba muy segura de cómo debía actuar una vez que se encontrara ante el doctor Bauzá, pero no le quedaba más remedio que confiar en su instinto; el mismo instinto que le indicaba que aquella historia aún no había acabado.

El tono de llamada entrante se activó a través del sistema de Bluetooth del vehículo. En la pantalla de audio se visualizó el nombre de Daniel. Ana lo observó durante unos instantes, dudando de si era mejor aceptar la llamada o descartarla. Sus dedos se desplazaron indecisos sobre las teclas de aceptación y rechazo situados sobre el volante. Finalmente decidió no hacer nada y esperar a que la llamada se detuviera por sí misma. No iba mezclar a Daniel en este asunto. Esto era algo que tenía que hacer ella sola. De todas maneras siempre había sido así; ella y nadie más.

El parking situado frente al edificio del CASEM estaba prácticamente vacío. Ana pudo aparcar junto a la entrada. Cuando salió del vehículo, una ligera brizna de lluvia le refrescó el rostro. Ana se fijó en que, desde su posición, se podía observar una parte del embalse del Gorg Blau. Las oscuras aguas de su superficie revelaban una inquietante calma que no presagiaba nada bueno. Con el firme propósito de descubrir si sus sospechas eran ciertas, subió las escaleras y, tras saludar al guardia que estaba en la entrada, se dirigió hasta la zona de recepción.

A medida que cruzaba el amplio hall, una sensación de angustia iba creciendo en su interior. El mostrador de recepción parecía alejarse a cada paso que daba. ¿Sería una señal de que no debía seguir con su propósito? Ana se paró durante unos instantes, respiró hondo y continuó adelante. Ya no había marcha atrás.

—Buenas tardes —saludó al llegar frente al mostrador—. Tengo… tengo una cita con el doctor Bauzá.

—Sí, claro —contestó Samanta—. Pero… ¿Se encuentra usted bien? —prosiguió fijándose en la palidez del rostro de Ana.

—Si es solo… es solo un ligero mareo. No se preocupe, ya se me está pasando.

—¡Bien! Tome usted asiento. El doctor está en una reunión, pero no creo que tarde mucho en acabar.

—Gracias —respondió Ana. Con paso lento y vacilante se sentó en un banco de madera situado junto a la recepción. Samanta la observó durante unos instantes y, después de susurrar unas palabras a su compañero, volvió sus quehaceres.

Ana ya había tenido aquella sensación de ahogo y agitación otras veces, y la verdad es que no era muy buena señal. Disimuladamente se tocó la parte interior de la bota derecha, para comprobar que el lapicero inyector de apomorfina que se había escondido seguía allí. Iba a ser prácticamente imposible quedarse a solas con Lucía, pero tenía que idear una forma de poder administrarle la dosis sin que nadie se diera cuenta. El efecto de la droga provocaría una emesis repetida en Lucía en un tiempo aproximado de dos o tres minutos desde su aplicación. Luego solo tendría que mancharse con el vómito lo máximo posible a fin de recoger la suficiente cantidad para poder realizar el examen toxicológico. Sinceramente, Ana pensaba que era una mierda de plan, pero no se le ocurría otra manera para conseguir una muestra válida sin que el doctor Bauzá sospechara de sus verdaderas intenciones.

Una repentina subida de temperatura invadió su cuerpo y el sofoco que le produjo se hizo insoportable. Sin dudarlo un momento, dejó su abrigo en el banco y se dirigió de nuevo hasta el mostrador de recepción.

—Disculpe. ¿Dónde podría beber un poco de agua?

—Tiene usted una máquina expendedora un poco más abajo —dijo Samanta, indicándole el pasillo de la derecha.

—Gracias —contestó Ana.

Mientras caminaba a través de aquel sombrío corredor, Ana tuvo la extraña sensación de ser observada por alguien. La lluvia comenzó a arañar los cristales de los altos ventanales, que ofrecían una lánguida imagen del bosque de pinos, que bajaba en pendiente hasta la presa del embalse. La luz de la máquina de bebidas parpadeaba tras el panel frontal, acompañando al continuo pestañeo de los fluorescentes del techo. Una etiqueta, en la parte superior de la ranura, indicaba que debía introducir un euro. Ana se dio cuenta de que se había dejado la cartera en el bolsillo interior de su abrigo.

—¡Mierda! —protestó con rabia.

Ya estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando algo le llamó la atención. Lentamente se dio la vuelta y miró hacia el final del pasillo. Allí estaba ella, descalza, cubierta únicamente por un viejo camisón del que no paraba de manar agua. Como si fuera un autómata, con paso lento pero preciso, Lucía desapareció tras la esquina. Ana salió tras ella, con intención de alcanzarla. Cada vez que volteaba una esquina, de manera incomprensible, la distancia entre ambas era mayor, a pesar del lento caminar de Lucía. De vez en cuando, Ana echaba la vista atrás, para asegurarse de que nadie la seguía. «¿*Dónde me llevas, Lucía*?» se preguntaba intrigada. En su persecución, Ana no se cruzó con nadie, algo que le extrañó bastante, aunque lo agradeció profundamente.

Finalmente, Lucía entró en una habitación, dejando la puerta abierta. Un

letrero, colocado sobre el marco superior, indicaba que aquella estancia pertenecía al departamento de administración de farmacia hospitalaria. Después de mirar a ambos lados y comprobar que no había nadie en el interior, Ana entró en la habitación. Que Lucía ya no se encontrara dentro, era algo que no le sorprendió en absoluto.

Ana cerró la puerta tras de sí y la oficina quedó casi a oscuras. La única luz, que entraba en aquella habitación, procedía de una ventana situada tras un escritorio en el que había un ordenador y varios papeles desordenados. Las paredes laterales estaban cubiertas por completo de estanterías repletas de archivadores, que debían contener documentación explícita sobre la entrada y suministro de medicamentos en el CASEM. Por la numeración de la etiqueta adherida en el lomo de las carpetas, Ana intuyó que debían de estar organizadas por números de factura, lo que iba a dificultar claramente el poder localizar algún dato sobre Lucía.

Tenía que haber algo más allí dentro que le indicara algo sobre ella. Por algún motivo en concreto Lucía la había conducido hasta esa oficina. Ana se dirigió hasta la ventana y comprobó que daba a un patio interior. Con mucha cautela, giró la varilla que cerraba las pestañas de la persiana veneciana colocada sobre el marco, para que nadie se diera cuenta de su presencia allí dentro. La habitación se tornó todavía más oscura, así que encendió una pequeña lamparita que había sobre el escritorio.

Ana se sobresaltó cuando las luces del ordenador se encendieron y el ventilador interno de la UCP gruñó sin previo aviso. ¿Cómo era posible que se hubiera puesto en marcha por sí solo? Quizá, después de todo, Lucía sí que seguía en aquella habitación con ella. La pantalla tiñó el rostro de Ana de un tono azulado, y las palabras "Usuario:" y "Password:" aparecieron en la parte superior. Ana se sentó en la silla y puso las manos sobre el teclado. De pronto se dio cuenta de que no tenía nada que hacer ¿Cómo iba a averiguar cuáles eran las claves precisas para acceder al sistema operativo?... A no ser que…

—¡Vamos, Lucía! —susurró Ana, apartando las manos del teclado—. No me has hecho venir aquí para nada.

La palabra "casem" apareció letra a letra tras el término "Usuario". Seguidamente, ocho asteriscos se fueron visualizando, uno tras otro, en el campo "Password". No pasaron más de diez segundos hasta que Ana pudo acceder a menú principal del programa.

Necesitaba encontrar cualquier información relevante con respecto a Lucía, y tenía que hacerlo rápido, antes de que alguien la encontrara en un lugar en el que no debía estar. Después de navegar durante un par de minutos por varios apartados del programa principal, localizó una carpeta con el nombre "L. Mendoza". Tras abrirla accedió a varios registros que le remitían a los datos personales de la paciente y…

—¡Bingo! —susurró Ana, al ver un enlace que hacía referencia al tratamiento farmacológico asignado a Lucía.

Ana clicó sobre el vínculo y accedió al historial de medicamentos y dosis

suministradas a Lucía durante los diez años que llevaba ingresada en el CASEM. Obtener una copia de aquel listado suponía poner en marcha la impresora, con el consecuente peligro de que alguien pudiera darse cuenta de su presencia en aquel lugar, así que decidió sacar el móvil y fotografiar la pantalla. Todos los fármacos que se señalaban en aquel listado se encontraban en el mismo dosier que Daniel le había entregado antes de su primer encuentro con Lucía; todos excepto uno llamado "Derasilgina". Ana no había oído hablar de aquel medicamento y daba por seguro que no se mencionaba en ningún caso en el expediente de Lucía. ¿Por qué lo habrían omitido?

Ana escribió el nombre de aquel fármaco dentro del campo habilitado para su localización en el Vademecum y pulsó en "Buscar". El texto "*No se ha encontrado ningún resultado para: Derasilgina*" apareció en la pantalla de inmediato. Alguien se había tomado la molestia de crear un alias para aquel fármaco y ocultarlo en el informe entregado a la policía.

Quizá la Derasilgina no existiera en la realidad, pero si estaba dentro del registro de fármacos suministrados a Lucía, también tenía que estar en la base de datos del sistema. Ana accedió al historial de compras y buscó todas las entradas referentes a la Derasilgina. La primera compra se realizó en Enero de 2.007, coincidiendo con la fecha en la que Lucía ingresó en el CASEM. Las siguientes entradas habían sido realizadas con una periodicidad mensual y siempre por diferentes proveedores. Junto a cada entrada estaba reflejada una numeración de seis dígitos a las que se les había anulado el enlace. ¡Demasiado secretismo dentro de una institución estatal! ¿Qué debía significar aquella cifra? ¡Claro, los números escritos sobre los archivadores! Debían ser los registros de entrada.

El teléfono de Ana sonó de repente. El silencio reinante en aquella habitación hizo que retronara tan fuerte como una taladradora agujereando un tabique. Ana observó el nombre de Daniel en la pantalla y rechazó la llamada.

—¡Ahora no, Daniel!

Sin perder tiempo, Ana encendió la linterna de su móvil y buscó la carpeta correspondiente al registro de la primera entrada. No le llevó más de un minuto localizarla. La etiqueta indicaba "135345 – 136123 / Enero - Abril / 2007". Tras colocar la carpeta bajo la luz de la lámpara en el escritorio, hojeó las facturas hasta encontrar la que coincidía con la numeración del primer registro. El proveedor era la farmacéutica MinfaNova S.A, una de las más importantes dentro del estado español. Ana se fijó en la descripción de las sustancias suministradas en aquel pedido. Después de descartar los excipientes y coadyuvantes, Ana dio con varios compuestos catalogados como principios activos. Desechó todos los que aparecían en el dosier que Daniel le había entregado hasta que quedaron únicamente dos de ellos sin relacionar. Aquellos dos componentes se habían omitido en los registros de entrada y habían sido sustituidos por un medicamento falso al que habían llamado Derasilgina. Estaba claro que la intención de la persona que había realizado aquella entrada era la de esconder la compra de…

—Ergolina y triptamina —susurró Ana—. ¡Vamos, no me jodas!

Por lo que ella sabía, si dichas sustancias se mezclaban en las cantidades adecuadas, derivaban en un nuevo componente llamado lisérgida, comúnmente conocido como LSD. Al fin había dado con la prueba física y documental que necesitaba para demostrar que Lucía estaba siendo tratada con una droga que no estaba reflejada en su historial y que, naturalmente, no correspondía al tratamiento adecuado para su correcta recuperación, sino todo lo contrario.

Ahora solo quedaba averiguar quién había ocultado la compra de aquellas sustancias, mediante la invención de un compuesto inexistente, con el fin de evitar que nadie descubriera que Lucía estaba siendo tratada con LSD para mantenerla constantemente en un estado de inconsciencia. Desde luego no hacía falta ser un lince para saber que todas las sospechas apuntaban a una única persona.

Ana arrancó la factura y se la guardó en el bolsillo del pantalón, después volvió a dejar la carpeta en su sitio. La prueba que había conseguido era irrefutable y mucho más fiable que el análisis toxicológico que pudiera haber obtenido con su plan inicial. La demostración de la existencia de aquel documento sería más que suficiente para solicitar que un centro externo al CASEM realizara un contraanálisis sobre Lucía, probando que su cuerpo estaba atestado de LSD.

De repente, la luz de la oficina se encendió y una voz masculina la sobresaltó, haciendo que el corazón casi le saliera por la boca.

—¿Doctora Amengual? Usted no debería estar aquí.

33 Sin tiempo que perder.

Daniel estacionó el vehículo delante de la entrada del CASEM, bloqueando buena parte de las escaleras de acceso. La unidad policial que le acompañaba, con la sirena en marcha, se paró tras él. La lluvia estaba empezando a cobrar fuerza y la oscuridad ya había hecho acto de presencia, dejando al hospital sumergido en un mar de sombras sobrecogedoras. Mientras subía las escaleras de la entrada, Daniel observó el vehículo de Ana aparcado en un lateral. Antes de que el guardia que estaba en la puerta pudiera pronunciar una sola palabra, Daniel le mostró su documentación. Después se acercó a uno de los dos agentes que venían con él.

—¡Quédese junto a la puerta! —le ordenó—. Que nadie salga sin mi consentimiento.

Mientras se aproximaba a la recepción, volvió a marcar el número de Ana en la agenda de su móvil, pero una vez más no contestó a la llamada.

—¡Mierda! —masculló Daniel.

Samanta, que había escuchado la sirena policial antes de que Daniel entrara en el edificio, ya había alertado al doctor Bauzá.

—Buenas tardes, inspector —saludó Samanta—. ¿Pasa algo?

—¿Dónde está la doctora Amengual? —preguntó Daniel.

—Pues… estaba en ese banco esperando, pero me pidió por algo de beber y le indiqué donde estaba la máquina expendedora —dijo señalando el pasillo de la derecha.

Daniel se acercó al banco y cogió el abrigo que Ana había dejado en él. Tras registrar todos los bolsillos, no encontró el móvil en ninguno de ellos, lo que significaba que debía de llevarlo encima. ¿Entonces por qué no atendía a sus llamadas? Un temblor sacudió todo su cuerpo al pensar que quizá había llegado demasiado tarde. ¡No!, no podía aceptar aquella posibilidad. Tenía que estar viva. Era más probable que el móvil se hubiera quedado sin batería, o que lo tuviera en modo silencio. Cualquier opción era mejor que suponer que le había pasado algo malo. Desesperado, accedió al Wathsapp y le mandó un mensaje, esperando que pudiera visualizarlo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el doctor Bauzá, que acudió corriendo a la recepción extrañado por tanto alboroto.

Daniel se dirigió hacia él y lo agarró por la solapa estampándolo contra la pared. Samanta gritó horrorizada ante la repentina conducta de Daniel. Agredir al doctor Bauzá se estaba convirtiendo en una mala costumbre, pero ahora la vida de Ana estaba en juego y esta vez nadie lo iba a detener.

—¡Inspector! —gritó el agente que le acompañaba, intentado que desistiera de su actitud agresora.

—¿Dónde está? —le amenazó Daniel, empujándolo cada vez con más

fuerza.

—No… no lo sé —pronunció el doctor a duras penas—. Me… me está ahogando.

Daniel disminuyó la fuerza para que el doctor Bauzá pudiera hablar sin que costara entenderle.

—¡Dígame dónde está! —repitió Daniel.

—Había quedado aquí con ella, pero no… no la he visto todavía.

—No me refiero a la doctora Amengual—dijo Daniel consciente de que el doctor decía la verdad.

—No… no le entiendo.

—¡Su hijo! —aclaró Daniel—. ¿Dónde está Joel Bauzá?

****

Ana no sabía que decir. Tenía que haber pensado una excusa en el caso probable de que alguien la pillara allí dentro, pero ahora ya era demasiado tarde. Su corazón que latía más rápido de lo normal, y la consecuente respiración acelerada, daban clara muestra de su nerviosismo.

—Esta es una zona restringida —señaló Joel desde la puerta de entrada—. Solo las personas autorizadas pueden estar en este lado del pabellón. Y me temo que usted no es una de esas personas.

—Es que…quería ir al baño y me perdí —aclaró Ana, diciendo lo primero que se le vino a la cabeza—. ¡Bueno! Si eres tan amable de indicarme dónde está. ¡No creo que pueda aguantar mucho más! —concluyó sonriendo.

Joel entornó la puerta y fijó la vista en el ordenador. Ana recordó que no lo había apagado y que la pantalla mostraba el historial farmacológico de Lucía. Tenía que idear algo para distraer a Joel. Si averiguaba que había estado hurgando en los archivos del CASEM se lo contaría al doctor Bauzá, y ella estaría metida en un buen lío. ¿Pero qué podía hacer?

—Quisiera agradecerle el café que me ofreció el otro día —dijo Ana, intentado atraer su atención.

Joel hizo caso omiso a su comentario y se situó tras el escritorio.

—Este ordenador no tendría que estar así —apuntó Joel, observando la pantalla—. Alguien se lo ha dejado encendido. Si no fuera porque está protegido por claves de acceso, alguien podría husmear en él. ¿No cree, doctora?

Ana pudo ver en el rostro de Joel el reflejo azul de la pantalla inicial.

«*Gracias, Lucía*».

En ese instante el móvil de Ana vibró y el sonido de una campana anunció la llegada de un mensaje de Wathsapp.

—¡Vaya! Es el inspector Mascaró —rió Ana, con nerviosismo— ¿Le… le importa que atienda al mensaje?

Joel no contestó y se limitó a examinar la habitación con atención, como si hubiera algo fuera de lugar. Mientras, Ana abrió el mensaje:

"*Ana. ¿Dónde estás? Joel podría estar implicado en lo que le pasó a Lucía. Si lo ves, aléjate de él*".

Al final, Ana se había metido en la boca del lobo, tal como le había prevenido su compañero Luis. Ahora tenía que escapar de allí dentro, y solo había una salida. Joel seguía como absorto, mirando de un lado a otro. De repente fijó la vista en la estantería de los archivadores de su izquierda.

Entonces Ana se dio cuenta de que había cometido un error, un fallo que la delató. Con las prisas, y debido a la oscuridad que reinaba en la habitación, no se percató de que había colocado la carpeta que había examinado boca abajo, quedando la etiqueta del lomo en la parte inferior, con las letras al revés. Las miradas de ambos se cruzaron. Ana se sintió como un cervatillo acorralado, sin posibilidad de escapar de su depredador. Aún así tenía que intentarlo.

Corriendo lo más rápido que pudo se dirigió hacia la puerta, pero Joel la cerró antes de que pudiera salir por ella.

—Me temo que usted y yo vamos a dar un pequeño paseo —le susurró al oído desde su espalda, reteniéndola entre su cuerpo y la puerta de salida.

El brazo de Joel se prolongaba por encima de su hombro, apoyándose sobre la puerta. Ana observó dos serpientes tatuadas en su piel, que parecían impedirle la salida.

****

La lluvia caía con fuerza sobre la aberrante edificación de piedra, que se elevaba como una sombra maligna entre las agrestes montañas. Por momentos, la purpúrea luz de los relámpagos desvelaba su presencia, tornándose aún más terrorífica y misteriosa. Sirviéndose de las crecientes grietas, y adentrándose por insospechados recovecos, el agua de la lluvia se filtraba por las centenarias paredes del psiquiátrico como un gusano infecto, hasta llegar a la celda donde estaba recluida Lucía. El ennegrecido líquido caía del techo, emergía de entre las ranuras de las baldosas del suelo y brotaba abundante, como una herida, de entre las fisuras de las paredes. Sin embargo a Lucía parecía no afectarle, porque ella ya no estaba allí. Sus ojos, totalmente blancos como dos esferas de nácar, ya no contemplaban los recios muros que la mantenían encarcelada. Una y otra vez repetía la misma frase:

—El agua es mi prisión y la oscuridad mi condena.

34 El último lobo.

El doctor Bauzá caminaba deprisa, seguido por Daniel y el agente Rodríguez, recorriendo los mismos pasillos que momentos antes había atravesado Ana.

—¿En que se basa para pensar que Joel podría estar implicado en esos asesinatos? —replicó el doctor Bauzá —.Además, ¿No habían cogido ya al culpable?

—No estoy acusando a su hijo de nada —afirmó Daniel—. Pero hay muchas cosas que tendrá que explicar. Joel no puede negar que conocía a las tres víctimas. Por otro lado es el jefe del departamento de farmacia del hospital y a la vez la persona responsable de preparar y suministrar los medicamentos a Lucía. Todo ello lo sitúa como uno de los sospechosos que pudo haberla utilizado para extraer las muestras que se encontraron en los diferentes escenarios de los crímenes.

El doctor Bauzá se detuvo de golpe y se giró hacia el inspector.

—Eso no se lo cree ni usted —dijo tajantemente.

—La última víctima, Óscar García, realizó una llamada momentos antes de morir. El número registrado corresponde al de la oficina de administración de farmacia de este hospital, de la que su hijo es el responsable.

—¿Y qué? ¡Eso no prueba nada!

—Es imposible que la persona que fue acusada de los crímenes consiguiera las huellas de Lucía sin la ayuda de un cómplice que trabajara desde aquí dentro.

—¿Y por qué iba Joel a implicarse en algo así?

—¿Se acuerda cuando la doctora le preguntó por qué Lucía no había mostrado ni un ápice de mejoría en su enfermedad en todos estos años?

—Claro que me acuerdo. Ya le expliqué que…

—Creo que se equivocó.

—¿Qué?... ¿Cómo dice?

—La pregunta correcta hubiera sido, ¿quién estaría interesado en que Lucía no mejorara de su enfermedad en todos estos años y así impedir que contara lo que le pasó?

—¿Está usted acusando a mi hijo de…

—Eso se lo diré cuando haya hablado con él —afirmó Daniel extendiendo la mano para indicar al doctor que le llevara hasta la oficina de administración de farmacia, donde se suponía que encontrarían a Joel.

Tres pasillos después llegaron a su destino. Cuando entraron en la oficina la encontraron vacía, aunque la luz permanecía encendida.

—Aquí no hay nadie —confirmó el agente Rodríguez.

El doctor Bauzá llamó por teléfono a su hijo. Era ya la tercera vez que lo

hacía desde que el inspector había llegado, pero en ninguna ocasión había obtenido respuesta.

—No contesta —dijo el doctor —. No sé donde puede estar.

—¡Mire, inspector! —exclamó el agente Rodríguez señalando el suelo.

Daniel se agachó y cogió un teléfono móvil que estaba completamente destrozado, como si lo hubieran pisoteado intencionadamente. Enseguida reconoció a quién pertenecía.

—Es… es el teléfono de Ana. Ha estado aquí. ¿No me dirá usted ahora que esto es normal?

El doctor Bauzá titubeó sin saber que contestar. Había estado buscando respuestas que hicieran desistir al inspector Mascaró de las indudables sospechas que tenía sobre la participación de Joel en la trama existente alrededor de Lucía, pero los argumentos ya se le estaban acabando. No le quedaba más remedio que rendirse ante la insistencia de Daniel.

—¿Dónde cree que puede haber ido? —preguntó Daniel.

—No… no lo sé.

—La entrada principal está cubierta por un agente —afirmó Daniel— ¿Hay alguna otra salida?

—La parte trasera que da al jardín. Está rodeado por una valla de protección con una única puerta de salida, pero siempre está cerrada.

—¿Tiene su hijo acceso a la llave de esa puerta?

—Todos los jefes de departamento tienen copia de las llaves de este centro.

—¡Maldita sea! Lléveme hasta allí. ¿Lleva usted sus llaves encima?

—No, tendremos que volver a pasar por recepción —aclaró el doctor, dando la vuelta y volviendo sobre sus pasos—. Allí cogeremos una copia.

Daniel tenía la sensación de que el doctor Bauzá le estaba enredando, algo lógico pensando en que era su hijo el que estaba siendo buscado por la policía. Pero lo que estaba en juego era la vida de Ana, no podían perder más tiempo.

—¿Dónde lleva esa salida? —preguntó Daniel, que tuvo que aminorar la marcha para no dejar atrás al doctor.

—Da a un antiguo camino de piedras que baja hasta la presa del embalse del “Gorg Blau”.

Daniel recordó con preocupación lo que Ana le había contado sobre el sueño que había tenido días atrás. En él su madre le había dicho que no debía acercarse al agua. Lo que hasta ahora había considerado como declaraciones sin fundamento, estaban empezando a inquietarle. Todo parecía indicar que Joel tenía a Ana en sus manos, y eso no era muy buena señal. Por primera vez en mucho tiempo, Daniel tuvo miedo, y se odió por ello. No paraba de pensar en lo sola que se debía sentir Ana en ese momento, y lo que más le asustaba era que nunca llegara a saber que él no la había abandonado. Si Ana estaba en peligro de muerte, era únicamente por su culpa; por no haber sabido protegerla; por no haber confiado en ella.

Daniel nunca había creído en Dios, aunque muchas veces se había

encontrado hablando con él. Éste era uno de esos momentos. En su mente no paraba de repetir una y otra vez: "*Dios, ayúdame a encontrarla*".

35 Aún es pronto.

La lluvia había convertido el camino que llevaba hasta el embalse en un peligroso tobogán de lodo, por el que Joel y Ana se deslizaban sin control. La visibilidad del terreno era prácticamente nula, debido en gran parte a la inmensa cantidad de lluvia que actuaba como una turbia pantalla ante sus ojos. Las continuas caídas sufridas por Ana le habían causado diversas contusiones y heridas por todo el cuerpo, aunque ella sabía que el punzante dolor que le provocaban iba a ser el menor de sus problemas. Seguro que Joel no le tenía preparada una grata sorpresa; tenía que intentar huir de él a la menor oportunidad posible.

Ana pensó que la oscuridad que les rodeaba podría convertirse en su aliada. Solo tenía que aprovechar el momento adecuado para poder escapar de Joel. La espesa vegetación de aquel terreno le ayudaría a ocultarse de su raptor. Sin pensarlo dos veces Ana emprendió la huida, pero la escasa adherencia del terreno hizo que resbalara nada más iniciar su carrera, hincando ambas rodillas en el suelo.

—Es usted más estúpida de lo que pensaba —rio Joel—. ¿Qué pretendía? ¿Escapar? Con el terreno tal como está y el calzado que lleva, lo único que hubiera conseguido habría sido torcerse un tobillo. ¡Levántese!

—No creo que pueda seguir —repuso Ana.

Joel la cogió por debajo de los brazos y la elevó como si fuera un muñeco de trapo. Ana a duras penas se podía mantener en pie.

—Usted escoge. ¿Sigue adelante o se queda aquí para siempre? —le amenazó Joel mostrando parte de una cuerda que llevaba en el bolsillo. Ana no respondió, simplemente siguió bajando por la pendiente, asumiendo que su destino final se iba a retrasar algo más.

Ana y Joel ya habían salvado gran parte del tortuoso recorrido que llevaba hasta la zona del embalse. A pocos metros se podía divisar el estrecho camino que atravesaba la coronación de la presa. Iluminado cada treinta metros por una pequeña farola, llegaba hasta el otro extremo del embalse, donde la carretera Ma-10 surcaba el corazón de la sierra de Tramuntana. En el lado derecho del camino, una pared de algo más de tres metros de altura constituía la cúspide del gran muro que retenía el agua que bajaba de la Tramuntana. A la izquierda, una vieja barandilla tubular de acero, de un metro de altura, actuaba de barrera protectora sobre el lago de agua embalsada, que se encontraba a tres escasos metros bajo el nivel del camino.

Joel abrió la puerta de rejilla que daba acceso a la parte superior del dique sin soltar a Ana del brazo.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó Ana, aunque ya creía conocer la respuesta.

—Camine delante de mí y no haga ninguna tontería — le indicó Joel.

Un relámpago, que fue seguido inmediatamente por el rugido de su inherente trueno, iluminó el largo y angosto pasillo que llegaba hasta la carretera. Fue un efímero destello en el que Ana pudo distinguir la silueta de una mujer, situada a escasos veinte metros frente a ellos. Luego, la oscuridad volvió a ocultar cualquier vestigio de aquella presencia.

—¿Por qué se para? —gruñó Joel— ¡Siga adelante!

Ana estaba segura de lo que había visto. Lucía todavía no había concluido su venganza. Por eso estaba allí. Solo esperaba que se hiciera cargo de Joel antes de que él se ocupara de ella. Estaba claro que tenía que ganar algo de tiempo, lo suficiente para que Lucía se cobrara su tributo con él.

—Antes de que todo esto acabe, me gustaría saber algo —dijo Ana.

Joel, que caminaba tras ella, no se pronunció y simplemente la empujó para que se diera algo más de prisa.

—¿Qué le hace pensar que va a poder escapar de ella? —preguntó Ana, mientras seguía caminando delante de él, dándole la espalda—. Ya se ha encargado de sus tres amiguitos, ahora solo le queda ir a por usted.

—¡Tonterías! —contestó Joel—. Es usted tan paranoica como Óscar. Lucía está en su celda y allí va a permanecer por muchos años.

—¡Eso es! —exclamó Ana, viéndolo todo más claro—. Y usted se va a encargar de ello ¿verdad? Por eso Lucía no ha despertado nunca de su estado de inconsciencia. Usted se ha ocupado de que fuera así. El otro día, cuando le vi, pensé que era usted un simple enfermero, pero me equivoqué. Es el responsable del departamento de farmacia del hospital. Por eso ha entrado en la oficina de administración. Usted se encarga de preparar la medicación que se le debe suministrar a Lucía. Gracias a ello, la ha mantenido drogada todos estos años… para impedir que pudiera relatar lo que realmente pasó en aquella habitación.

—¿Qué habitación? ¿Quién le ha contado eso? —gritó Joel, agarrando a Ana con furia de los hombros y dándole la vuelta.

—**Yo**.

Quien contestó ya no era Ana. Aquellos ojos se clavaron en los de Joel, como dos punzones de fuego que recorrieron sus venas hirviéndole la sangre. No podía creer lo que estaba viendo, era imposible que ella estuviera allí. En un acto reflejo de defensa, Joel golpeó aquel espectro de mujer que estaba ante él.

Ana cayó al suelo de espaldas.

—¿Quién… quién eres tú? —titubeó Joel, sintiendo miedo por primera vez.

Ana aprovechó el estado de confusión en el que se encontraba su agresor y disimuladamente se hizo con el lápiz inyectable de apomorfina que todavía llevaba escondido en la bota derecha. Entretanto, Joel sacó la cuerda del bolsillo y rodeó con ella el cuello de Ana, a la vez que la levantaba del suelo y la apoyaba sobre la barandilla de protección que se alzaba sobre la gran masa

de agua del embalse. Aunque Ana luchaba con todas sus fuerzas, su cuerpo estaba cada vez más inclinado hacia el exterior. La fuerte presión, que Joel ejercía sobre su cuello con la cuerda, provocaba que la vista se le comenzara a nublar. Con la poca fuerza que le quedaba, Ana le clavó el lápiz a su agresor junto a la clavícula.

Joel soltó a Ana lanzando un grito de dolor que se ahogó en la tormenta. Seguidamente se arrancó el lápiz y, después de observarlo unos instantes, lo estampó contra la pared lateral del dique. Ana perdió el conocimiento y, tras doblarse sobre la barandilla, cayó al vacío. Las oscuras aguas del "Gorg Blau" engulleron su cuerpo.

****

Joel notó como el estómago se le encogía entre dolorosos espasmos, mientras que el reflujo gástrico le quemaba el esófago. El ardor le llegó hasta la garganta y segundos después, en medio de un ataque de tos, le sobrevino el vómito.

—¿Qué me has hecho, puta? —gritó Joel, alzando la vista.

Pero Ana ya no estaba a su lado. La divisó a veinte metros de él. Al principio pensó que estaba huyendo, intentando alcanzar el lado opuesto del dique para llegar a la carretera y pedir ayuda. Pero enseguida se dio cuenta de que no era así. Ana permanecía quieta, oculta entre sombras. Entre ellos dos se desplegaba el haz de luz de una farola, que permitía ver como la lluvia golpeaba el suelo con furia.

Joel estaba algo confuso. ¿Por qué estaba allí quieta? ¿Es que se había armado de valor para enfrentarse a él? ¡Valiente loca! No tenía ninguna posibilidad. Él era mucho más fuerte.

—¡Loca de mierda! Te voy a matar. Pero antes te voy a hacer sufrir, igual que sufrió Lucía.

El desconcierto creció aún más en Joel cuando Ana comenzó a correr hacia él lanzando un grito agónico que le dejó paralizado, como si los pies se le hubieran clavado en el suelo. Al momento, la confusión y el desconcierto se transformaron en verdadero pánico, cuando el haz de luz mostró la imagen de su atacante. No era Ana, de eso estaba ya más que seguro. Pero tampoco quería creer que fuera Lucía. Aquel espectro que corría gritando hacia él, blandiendo en alto ¿una hoz?, no podía ser Lucía, pero… tenía su aspecto.

Debió ser la adrenalina o el espíritu de supervivencia lo que volvió a activar sus músculos, pero Joel reaccionó ante el peligro que se cernía sobre él y comenzó a correr, huyendo de su atacante. Sin embargo, no dio ni cuatro zancadas cuando tropezó y cayó al suelo de bruces. Empapado por la lluvia y el miedo, Joel se arrastró como pudo contra la pared y se protegió colocando ambas manos delante de la cara.

El espectro de Lucía lanzó un grito de dolor cuando intentó abalanzarse

sobre él. Su cuerpo se rodeó de una nube de vapor y Joel pudo ver como su rostro se llenaba de llagas purulentas. Sus ojos se convirtieron en dos esferas de fuego que le miraban llenos de odio. Algo había impedido que Lucía lo ejecutara.

Mostrando una hilera de dientes afilados, que parecía imposible que cupieran en aquella boca, aquel espectro se lanzó de nuevo contra Joel, pero en el último instante se frenó, mirando de un lado a otro, como si una pantalla invisible le estuviera impidiendo el paso y buscara una puerta por la que poder acceder para llegar su víctima.

Entonces Joel lo entendió. Al arrastrarse, se había cobijado de la lluvia bajo un viejo toldo de madera, cuya misión era la de proteger un pequeño cuadro eléctrico que ponía en marcha el alumbrado de las farolas. Sin embargo, por alguna extraña razón, aquella abominación no podía llegar hasta él. Era como si no pudiera dejar de estar bajo la lluvia. Un grito que provenía de la pendiente por la que había bajado con Ana, les llamó la atención. El inspector Mascaró gritaba el nombre de su compañera.

—Ya están aquí —rió Joel—. No puedes hacerme nada.

Aquel espectro seguía andando de un lado a otro, buscando un modo de alcanzar a su presa, cuando de repente fijó la vista en el toldo de madera. Poco a poco inclinó la cabeza y volvió a mirar a Joel. La visión de aquel rostro hizo que Joel se ahogara entre sus risas y se meara encima. Con determinación, el espectro se dirigió hacia un lateral del muro y, sujetando la hoz entre los dientes, comenzó a trepar la pared, clavando las uñas en el firme hormigón hasta desaparecer sobre el techo de madera.

Al principio los golpes fueron secos y regulares, como si marcaran una cuenta atrás. Luego se mezclaron con el crujir de la madera al astillarse en miles de pedazos. Joel se cubrió la cabeza para protegerse de los fragmentos que caían sobre él. Cuando los golpes cesaron, alzó la vista. La lluvia volvió a bañar su rostro y pudo saborearla en sus labios. Esta vez tenía el gusto amargo de la muerte. Quiso gritar, dejar una última prueba de su existencia en este mundo, pero la hoja que le penetró por debajo de la mandíbula y seccionó su cerebro en dos, se lo impidió.

36 El mensaje.

Daniel y el agente Rodríguez llegaron al embalse unos segundos más tarde de que Joel se sumergiera en un mundo de sombras y tinieblas. Las pisadas marcadas sobre el terreno fangoso les habían conducido hasta aquel lugar. Sin embargo, cuando se adentraron sobre el estrecho camino que atravesaba el dique, no encontraron a nadie. Daniel fijó la mirada en el suelo. El rastro de las huellas de barro se diluía bajo el violento impacto de la lluvia pero, aún así, todavía permanecía una fina línea marrón, que les indicaba que Joel y Ana habían pasado por aquel lugar escasos momentos antes. Las pisadas finalizaban unos veinte metros después del comienzo del camino.

Un repentino crujido hizo que el agente Rodríguez apuntara con su linterna unos metros más adelante. El potente haz de luz les mostró el desmembrado cuerpo sin vida de Joel que colgaba de un toldo de madera, completamente destrozado, como si fuera carnaza para tiburones. La densa cortina de sangre, que se desprendía de aquel despojo de carne, incidía sobre un viscoso charco repleto de vísceras y restos humanos.

—¡Dios Santo! —exclamó el agente Rodríguez.

—Es Joel Bauzá —reconoció Daniel, a la vez que se fijaba en dos minúsculos puntos brillantes situados sobre el cadáver que parecían haber surgido de la nada—. ¡Alumbre allí arriba! —indicó el inspector.

Una sombra, que se confundía con la negrura de la noche, se deslizó sobre la pared con una velocidad felina. Cuando Rodríguez apuntó con el haz de luz de su linterna, solo pudieron observar una especie de tela blanca que desaparecía tras el muro del dique.

—¿Qué coño era eso? —gritó el agente Rodríguez.

Daniel, lejos de responder a su compañero, siguió las cada vez más diluidas huellas de barro, que finalmente se separaban en dos caminos. Uno de los rastros concluía cerca de los restos de Joel, el otro, que debía pertenecer a Ana, desaparecía junto a la barandilla. Una vez más le vino a la mente las palabras que la madre de Ana le había pronunciado a su hija en aquel sueño: "*No te acerques al agua*".

—¡Rápido! Traiga aquí la linterna —gritó Daniel, sin dejar de observar las oscuras aguas del embalse.

Antes que el agente Rodríguez se la entregara, Daniel ya se la había arrebatado de la mano. Sin perder tiempo, apuntó con la linterna hacia abajo. El haz de luz se reflejaba sobre la superficie del agua, pero no lograba traspasarla. El efecto era prácticamente el mismo que si estuviera alumbrando una gruesa pared. No había otra solución, tenía que lanzarse al agua. Que las huellas de barro no hubieran desaparecido del todo, a pesar de la lluvia, era un indicativo de que no debía haber pasado mucho tiempo desde que Ana había

caído al lago. La baja temperatura del agua sería un punto a su favor, en cuanto a que estaría ayudando a proteger su sistema nervioso central, causándole el mínimo daño posible.

Sin pensarlo, Daniel se deshizo del abrigo y de los zapatos. Después de colocarse al otro lado de la barandilla se zambulló de cabeza en el lago, con la firme convicción de que lograría sacar a Ana con vida de aquellas oscuras y tenebrosas aguas.

****

Ana no tenía ningún control sobre su cuerpo, que se hundía sin remedio en las álgidas aguas de aquel lago. Sin embargo seguía consciente, observando como la ondulante línea de la superficie, que le separaba del ansiado oxigeno, se alejaba cada vez más de ella. Sin poder encontrar una explicación razonable, lejos de entrar en un estado de pánico, conservaba una sensación de calma y tranquilidad fuera de lo normal. Se sentía como si flotara entre un mar de ketamina que la mantenía despierta, conocedora de todo lo que estaba pasando a su alrededor, pero incapaz de responder a cualquier orden que pudiera dictar su cerebro. A medida que iba descendiendo, la oscuridad se hacía mayor. ¿Habría llegado su momento? Todo parecía indicar que sí. Ahora solo tenía que dejarse llevar.

Ana siempre había temido que aquel momento fuera algo doloroso, por suerte no parecía ser así. No percibía ninguna sensación a través de los sentidos, más que la imagen lejana de la superficie del agua. Ningún sonido, ningún olor, ni siquiera las pulsaciones de su corazón; simplemente la certeza de que permanecía consciente y sin voluntad propia.

Estos últimos años se había convencido a sí misma de que, cuando llegara el momento, lo aceptaría con indiferencia. Pero algo en su interior le decía que esa situación había cambiado radicalmente. En su mente se forjó la imagen de Daniel. Aunque su relación con él había sido estrictamente profesional, no podía negar que estando a su lado se había sentido mejor que de costumbre. Quizá Nerea acertase al decirle que necesitaba inmiscuirse en el caso de Lucía para tener una distracción y sentirse útil, pero Ana sabía cierto que aquella no era la verdadera razón de su cambio de actitud. Gracias a la insistencia de Daniel, para que interviniese en la investigación, había sentido que su vida volvía tener significado después de mucho tiempo. Él le había vuelto a dar la seguridad que necesitaba para enfrentarse al aislamiento que ella misma se había impuesto como castigo por no haber podido evitar la muerte de sus padres. También le había devuelto la sonrisa, que hasta ese momento había pasado al olvido. Ciertamente, si había algo que iba a echar de menos, seguro que sería la compañía de Daniel.

Sumida en sus pensamientos, Ana no se había dado cuenta de que, por alguna extraña razón, su cuerpo había vuelto a elevarse, alejándose esta vez

del profundo abismo de aquel lago. La superficie volvía a estar a pocos metros de distancia. Sus sentidos volvieron a reactivarse y percibió de nuevo aquella seguridad que Daniel le había devuelto. Pero había algo más en aquel lugar. Algo más… familiar.

Un flujo continuo de corrientes de agua se agitó frente a ella, formando una imagen que le devolvió la sensación de felicidad que había perdido tiempo atrás.

—¿Papá? —vocalizó en su mente.

—Hola, hija.

La voz de su padre llegaba a ella con fuerza, como si surgiera de su propio interior.

—Papá, lo siento —se excusó Ana, pronunciando unas palabras que llevaba mucho tiempo queriendo expresar—. Tenía que haberme dado cuenta y…

—No, Ana —le interrumpió su padre— ¡Ya basta! Llevas demasiado tiempo castigándote por algo de lo que no tuviste culpa.

—Pero os fallé —insistió Ana—. Tenía que haber estado a vuestro lado.

—Tú nunca nos has fallado, hija. Al contrario, has sido lo mejor que tu madre y yo hicimos en la vida, y nos sentimos muy orgullosos de ti. No podríamos haber imaginado tener una hija mejor de lo que tú lo has sido para nosotros.

—Pensé que estarías decepcionado conmigo.

—¿Cómo iba a estarlo, cariño? Nunca en la vida podré reprocharte nada porque sé que siempre hiciste lo correcto. Pero no puedes seguir así, Ana. Has de rehacer tu vida.

—Ahora ya da igual, papá. En poco tiempo estaré con vosotros.

—No hija, tu momento aún no ha llegado. Todavía tienes mucho por hacer.

—¿Cómo que todavía…?

—Escúchame bien, porque no me queda mucho tiempo. He hecho un gran esfuerzo para poder llegar hasta aquí, y mi energía desaparecerá en breves instantes. Por alguna extraña razón, naciste con un "Don" especial. Tu madre y yo siempre quisimos ocultarlo para protegerte y que pudieras tener una vida como la de cualquier otra persona. Pero lo que no comprendimos es que tú no eras como ellos. Ana, tú tienes algo único que te hace diferente a los demás. El mundo está lleno de gente con poder para cambiar las cosas a mejor, sin embargo no lo hacen. Prefieren mirar a otro lado. Incluso emplean ese poder para su enriquecimiento personal. Pero tú no eres así, Ana. Lo sé porque te conozco muy bien. Debes diferenciarte de ellos. Utiliza ese "Don" para ayudar a la gente. Yo sé que puedes hacerlo.

En ese instante un reflejo se materializó en la superficie del agua. Un círculo de luz se deslizó de un lado a otro, de manera caótica.

—Ya está aquí —prosiguió Alex.

—¿Quién… está aquí, Papá?

—Aquél que te acompañará y que siempre estará a tu lado. Ahora le toca a él cuidar de ti.

—¡Daniel!

—Ana, solo le he pedido una cosa a la vida; que encontraras a alguien que te quisiera al menos tanto como yo te quiero. Y creo que esa persona ya ha llegado. Ahora debo dejarte, cariño.

—Espera, papá. ¡No te vayas!

Un torbellino de burbujas y espuma se formó en la superficie del agua, prolongándose hasta atravesar la imagen de su padre y llegar hasta ella. Ana volvió a sentir los latidos de su corazón cuando Daniel le agarró de la mano.

****

Daniel braceaba con fuerza, manteniendo la cabeza de Ana fuera del agua mientras intentaba llegar a la orilla. En su mente solo cabía la posibilidad de que todavía estuviera a tiempo de salvarla. El agente Rodríguez, que les seguía desde lo alto del dique, intentaba establecer comunicación por teléfono para conseguir ayuda. Una vez alcanzada la orilla, Daniel recostó el cuerpo de Ana lo más alineado posible con su columna vertebral, comprobando en un primer momento si todavía respiraba.

—¡Mierda! —masculló al comprobar la falta de pulso.

La pendiente del terreno y el fango evitaban que Daniel pudiera sujetar a Ana firmemente en el suelo. Sin perder tiempo, colocó la cabeza de Ana hacia un lado. Seguidamente le desabrochó la camisa y comenzó a efectuar el masaje cardiaco, contando hasta quince compresiones torácicas. Ana seguía sin responder, así que inclinó su cabeza hacia atrás y, taponándole la nariz, procedió a realizar la respiración boca a boca. Daniel observó como el pecho de Ana subía cada vez que insuflaba aire en sus pulmones. Aún así no era suficiente.

—¡Vamos, Ana! —gritó con rabia—. Tú puedes. No abandones ahora.

De nuevo ejecutó el masaje cardiaco sin obtener resultado. La desesperación se adueñó de él. Instintivamente golpeó el suelo con el puño, notando como se destrozaba los nudillos. En ese mismo instante Ana reaccionó y comenzó a toser.

—Sí, sí —gritó Daniel de nuevo, colocando a Ana de lado para facilitar que expulsara el agua de sus pulmones y evitando a la vez que se asfixiara en el caso de que vomitara—. Eso es. ¡Vamos, sácalo todo!

Una vez que Ana escupió el agua de su interior, se reincorporó y se abrazó a Daniel.

—¡Has… venido a por mí! —dijo exhausta, mirándole a los ojos.

—Creí que te iba a perder y…

Ana no dejó que Daniel terminara de hablar y le besó con decisión;

deseaba que el calor de sus labios alejara aquel frío que todavía invadía su cuerpo. Cuando sus bocas se separaron, Ana acarició el rostro de Daniel con ternura, a la vez que apoyaba su frente sobre la de él. Volvía a sentirse viva… y feliz. Una sonrisa iluminó su rostro.

—¿Sabes una cosa? —dijo Daniel con la respiración entrecortada.

—¡Dime!

—Esto de tener que salvarte cada dos por tres se está convirtiendo en una mala costumbre.

37 Un nuevo renacer.

Cinco meses más tarde.

Control de seguimiento de Lucía Mendoza Salguero. 3 de Junio de 2.018

Por Ana Amengual Calafat.

Después de cinco meses de tratamiento, Lucía reacciona positivamente a los estímulos que se le plantean, sin mostrar ningún signo de agresividad física o verbal. Los fármacos utilizados para el proceso de recuperación han sido reducidos considerablemente, por cuanto la paciente muestra un control de su cuerpo y mente ajustados a un ritmo de vida normal. De seguir así, estimo que en menos de dos meses podría aconsejar el alta de Lucía a través de un programa de reinserción social adecuado.

El trastorno disociativo, que dio lugar a la aparición de una nueva personalidad en la paciente, ya ha remitido del todo. La última ocasión que tuve de hablar con María, el otro ente de Lucía, fue hace tres meses y cinco días. En aquel momento pude enfrentar a ambas personalidades entre sí. Aunque Lucía ha sido siempre la Psique nodriza, su conducta ante la personalidad secundaria de María no ha sido en ningún caso pasiva, mostrando a lo largo de su actual proceso de recuperación una fuerza de voluntad férrea para imponerse con determinación. Con el tiempo, Lucía ha vuelto a tener el control de la situación por completo.

A día de hoy Lucía es consciente en todo momento de la realidad que le rodea y mantiene una conducta positiva y llena de esperanza en su pronta recuperación. Después de todo por lo que ha pasado, nadie más que ella se lo merece. En total, han sido casi once años los que Lucía ha permanecido sumida en un estado profundo de inconsciencia.

Una vez le pregunté que había sentido en todo ese tiempo en el que no había estado presente en esta realidad, entonces ella me respondió con dos palabras:

—Soledad… oscuridad.

Luego añadió

—… me sentía como si estuviera flotando en un *abismo de silencio*.

****

Ana guardó el archivo referente al informe de Lucía en el ordenador. Ya se disponía a abandonar la oficina, cuando Daniel apareció por la puerta.

—¿Estás lista? —preguntó, esbozando una gran sonrisa.

—Soy toda tuya —contestó Ana con coquetería.

Daniel terminó de entrar en la oficina y cerró la puerta tras de sí. Ana se acercó a él lentamente, en silencio, mirándole fijamente a los ojos mientras se mordía los labios. En aquel momento, Daniel la encontró tremendamente sensual. Sin dejar de pensar que era un hombre muy afortunado, la rodeó entre sus brazos.

—¿Qué tienes pensado hacer conmigo? —. Susurró Ana, acercando su boca a la de él y haciendo que sus labios se rozaran.

—Había pensado que… quizá te gustaría ir a comer a "C'an Font" —contestó Daniel, sin retroceder un ápice, sumergiéndose en su cálido y seductor aliento.

—¿Comida… mallorquina? —continuó ella, besándole el cuello con deseo.

—Comida… mallorquina —respondió él, como hipnotizado.

—¿Y no preferirías… ir al American Country y…

Ana no pudo terminar la frase y ambos se echaron a reír.

—¡Como me conoces! —admitió Daniel.

Los dos salieron del despacho, dispuestos a pasar un día prometedor.

Epílogo.

El doctor Jordi Bauzá paró su Mercedes clase E delante de la barrera de entrada. La noche estaba despejada y la luna brillaba con más intensidad que de costumbre. La lluvia que había caído durante el día había hecho desaparecer la calima, acabando a su vez con el bochorno que había invadido la isla durante la última semana.

Jordi abrió la guantera y cogió el mando a distancia que abría las puertas de su propiedad. Antes de pulsar el botón de apertura se quedó mirando la vivienda de tres plantas a través de la verja. Rodeada por cien hectáreas de encinares, y situada en pleno pulmón de la isla, siempre había sido un remanso de paz donde poder relajarse después de un duro día de trabajo, pero en los últimos meses la cosa había cambiado por completo.

Jordi observó la luz de la ventana del primer piso encendida, mientras que el resto de la casa permanecía a oscuras. Clara, su mujer, pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en aquella habitación, tendida en la cama, atiborrada de pastillas para no pensar… porque pensar le hacía daño. Ella prefería olvidar y la única manera que había encontrado de hacerlo era mezclando altas dosis de diazepan, trazodona y alcohol. Al principio Jordi luchó para que su esposa saliera de la espiral de destrucción en la que se había sumergido, pero cuando se dio cuenta que solo uno de los dos era el que peleaba en aquella batalla, decidió claudicar.

Clara no era la única que había perdido a alguien. Joel también era hijo suyo. Jordi se sentía responsable por no haber sabido protegerlo; por haber fracasado como padre. La culpa por la pérdida de Joel era mayor en él, y la muy puta se lo recordaba cada día. Claro, era más fácil llorar, dormir y no hacer nada, dejándole a él al frente de los problemas. Ella no había soportado ni la mitad del sufrimiento que le había tocado aguantar a él. No fue ella la que tuvo que reconocer los despojos de carne en los que se había convertido su hijo. Ni la que tuvo que someterse a los continuos interrogatorios policiales por las acusaciones vertidas en contra suya. Tampoco fue ella la que tuvo que enfrentarse a una comisión de investigación por la mala gestión del CASEM, que se había destapado a raíz de los acontecimientos. Ni la que tuvo que declarar ante un juez como presunto encubridor de los hechos que se le imputaban a Joel.

La verdad es que habían sido seis meses de continua locura. Jordi había sido apartado de su labor en el CASEM como director del centro. Su posible implicación en el caso de Lucía le había obligado a dimitir de su puesto. Pero hoy, por fin, el juez había desestimado los cargos presentados contra él por falta de pruebas.

Lo había conseguido. Había engañado a todo el mundo. Interpretar el papel

de víctima inocente había sido sencillo, y el dolor por la muerte de un hijo había ayudado, sin duda alguna, a inclinar la balanza de su lado. Él no había cometido ningún crimen y por lo tanto no era justo que tuviera que rendir cuentas ante nadie. Ocultar las pruebas de un delito y buscar un modo de subsanar el error cometido por otra persona no podía ser condenable, sobre todo si esa persona era tu propio hijo. ¿Qué padre en su situación no habría actuado igual que él?

Organizarlo todo no había sido solo cosa suya. Javier Beltrán había jugado un papel fundamental en toda la trama, particularmente porque era el que más tenía que perder. El muy cabrón disfrutaba de un buen estatus social y económico gracias a que se había casado con la hija de uno de los más altos directivos del grupo DK. No pensó en ello cuando decidió buscarse una putita colombiana que le realizara todo lo que su recatada mujer no era capaz de hacerle. Si aquello hubiera salido a la luz hubiera sido su final. Jordi dejó escapar una ligera sonrisa al pensar que, después todo, su fin había llegado igualmente.

La ayuda del juez Francisco de la Mata, tío de Óscar, también fue importante para seguir con el plan trazado. Se debía evitar por todos los medios que Lucía fuera reconocida por ningún médico que no estuviera "untado", y eso incluía a cualquier psicólogo de SAC. No fue difícil sobornar a un psicólogo forense que certificase el estado de Shock en el que se encontraba Lucía. Gracias al falso informe emitido, la orden del juez para su ingreso en el CASEM fue tramitada de inmediato sin ninguna oposición ni sospecha.

A partir de ese momento, el resto ya era cosa suya. Una vez que Lucía entró en sus dominios, él solo tenía que ocuparse de que no pudiera abrir la boca. Hubiera sido más fácil organizar un accidente y acabar con ella, algo que el jilipollas de Javier no había tenido cojones de hacer cuando tuvo la oportunidad. Pero ahora ya era demasiado tarde. Antes de su ingreso en el CASEM, Lucía había sido drogada con el fin de mantenerla inconsciente y que no pudiera hablar. Su fallecimiento dentro del psiquiátrico habría conllevado a una obligada autopsia de su cadáver, que hubiera revelado muestras de sustancias que no tendrían que haberse hallado en su cuerpo. Seguidamente se habría abierto una nueva investigación, que habría apuntado directamente hacia ellos como principales sospechosos.

Así que lo único que podían hacer era seguir manteniéndola drogada suministrándole los fármacos adecuados sin que nadie se percatara de ello. No fue complicado teniendo en cuenta que Joel trabajaba dentro del departamento de farmacia del CASEM. Para asegurarse de que nadie metía las narices en asuntos que no le importaban, Jordi decidió colocar a su hijo al frente del departamento; después de todo, este lío lo habían provocado él y sus amiguitos, así que a partir de ahora se ocuparía de que Lucía no pudiera decir ni una sola palabra. Ocupando aquel puesto, Joel no tendría problemas en ocultar la lista de fármacos suministrados a Lucía.

Todo iba perfecto, hasta que dos meses más tarde la hija de Lucía solicitó el traslado de su madre a un centro de atención psicológica controlado por el gobierno de Colombia, en Antioquía. Jordi sabía de sobra que, debido a las circunstancias en las que se había desarrollado el caso de Lucía, la petición de la familia tenía visos de llegar a buen puerto, así que no quedaba más que una solución: muerto el perro, se acabó la rabia.

Contratar un sicario que se ocupara del problema no fue muy complicado. La única familia que tenía Lucía era su hija y una madre enferma, así que el asesino solo tenía que entrar de noche, encargarse de ellas y simular un robo. Fue una suerte que esa misma noche un seísmo provocara una avalancha que sepultara la casa Lucía. El asesino aprovechó el desastre natural y, después de matarlas a golpes, colocó los cuerpos, ya sin vida, debajo de los escombros, aparentando que habían fallecido aplastadas por el derrumbe de la casa. De esta manera nadie sospechó que la verdadera muerte de las dos mujeres fue provocada por otros motivos diferentes a la catástrofe. Gracias a ello se libraron de que se abriera una investigación policial que hubiera podido complicar el asunto.

Lo que Jordi no llegaba a entender era por qué se habían torcido tanto las cosas diez años después. ¿Quién había sido el verdadero responsable de los asesinatos cometidos? ¿Por qué ahora, después de tanto tiempo? Tras la horrible carnicería cometida sobre Joel, la policía abrió una nueva investigación. Según ellos, la muerte de su hijo no estaba relacionada de ninguna manera con las otras. ¡Mentira podrida! Lo que pasaba es que no les interesaba que fuera así. Ello hubiera supuesto aceptar que se habían equivocado en la identificación de Javier Beltrán como el asesino de la hoz. Admitir ese error, habría provocado que hubieran rodado muchas cabezas, y eso no lo iban a permitir. Tres meses más tarde decidieron suspender las investigaciones por falta de pruebas y el juez archivó el sumario como "*Abierto*". La muerte de Joel había pasado a engrosar la lista de casos sin resolver; casos que la policía no tenía tiempo ni ganas de investigar. Tenían cosas más importantes y menos incómodas que hacer, antes que encontrar al culpable de la muerte de su hijo.

Su vida se había convertido en una pesadilla de la que no podía despertar, y toda la culpa la tenía esa doctora entrometida. Ella era la que había provocado toda esta situación. Por su culpa Joel ya no estaba con ellos. De alguna manera se lo iba a hacer pagar. Todavía no sabía cómo, pero ya encontraría la manera.

Jordi pulsó el mando a distancia y la verja de hierro forjado se deslizó sobre el raíl. El vehículo accedió al interior de la finca. Una vez que se situó delante del garaje, esperó a que la puerta enrollable se elevase, sin embargo el motor eléctrico no se activó. Jordi maldijo entre dientes. Ya era la tercera vez que el sensor de proximidad se estropeaba en menos de un mes. Mañana volvería a llamar al servicio técnico y esta vez le iban a oír bien.

Jordi se apeó del Mercedes y se dirigió hacia la puerta principal de la casa.

El suelo estaba totalmente anegado de agua y resultaba prácticamente inevitable que sus zapatos clásicos, de doscientos euros, pudieran llegar secos hasta la entrada. La fachada delantera de la vivienda se perfilaba vagamente sobre los charcos. Jordi, que andaba cabizbajo, pudo observar en la superficie del agua el reflejo de su mujer asomada a la ventana de su dormitorio, en la planta superior. Eran más de las diez de la noche y no era normal que Clara le esperase despierta a esas horas. Es más, desde hacía mucho tiempo, su mujer ya no le esperaba a ninguna hora. Jordi se detuvo y alzó la vista.

Allí no había nadie. Las luces estaban apagadas y la oscuridad reinaba en el interior de la vivienda. Seguramente Clara ya debía estar durmiendo. ¿Entonces quién….?

Jordi volvió a bajar la vista y no pudo evitar que su corazón se desbocara casi hasta el punto de estallar. Sus músculos se tensaron y su cuerpo quedó como petrificado, incapaz de moverse. Allí estaba ella, reflejada en el agua, mirándole fijamente con su sonrisa diabólica. En la mano portaba una hoz y en su rostro la muerte. Jordi reaccionó intentando alcanzar los tres pequeños peldaños que conducían al porche de la casa, pero su destino ya estaba sellado.

La hoja emergió del charco y seccionó las dos piernas de Jordi a la altura de las rodillas. Al caer hacia delante, se golpeó de bruces con la cara en el suelo y varios dientes salieron despedidos. Jordi intentó gritar aterrorizado, pero fue incapaz de proferir ningún sonido; el pánico que sentía en aquel instante le impedía llenar sus pulmones de aire. El charco se tiñó de rojo y como pudo se dio la vuelta, contemplando por última vez en su vida el inmenso cielo estrellado de la noche. La herramienta curva volvió a irrumpir en la superficie del charco, esta vez entre sus piernas. Antes de sumergirse en la oscuridad, Jordi tuvo tiempo de ver como la hoja subía por su abdomen, rebasaba el esternón y pasaba entre sus ojos, seccionándolo en dos mitades.

FIN.

Querido lector

Si has llegado hasta aquí es porque ya has terminado de leer mi tercera novela, cosa que antes de nada te quiero agradecer profundamente. Sin embargo me gustaría pedirte tan solo un esfuerzo más; que la valorases. Para ello te agradecería que te dirigieras a la tienda de Amazon y, en la página donde te descargaste “El abismo del silencio”, escribieras una reseña y tu calificación. Tu valoración es muy importante para mí. Me dará ánimo para seguir escribiendo nuevas narraciones y mejorar en aquellos aspectos en los que necesite reforzar mi estilo.

Muchas gracias por todo y espero que nos volvamos a encontrar viviendo nuevas aventuras.

Un fuerte abrazo.

J.R Frau Castro.